

A black and white photograph of a muscular man in a gym. He is looking down, and a zipper chain is draped around his neck. The background is slightly blurred, showing gym equipment.

Pasión **SOBRE *el* HIELO**

NINA NORRIS

Table of Contents

[Anteportada](#)

[Síguenos...](#)

[Información legal](#)

[Contenido sensible](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Síguenos...](#)

[Créditos](#)

NINA NORRIS

Pasión sobre el hielo

Traducido del francés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,

síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@nina_norris_autorin](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: junio 2024

Advertencia de contenido sensible

Algunos capítulos de este libro contienen descripciones que pueden causar cierta incomodidad a las lectoras. Los hechos representados son ficticios y en ningún momento pretenden justificar la violencia o el abuso verbal.

Emily

—¡Joooder...! —exclamo al ver una notificación el móvil—. ¡Mamááá, me acaban de cancelar el vuelo!

Mientras busco como una pirada en la aplicación de United Airlines para descubrir qué leches ha pasado, se me acelera el corazón.

Mi vuelo salía dentro de cuatro horas y estaba lista para poner rumbo al aeropuerto.

—¿Qué? —Oigo la voz de mi madre desde el pasillo, así como unos pasitos apresurados en mi dirección.

—He leído que hay problemas con los vuelos regulares...

—Mierda... —dice, exhalando un suspiro.

Mi madre coge el portátil y se une a mi intento de averiguar qué debemos hacer ahora, pero la conexión a Internet se niega a cooperar y el chatbot de la *app* solo me insta a hablar con el personal del aeropuerto.

—Me da que vamos a tener que ir... —dice mi madre, encogiéndose de hombros.

—Sí, creo que tienes razón...

Cierro la cremallera de la maleta, que está a rebosar, y cojo el equipaje de mano y el bolso para dejarlos junto a la puerta. Luego me pongo la chaqueta y los zapatos.

Mi padre viene corriendo a despedirse. Lleva varios días haciendo pucheros porque su niñita del alma se va a la universidad. No puedo evitar sonreír para mis adentros al ver que tiene el ceño fruncido. Aun así, me pillá por banda y me espachurra entre sus brazos.

—¡Papá! No puedo respirar... —digo con voz entrecortada.

De mala gana, me suelta y coge mi equipaje para llevarlo al coche.

He hecho bien en despedirme de mis hermanas este mediodía. No se me da nada bien decir adiós, así que es mejor que nos ahorremos las lagrimillas dadas las circunstancias. Resulta que ahora vamos con prisa...

Mi padre me acompaña hasta el coche, donde me espera mi madre. El pobre me mira tristón, como lleva haciendo todos estos días, y le doy un besazo en la mejilla.

—Te quiero, papá...

Él dice lo mismo, renegón, y vuelve arrastrando los pies al porche. Una vez allí, se detiene y nos mira, melancólico. Mi madre está sentada en el asiento del conductor y no tarda en arrancar el coche. Me subo a su lado y miro por la ventanilla para echar un último vistazo a nuestra casa. Me invade una mezcla de miedo, emoción y nervios anticipados. Me encanta Texas y siempre será mi hogar, pero ya va siendo hora de empezar un nuevo capítulo en mi vida.

Agito la mano para despedirme de mi padre, y mientras nos alejamos, los sentimientos de hace tan solo unos segundos desaparecen y abren paso a una curiosidad abrumadora.

Por fin voy a estudiar periodismo en la universidad, ¡y encima en la Gran Manzana! Me pregunto si será como en las pelis universitarias: sexo, alcohol y fiesta...

Sacudo la cabeza. Mejor no pensemos en ello. No es que tenga nada en contra de salir de fiesta o pillarme un pedo, pero no es mi principal objetivo. Quiero concentrarme en los estudios y sacar buenas notas, no meterme en plan zombi alcoholizado en la cama de un tío cuyo nombre no recuerdo.

Me imagino caminando por el campus. Mis compis me saludan al pasar y yo sonrío... Como estaré a tope con las clases, fijo que caigo rendida en la cama por las noches. Inevitablemente, se me levantan las comisuras de los labios. ¡Tengo unas ganas locas de empezar!

Cuando por fin llegamos al aeropuerto, aparece un mensaje en mi móvil en el que se me informa de que me han cambiado el vuelo: sale mañana por la tarde y hace dos horas de escala en Washington.

Genial...

Nos dirigimos al mostrador de la aerolínea. En las pantallas parpadean varias luces que señalan los vuelos cancelados.

Bueno, parece que no soy la única en esta situación...

Antes de que pueda abrir la boca, mi madre coge la delantera. Parece que, para ella, siempre seré su niñita. Con paciencia, me aparto y la dejo hacer lo suyo.

—Buenas tardes. Verá, han cancelado el vuelo de mi hija. Supuestamente sale otro mañana por la tarde. ¿Tienen ustedes habitaciones de hotel previstas para estos casos? Y si es así, ¿las paga la aerolínea o...? —le pregunta ligeramente estresada a la chica del mostrador.

—Sí. No se preocupe, señora: está todo en orden. Su hija puede quedarse en este hotel.

La joven empleada de la aerolínea nos entrega un documento en el que figura un alojamiento no muy lejos del aeropuerto, donde puedo pasar la noche. En él aparecen, además, otros detalles importantes.

Me vuelvo hacia mi madre, cuyos ojos brillan de una forma bastante sospechosa. Ahora ya no hay vuelta atrás: va a tener que dejarme y yo tengo que seguir sola. Nos abrazamos y ambas luchamos contra las lágrimas.

—Cuídate, cariño... —susurra, secándose la cara a toda prisa—. Venos contando qué tal va todo y mándanos un mensaje cuando estés en el avión. Con cabeza, ¿vale?

Asiento y sonrío lo más ampliamente que puedo para tragarme el nudo que tengo en la garganta. Le cojo el bolso y me dirijo a los buses lanzadera que van al hotel. Voy tirando de la maleta, decidida. Como me dé la vuelta una vez más, seguro que rompo a llorar.

Una vez allí, me pongo a la cola que hay en recepción. Muchos de los pasajeros que hoy no han podido subirse a un avión van a pasar la noche en ese hotel, al igual que yo.

Sonrío. Hay tanta gente... Seguro que todos tienen mil historias distintas que contar. A veces me gustaría poder entrevistarlos y escribir sobre ellos, porque estoy segura de que más de alguno habrá vivido algo que merece la pena compartir con el mundo. Me apasiona el periodismo, así que no es la primera vez que me dejo llevar por una fantasía similar.

Pasado un rato, entro en mi habitación. Saco el móvil y escribo un mensaje antes de mandárselo a mi mejor amiga.

Maddie lleva un año en la universidad de Nueva York y está tan emocionada de que por fin volvamos a estar juntas que lleva semanas compartiéndome una cuenta atrás por las mañanas. Estoy segura de que se decepcionará en cuanto se entere de que voy a llegar un pelín más tarde.

Le cuento mis últimas aventuras, y a los pocos segundos, ya me está contestando:

** ¡Ay, tía, no me creo que ya estés de camino!*

¡Qué ilu, joder! Pero ¿a qué viene lo de retrasarte el vuelo? ¡Cómo se pasan! Ya verás, en cuanto llegues, cuidaré de ti como mamá pato cuida de sus polluelos.

Se me escapa una carcajada. Maddie siempre consigue arrancarme una sonrisa. La conozco

desde lo que parece ya una eternidad y también fuimos juntas al insti. Estoy deseando volver a verla.

Al día siguiente, cuando por fin estoy sentada en el avión, se me dibuja una sonrisa de satisfacción en la cara. Qué poco falta... ¡Dentro de unas horas, llegaré a mi destino!

El vuelo aterriza sin incidentes. Por suerte, en cuanto toco tierra, no tengo que esperar mucho para coger la maleta. La saco de la cinta transportadora y me apresuro hacia la salida. Nada más atravesar las puertas automáticas, la veo: ahí está mi Maddie, radiante. Lleva un enorme cartel en el que se lee mi nombre, escrito con un montón de lentejuelas. Normalmente me incomoda ser el centro de atención, pero esta vez no me importa; solo quiero abrazar a mi mejor amiga. Corro hacia ella y la achucho tan fuerte que casi nos caemos.

—Te has hecho de rogar, ¿eh, guapi? Qué bien que estés aquí ya... —Maddie se ríe y me da un beso en la mejilla.

—¡Vaya odisea! —murmuro mientras caminamos cogidas del brazo hacia la salida.

Charlamos y reímos todo el camino hasta la residencia. Me alegro mucho de volver a tenerla cerca. Somos uña y carne; inseparables, como una tostada y la mermelada. Hasta tenemos una frasecita: «Emily y Maddie: dos bomboncitos independientes, que cuando se juntan, ¡se vuelven invencibles!».

Un rato después, mi amiga aparca el coche y atravesamos el campus de punta a punta. ¡Qué aprensión! Me están entrando náuseas y todo... ¡Estoy aquí de verdad, en la universidad de Nueva York! Miro a mi alrededor, cohibida: este sitio me infunde respeto.

¿Podría alguien...?

Maddie me pellizca la cadera y chillo.

—Pero ¿qué haces, chiqui?

Se ríe como si me hubiera leído el pensamiento.

—Te he visto tan empanada con lo que te rodea que he pensado en traerte de vuelta a la realidad.

No puedo evitar reírme. Lo nuestro siempre ha sido así: parece que Maddie y yo estamos conectadas. Casi da miedo.

Seguimos caminando y pasamos junto a un árbol majestuoso que parece mágico a la luz de las farolas. Poco después, llegamos a la puerta de la residencia. No es el edificio más moderno del mundo, pero algo es algo. Después de todo, a lo mejor la fachada engaña...

Maddie tiene su propia habitación, pero yo solo podía permitirme una compartida. Además, por razones administrativas que se me escapan, era imposible que nos cogiéramos una a pachas.

Espero llevarme bien con mi compi de piso...

Nos dirigimos a la entrada y Maddie me ayuda con el equipaje. Mi habitación está en el segundo piso. Por suerte, hay ascensor y parece bastante moderno. Habría sido un horror subir dos tramos de escaleras con esta maleta, que pesa un quintal.

La campanita del ascensor suena y busco directamente el número de mi habitación. Es la 220. Cómo no, está al final del pasillo...

Se me acelera el corazón al llamar a la puerta. Me pregunto qué me esperará al otro lado, o mejor dicho, quién me esperará allí dentro.

—Adelante... —dice una voz demasiado aguda.

Maddie y yo nos miramos brevemente antes de abrir la puerta.

Cuando entro en la habitación, me quedo sin habla. Está decorada con mucho gusto. En el centro hay una mesita de madera con dos sillas, y a ambos lados están las camas: una para mi compañera y otra para mí. En un rincón de la habitación hay un minisofá que parece bastante cómodo y una tele enana. La cocina está en el lado contrario. En la ventana, veo a una chica morena, alta y delgada corriendo hábilmente la cortina.

—Hola, soy Emily, tu nueva compañera de piso —le digo con una sonrisa.

Se gira con descaro y me mira de arriba abajo.

—Vamos a tener que mejorar tu gusto para los zapatos... —responde.

—Esto, yo... —farfullo, desconcertada.

De repente, mi compañera de piso se echa a reír, se acerca a mí y me da un fuerte abrazo.

—¡Es coña! Soy Cassy, ¡encantada de conocerte!

Me suelta y mira a Maddie con curiosidad.

—Esta es Maddie, mi mejor amiga. También estudia aquí —digo, para presentarla.

Cassy también le da un abrazo a mi amiga.

Uf, ¡qué suerte he tenido!

No tardo nada en sentirme a gusto con mi compi. Parece de lo más agradable y tiene unos ojitos adorables y, según he visto, bastante sentido del humor.

—Pasad, pasad, ¡sentaos! ¿Queréis algo de beber? ¿Un café? ¿Un té? ¿Qué tal el viaje? ¿De dónde vienes?

Bueno, la verdad es que esta chica habla por los codos. Voy a tener que acostumbrarme...

Pasamos un ratillo charlando y comentando los típicos detalles en estos casos. Ella es de California y estudia diseño de moda, algo que no me sorprende si tenemos en cuenta su gusto para la decoración, y también es nueva aquí, en la uni. Luego me enseña mi parte de la habitación. Es bastante pequeña, pero está muy bien decorada.

Maddie me ayuda a deshacer las maletas.

—Oye, ¿qué tal si nos tomamos algo en el bar de abajo? Así, en plan bienvenida... —dice mi mejor amiga, moviendo las cejas.

Estoy hecha polvo, pero también demasiado emocionada para meterme en la cama, así que acepto. Le preguntamos a Cassy si quiere venir con nosotras.

—¡Solo si te pones otro par de zapatos! —grita desde la cama.

Las tres nos reímos y me calzo unas botas.

—¿Qué te parecen estas?

Cassy se fija en las botas y luego me mira a mí; y así, un par de veces. Después de pensárselo un momento, finalmente dice:

—Bueno, aceptable...

—Me alegra oírlo... —digo, divertida, y luego nos echamos a reír.

No sé qué me esperaba de un bar en pleno campus, pero desde luego, no esta locura. Me recuerda a un local clandestino de los años veinte. La decoración, el ambiente, la música... ¡No le falta nada! Me siento más a gusto que un arbusto. Es verdad que no está muy lleno, pero probablemente sea porque es entre semana.

Nada más sentarnos en una mesa, una camarera nos saluda con una energía envidiable. Tiene el pelo corto y rubio, lleva algunos *piercings* en la cara y tatuajes en los brazos.

—¡Pero bueno, si es mi Maddie...!

Mi mejor amiga la saluda con una sonrisa.

—¡Os presento a Ella! Ella, esta es mi mejor amiga, Emily, recién llegadita de Texas, y su compañera de piso, Cassy.

—Encantada de conocerlos, chicas. A la primera ronda de bienvenida invita la casa. Míralas, vaya trío... Parecéis las tres Gracias... ¿Qué os apetece?

Maddie pide dos zumos de fruta recién exprimidos para nosotras y se vuelve hacia Cassy, curiosa.

Ella nos mira como si fuéramos parte de un complot.

—Esta noche, me desato. Un té verde, por favor.

Las tres soltamos una risita y la camarera vuelve a la barra.

Recorro el bar con la mirada y me fijo en un grupo de chicos. Tienen un aspecto bastante atlético, con esos aires de deportistas, y por la forma en que se comportan entre ellos, parecen más una panda de adolescentes que de universitarios.

¿Puede que sean del equipo de fútbol?

Esperemos que no. Sé que me va a tocar entrevistar a uno de ellos para una de mis asignaturas de la carrera, y también porque voy a trabajar para el periódico de la universidad, ¡y no me apetece nada acercarme a esa panda de gorilas!

Justo entonces, uno de ellos, que está buenísimo, todo sea dicho, me hace ojitos y me manda un beso al aire. Arrugo la nariz y miro hacia otro lado. Me he sonrojado y no quiero que me vea.

¿Por qué no pueden comportarse como personas normales?

—No dejes que el *team*¹ mazado te maree. La mayoría de esos tíos está buscando líos de una noche e intentan seducir a todas las novatas... —dice Maddie.

Cassy también sacude la cabeza, irritada.

—Bueno, da igual, ¡hoy celebramos que por fin estás aquí! ¡A la mierda todo lo demás!

La camarera vuelve con nuestras bebidas y brindamos.

—¡Por un año emocionante! —dice Cassy en tono solemne.

El cosquilleo de mi barriga promete. Le doy el primer sorbo a mi zumo y sonrío. Estoy impaciente por saber lo que me depara el futuro.

Es mi primer día oficial en la uni y me levanto temprano. Son las 06:30 h, pero la emoción de conocer a la plantilla del periódico estudiantil y la larga lista de tareas que tengo pendientes han conseguido sacarme de la cama.

Me pongo la bata y me levanto para meterme un café en vena. El agradable olor del desayuno me acaricia la naricilla. Cassy está sentada en la mesita del centro de la habitación comiéndose unos gofres.

—Buenos días, solete. ¿Tú también eres madrugadora? —pregunta alegremente.

—Buenos días, Cassy. Intento serlo, pero en verdad necesito un...

Antes de que pueda terminar la frase, mi compi se levanta y se dirige a la cafetera para explicarme cómo funciona y enseñarme dónde está lo que necesito.

En cuanto tengo la taza humeante en la mano, ambas nos sentamos.

—Antes de ir al periódico, quizá deberías darte una duchita y arreglarte el pelo... —dice Cassy, mirándome atentamente.

—Oh, ¡gracias por el consejo! Por poco me presento allí en bata... —respondo irónica.

Ella suelta una risita, se levanta y se pone la chaqueta.

—Menos mal que me tienes... En fin, tengo que irme. ¡Luego nos vemos!

Se despidе agitando la mano y cierra la puerta. Saboreo el resto de mi café y, sobre todo, la calma. A estas horas de la mañana, ¡lo de hablar me cuesta bastante!

Maddie dijo que pasaría a por mí a las 07:30 h, así que será mejor que me meta en la ducha. Ayer no me fijé mucho en cómo era el baño. Es pequeño, pero servirá. Sencillito y moderno. Es evidente que Cassy aún no lo ha decorado, pero estoy segura de que no tardará mucho en hacerlo.

Mientras me pongo la máscara de pestañas, llaman a la puerta.

¿Maddie llegando a la hora que toca? Eso es nuevo...

La saludo con entusiasmo. Aún no me puedo creer que mi mejor amiga esté aquí, conmigo. La he echado tanto de menos...

—¿Estás lista o qué?

—No tenemos tiempo para tomarnos un cafetito o algo, ¿no? —pregunto, horrorizada.

—Bueno, si quieres llegar tarde en tu primer día... Además, ya te has tomado uno. Creía que querías cortarte un poco con lo de tu adicción a la cafeína... —Maddie señala la taza vacía sobre la mesa y sonrío.

Al ver mi mueca de hastío, añade:

—Veeeenga, vaaaale... Podemos tomarnos uno por el camino.

—¡Aleluya! —grito, satisfecha, y justo después, salimos pitando de la resi.

Hay unos veinte minutos de camino hasta las oficinas del periódico estudiantil. Aprovecho este momento de relax para observar el ajetreo que nos rodea y descubrir el campus. Todavía no he asimilado que ahora vivo aquí.

Poco después, entramos en un edificio moderno en el que se imparten las clases de periodismo y donde está también el periódico. La verdad es que impone bastante. Me siento un pelín intimidada.

Una vez allí, Maddie, que también está en la redacción, me presenta a todo el mundo, incluido el editor jefe, David, con quien ya había hablado un par de veces por teléfono. Después de una breve conversación con este último, mi amiga me enseña mi escritorio. Aquí cada uno tiene su rinconcito propio, y aparte, hay una sala de reuniones. Los equipos informáticos son de última generación; no parece que nos falte de nada.

—Vas a trabajar en la sección de deportes del periódico. Lo primero que tienes que hacer es entrevistar al capitán del equipo de hockey² sobre hielo. Puede ser un poco... especialito, pero no te preocupes, lo harás bien —me explica Maddie.

Frunzo el ceño, desconcertada. Ni siquiera sabía que la universidad tenía un equipo de hockey sobre hielo, y además, no tengo ni idea de ese deporte. En el insti me especialicé en baloncesto. Por no hablar de que el capitán parecer ser un especialito. Por eso me envían al frente, ¿no? Me da a mí que nadie más quiere hablar con él... Tal vez sea algún tipo de prueba, o mejor dicho, una novatada. Casi parece que quieren que les demuestre mi valía. En fin, pase lo que pase, podré con ello. Soy nueva aquí y tengo que demostrar aquello de lo que soy capaz.

No me hace falta mucho para empezar a pensar en la información que necesito para escribir un buen artículo. Según parece, por aquí se suelen entregar las cosas los miércoles como muy tarde, así que tengo cinco días para aprender todo lo que pueda sobre ese deporte y, sobre todo, para convencer al capitán del equipo de que me conceda una entrevista. Maddie me ha dicho que

ya sabe que voy a ir a buscarle, pero no ha mencionado si estará abierto al típico jueguecito de pregunta-respuesta...

En fin, ¡a trabajar!

¹ *N. de la T.* En inglés, equipo.

² *N. de la T.* En español existe la palabra «jóquey», que es la adaptación del anglicismo *hockey*. Sin embargo, dada la tendencia extranjerizante de este libro, se ha preferido utilizar la forma inglesa, que además se mantiene en redonda, pese a que debería resaltarse en cursiva, para evitar la contaminación excesiva del texto a efectos estilísticos.

Liam

Acabamos de terminar el entrenamiento y estoy sentado, aún sudoroso, frente al despacho del entrenador Franklyn. Me ha pedido que le espere aquí y, como es quien es, pues me toca obedecer y no hacer preguntas. Probablemente quiera hablarme del partido de la semana que viene y repasar la estrategia.

—Has jugado muy bien hoy —me dice, nada más entrar en el despacho.

—Gracias, entrenador. Se lo debo al equipo. Creo que podemos ganar el próximo partido sin problemas, sobre todo si seguimos...

—Me alegra oírlo, pero no estás aquí por eso —me interrumpe—. Me he enterado por los altos cargos de la universidad de que este año el periódico estudiantil va a centrarse más en el hockey sobre hielo. Así atraeremos a los patrocinadores y habrá más espectadores en los partidos. Puede que esto ayude a que algún representante se entere de quién eres, lo cual no nos viene mal, ¿no?

Cuando oigo la palabra «representante» se me iluminan los ojos. Mi sueño es convertirme en jugador en la liga profesional. Haría cualquier cosa para que un agente deportivo viniera a vernos y me dejara demostrarle mi valía. Bueno, y la del equipo, en general. Esos artículos en el periódico estudiantil podrían ayudar, si se publican con cierta regularidad, claro.

Aunque para qué mentir, la mayoría de los periodistas del campus van buscando gresca o te vienen con un rumor absurdo en mente que quieren confirmar a base de preguntas concretas. Y no hay nada que me toque más la moral.

A ver, es cierto que nunca he sido muy amable con ellos y, por eso mismo, el periódico de la uni casi nunca se hace eco de nuestros partidos. La mayoría de las veces solo nos dan un encarte en el que anuncian cómo hemos quedado. Pero si publicaran más artículos con ciertos detalles, llamaríamos más la atención, y también podríamos fichar a nuevos jugadores. Necesitamos sangre fresca.

Asiento y dejo que el entrenador continúe.

—Uno de los periodistas estará en el partido del lunes y te hará unas preguntas cuando acabe. ¿Te parece bien?

Tendré que ser obediente...

—No hay problema, entrenador. Yo me encargo.

—Liam, por favor, compórtate... Necesitamos el favor del periódico. Y no olvides que, ahora que empieza la temporada, vas a tener que reducir las fiestecitas y las historias que te traigas con chicas. ¿Crees que serás capaz de evitar ligarte a media universidad? Será solo un tiempo...

Me río a carcajadas.

—No se preocupe, entrenador, ¡sacaré a relucir la mejor versión de mí mismo!

Le dedico mi mejor sonrisa, pero no causa ningún efecto en él. El entrenador Franklyn me mira serio.

—Eso es exactamente lo que me preocupa, Liam...

Levanto ambas manos y pongo cara de inocente, pero el entrenador ni se inmuta.

—Está bien, está bien... Me comportaré; lo prometo.

Cuando salgo del despacho y la puerta se cierra detrás de mí, oigo que el entrenador suspira y no puedo evitar sonreír.

Una entrevista con un periodista esnob, ¿eh...? Puede que me divierta, después de todo...

Paso el resto de la tarde con mis amigos. Hemos organizado una barbacoa y aquí estamos, bebiendo cerveza y hablando de hockey.

Debería estar estudiando para los exámenes, pero antes de los partidos, me gusta desconectar un poco con mis colegas. El hockey sobre hielo es mi vida. ¿Quién necesita una carrera en Administración de empresas? No hay nada como mis patines para olvidarme de todas mis preocupaciones y concentrarme en el juego. Con ellos, estoy en mi elemento.

A veces me imagino a mi padre entre el público, animándome, orgulloso, mientras meto un disco¹ tras otro en la portería contraria. Pero el muy cabrón se fue cuando yo tenía 4 años. Dejé a su mujer y a sus tres hijos por su secretaria.

Maldito pedazo de mierda...

Me quito esa idea de la cabeza, me bebo la cerveza de un trago y voy en busca de una distracción agradable. Sentada en una esquina, una preciosa pelirroja me sonríe.

Justo lo que necesito...

Me acerco a ella. Charlamos un rato y cada vez es más evidente que le pongo. No me extraña: es imposible resistirse al capitán del equipo de hockey. Y bueno, no es por presumir, pero la genética no se quedó corta conmigo...

Cuando le pregunto si le gustaría venirse a mi habitación, como si apenas le hubiera dejado caer que quiero acostarme con ella, asiente entusiasmada. A veces es tan fácil que aburre, pero esta noche no me apetece dormir solo.

Suena el pitido final y todo el pabellón grita en fervor. ¡Vaya partidazo! Acabamos de ganar el primer partido de la temporada y no puedo estar más orgulloso. Si seguimos así, tendremos un buen puesto en la clasificación.

Estoy en la pista de hielo con mis compañeros de equipo. Nos abrazamos y gritamos de alegría. Al final, los días de entreno intenso han dado sus frutos. De repente, me fijo en que hay una rubia muy guapa justo al lado de la grada, con un cuaderno y un boli en la mano.

¿Qué hace ahí? ¿Y por qué nos mira como si estuviera esperando algo?

Entonces caigo en la cuenta: ¡Es verdad! ¡Alguien del periódico estudiantil venía a entrevistarme hoy! Me esperaba a un tipo corpulento con gafapastas y no a una chica tan atractiva... Pues nada, las ideas preconcebidas que tenía sobre esa profesión se acaban de ir a tomar viento.

Intrigado, me acerco a ella. Los espectadores abandonan poco a poco el pabellón y el entusiasmo generalizado de mi equipo se va apagando.

La saludo. Me sonríe con amabilidad y simpatía.

—Hola, soy Emily, periodista deportiva del periódico de la universidad —me dice tendiéndome la mano.

Qué formalidad... Me gusta. Y no hablemos de su cuerpo...

—Soy Liam Scott —respondo, estrechándole también la mano, que es sorprendentemente

suave y cálida—. Has venido a entrevistar al capitán del equipo, ¿verdad?

Sonríó y señaló la *c* mayúscula que llevo en la camiseta. Ella asiente.

—Sí, así es. Habéis jugado muy bien hoy. Me gustaría hacerte unas preguntas, si te viene bien.

A pesar de que intento contenerme, frunzo el ceño.

¿Se habrá estado pensando ya la bomba que va a clavar en primera plana en su periodicucho de mierda? Aceptémoslo, el periódico de la universidad da pena. Es como si quisieran hacerse virales, llamar la atención a toda costa. Tío, que somos estudiantes... ¿Qué esperan? ¿Descubrir una estafa piramidal en el campus y ganar un premio Pulitzer? En fin, de todos modos, el entrenador me dijo que me esforzara un poquito, y si así conseguimos que se fijen en nosotros, habrá que ir a por todas.

—Hombre, tengo todo el tiempo del mundo para una periodista deportiva tan guapa como tú... —suelto.

Ella pone los ojos en blanco y retrocede para sentarse. No puedo evitar sonreír mientras la sigo.

Bueno, bueno, bueno... Me da que esto va a ser divertido...

Según avanza la entrevista, me doy cuenta de que domina bastante bien el tema. Para empezar, utiliza el vocabulario adecuado, lo que no es habitual cuando nos preguntan por nuestras jugadas, y parece tener una visión bastante profesional del juego.

—¿Cómo consigues compaginar el deporte de alto nivel con los estudios?

Frunzo el ceño.

Y ahí está. La preguntita del millón. No falla.

—Pues me organizo y ya está. Es decir, el entrenamiento lleva su tiempo, pero eso no significa que haya renunciado a mis estudios. Para mí son muy importantes —miento.

Noto que frunce ligeramente el ceño, lo que le da un toque extra de encanto a su carita de concentración.

¡Tú sí que deberías concentrarte, Liam!

—Pues según parece, no sueles frecuentar las aulas...

—¿Es una entrevista para el periódico deportivo o un informe para la oficina del estudiante? —contesto, repentinamente molesto.

—Ay... Perdona, perdona. No quería ofenderte con la pregunta.

La chica se rasca la frente, nerviosa y repasa lo que ha anotado en el cuaderno.

—Como capitán, ¿qué mensaje te gustaría hacerles llegar a tus compañeros y a la afición después del partido?

—Estoy muy orgulloso del rendimiento del equipo. Lo hemos dado todo en la pista. Si seguimos así, nos clasificaremos. En cuanto a la afición, su apoyo incondicional es inestimable. Son sus ánimos los que nos motivan a superarnos cada día —respondo con calma, un poco más cohibido que al principio de la entrevista.

Ella parece darse cuenta de que mi tono es más neutro, y escribe a toda prisa un par de palabras más antes de mirarme otra vez. Sus ojos son de un azul cristalino y perfecto, como el agua de un lago, y por un momento, me pierdo en ellos.

—¿Sería posible que siguiéramos viéndonos como ahora, después de cada partido? —sugiere, un poco avergonzada por proponérmelo.

Soy consciente de que no le han dado opción. Además, a mí tampoco me queda otra...

—¿Me estás pidiendo una cita, Emily? —sugiero para aligerar el ambiente y también porque

no puedo evitarlo.

De repente, sus mejillas adquieren un precioso tono rojo y noto que se le tensa el cuerpo.

—Esto... No. O sea, yo me refería... Es para el periódico... —balbucea.

—Era broma —le digo, intentando desestabilizarla.

—Ah, vale, vale. Bueno, ¿entonces, qué?

—Sí, claro que sí. Quedamos al final de los partidos, ¿te parece?

Emily asiente, satisfecha, con la cara ligeramente teñida de rosa. El pelo rubio le cae sobre los hombros y yo la miro, aunque intento resistirme, y me la como con los ojos.

¿Qué pasa, Liam? ¿Significa esto que empieza la caza?

—Bueno, pues gracias por estar disponible, Liam...

—Gracias a ti por tu profesionalidad, Emily.

Le dirijo mi sonrisa más encantadora y ella se despide con una sonrisita cortada. La observo un momento, como si quisiera registrar en mi mente el movimiento sinuoso de sus curvas. Poco después, sale de mi campo de visión. Las palabras del entrenador Franklyn resuenan en mi cabeza. Me va a ser bastante difícil no tirarle la caña, pero podría decirse que hoy me he comportado, ¿no?

En cualquier caso, esa chica ha mostrado bastante interés, como si le importara de verdad quién soy, no solo en el mundo del hockey sobre hielo. En cierto modo, es agradable hablar con alguien que no solo me ve como el capitán del equipo o el chaval que se las liga a todas en el campus. No recuerdo la última vez que alguien me escuchó de verdad.

Además, parece inteligente y se comporta como si le apasionara lo que hace, lo cual es todo un cambio con respecto a las chicas que me rodean la mayor parte del tiempo.

Sacudo la cabeza.

Es mi último año en la universidad y quiero que algún representante se fije en mí para tener más posibilidades en el *draft*², así que debo fijarme en su profesionalidad, ¡y no en su labia o en su culo! Aunque vaya culo, por cierto...

—¿Qué tal la entrevista?

La voz del entrenador Franklyn me saca de mis pensamientos.

—Se ha rendido a mis encantos. ¿Qué esperaba? —respondo con una gran sonrisa.

Él frunce el ceño, taciturno.

—No tiene gracia, Liam... ¿Puedes tomártelo en serio por una vez?

Pongo los ojos en blanco.

—Ha ido bien, entrenador. Le prometí que me comportaría y eso he hecho. Me ha preguntado un par de cosas bastante interesantes. Hemos quedado en vernos después de los próximos partidos para que tenga material con el que escribir sus artículos.

—¡Es estupendo que haya aceptado volver! Supongo que has cumplido tu palabra. Eso me deja más tranquilo. En fin, ¡el partido de hoy ha sido espectacular! Veo que estás en plena forma. Estoy orgulloso de ti, hijo —dice, dándome una palmadita en el hombro.

—Gracias, entrenador... —le respondo mientras me dirijo a los vestuarios.

Me urge quitarme la ropa sudada. Necesito ducharme.

El entrenador va justo detrás de mí. Ya presiento lo que se viene: el discurso interminable de las responsabilidades y el esfuerzo que vamos a tener que hacer...

Bla, bla, bla.

—¡Muchachos! ¡Buen partido! —grita cuando estamos en los vestuarios.

El equipo responde con vítores y aplausos desde todos los lados. El ambiente es bastante festivo; todos quieren expresar la emoción que sienten.

—Si seguís así, ¡seremos el mejor equipo de la temporada! Sé que tenéis ganas de fiesta, de beber y de ligaros a alguna chica, pero por favor, no olvidéis que tenéis clase mañana. Debéis centraros en estudiar y luciros con las notas si queréis sacaros la carrera. Ningún representante os querrá si vuestra media no está a la altura.

Lo dice en general, pero me mira especialmente a mí. Los chicos se quejan en voz alta y prácticamente le suplican al entrenador que al menos venga a tomarse una cerveza con nosotros.

—Bueno, está bien... —El entrenador cede, aunque no está para tirar cohetes.

Aun así, mis colegas gritan de la emoción.

Para cuando llegamos al *sports bar*³, duchados y un poco más frescos, el ambiente está de lo más animado. La afición nos aplaude con una pasión atronadora y un sinfín de personas me felicitan y me dan golpecitos en el hombro.

Aprovecho la atención para fijar la vista en una estudiante bastante atractiva que me mira de lejos. Un poco después, se me acerca y enseguida le veo en los ojos lo que quiere: a mí. En estos casos, es mejor ahorrarse las palabras, ¿no? Normalmente no diría que no: me divertiría un poco y luego seguiría con lo mío. Sin estrés, sin ataduras. Pero esta noche solo quiero disfrutar de la fiesta con mis colegas y celebrar el comienzo de la temporada. A menos que me ofrezca el polvo del siglo en los aseos del bar, no va a probarme. Esta noche no me meto en la cama de nadie; lo tengo clarísimo.

Suena el despertador y me siento como si me hubiera atropellado un camión. Ya es hora de ir a clase.

Mierda... ¿De verdad se darán cuenta si no voy?

De todos modos, estoy demasiado cansado como para salir de aquí. Además, tengo resaca. Quiero decir, había que celebrar nuestra victoria como es debido, ¿no? Ya me he saltado las clases un montón de veces, así que por una más... Yo creo que pasará desapercibido y todo.

Me pongo de lado y cierro los ojos.

Cuando me despierto, ya es mediodía y me ruge el estómago. Por desgracia, no tengo nada de comida en mi guarida de estudiante. Estoy bajo mínimos y los armarios están vacíos, así que no me queda más remedio que bajar a la cafetería del campus, donde espero que me den algo de comer.

Bostezo de forma exagerada y me levanto de la cama. Me visto bastante rápido y enseguida estoy listo para enfrentarme al sol y a la multitud de estudiantes que habrá allí. Se me ha pasado el dolor de cabeza y me siento mucho mejor que cuando sonó el despertador hace un par de horas.

Abro la puerta, pero antes de salir, me intento arreglar el pelo frente al espejo. Cuando miro hacia el pasillo, el corazón me da un vuelco: el entrenador Franklyn está de pie frente a mí, mirándome con su habitual expresión seria.

¡Joder! ¿Qué quiere, que me dé un infarto?

Me encojo de hombros inmediatamente. Creo que me espera buena bronca...

—¡Liam! Me alegro de que estés despierto. Hoy no has ido a clase, así que he pensado en

venir a verte yo mismo.

Es imposible ignorar el sarcasmo de sus palabras.

—Lo siento, entrenador, es que... Creo que me intoxicqué con la cena de ayer y...

Sí, me he quedado sin excusas. Tremenda mierda. El entrenador Franklyn parece decepcionado y la verdad es que me merezco que me mire así.

—Por Dios, Liam... ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? ¡Menos fiesta y más estudio! ¡Si no tienes un expediente impecable, puedes despedirte de la NHL! No es obligatorio que te saques la carrera, ya lo sabes, pero no está de más que lo hagas para asegurarte un futuro. ¡No sabemos lo que te espera! Tienes la suerte de poder estudiar, así que no lo echas todo a perder...

Suspiro.

—Sí, ya lo sé... Lo siento, entrenador. Haré un esfuerzo; lo prometo.

—Es lo menos que puedes hacer. Hoy no te presentes en el entreno. Recupera las clases que te has saltado. Nos vemos mañana.

Le miro con incredulidad. Cuando estoy a punto de rechistar, me corta de raíz:

—No me cuestiones, Liam.

Levanto las manos, resignado, y asiento.

Sin decir una palabra más, se marcha. El entrenador me ha dejado inquieto y con un cargo de conciencia brutal. Respiro hondo con dificultad y me dirijo a la cafetería del campus. Aun así, tendré que comer, ¿no?

Al acercarme a la entrada, veo a Emily sentada junto a una de las ventanas. Está con otra chica del campus y parece que se lo está pasando bien, a juzgar por la forma en que se ríe y se echa hacia atrás su larga melena rubia. Hacía mucho tiempo que no oía una risa tan dulce y sincera. Se la ve despreocupada y feliz.

Parece que Emily es de esas tías buenas que, de primeras, pasan desapercibidas. Seguro que también tiene mal genio. Sería un buen reto intentar que se enamorara de mí...

Liam, cabrón... Mejor déjalo estar.

Está claro que eso sería una distracción, justo lo que no necesito. Además, el entrenador Franklyn me cortaría las pelotas si se diera cuenta de lo que tramo, ¡sobre todo porque es nuestra colaboradora habitual!

Sacudo la cabeza y paso de largo sin mirarla.

Una vez en el mostrador, saludo a mi mejor amigo con una gran sonrisa. Chase curra aquí a tiempo parcial y se ve que hoy le toca. Está tonteando —para variar— con una estudiante. Típico de él. No puede evitarlo.

—¡Chase! ¿Seguimos intentando ligar con la clientela? ¿Cuándo les hablas de tus gustos un tanto especiales en la cama? ¿Es en la primera cita o te esperas un poco más?

Mi colega abre los ojos como platos, ofendido, y su víctima del momento aprovecha para salirse por la tangente. Suelto una carcajada y él gruñe.

—¿Un café, supongo? —pregunta.

—Pues sí, estaría bien. Muy amable por tu parte...

—Parece que has tenido un mal despertar...

Hago un pequeño mohín, como diciendo «Tal vez...».

—Déjame adivinar: ¿el entrenador te ha pillado mientras dormías la mona y te ha soltado un sermón de los gordos?

Pero ¿qué pasa? ¿No hay secretos en este campus o qué?

Al igual que él hace unos instantes, frunzo el ceño. Me giro hacia las mesas y me encuentro

con los ojos de Emily, que parece observarme con curiosidad. Intento ignorarla y miro hacia otro lado, consciente de que no me hago ningún favor con esta actitud de gilipollas. En realidad, nada me gustaría más que comérmela con los ojos.

—Sí... Me ha dado una buena turra y me ha prohibido ir a entrenar esta tarde. Me temo que hoy te toca ser el capitán del equipo... —respondo, alzando las cejas.

—Sabes que tiene razón, Liam...

Me lamento en voz alta.

—¡No empieces tú también! ¡Se supone que somos colegas, tío!

Chase sonríe.

—Si quieres sacarte la carrera, deberías ir priorizando lo de sacar buenas notas. Este año tenemos todas las papeletas de clasificarnos y seguro que algún representante se pasará por aquí antes del *draft* de la NHL. Pero crack, nuestro futuro no está asegurado. ¿Qué vas a hacer si no te ficha ningún equipo? Eres bueno. Joder si lo eres... Pero tampoco vas a ser jugador profesional de hockey toda la vida, ¿no?

Sé que lo dice por mi bien, como nuestro entrenador, pero ahora mismo no me apetece escucharlo.

—Que sí, Chase... ¿Podemos cambiar de tema ya?

Mi amigo levanta las manos en señal de rendición y me sirve algo para llenarme el estómago.

Hablamos un rato y luego me voy a tomarme lo que para mí es el desayuno. Una vez tengo el plato vacío, me pongo en pie para marcharme. Sin embargo, cuando levanto la vista, me doy cuenta de que Emily ya no está donde debería.

La decepción se adueña de mi pecho. ¡Qué sensación más molesta! Tengo mejores cosas que hacer que pensar en esa chica, que ni siquiera es mi tipo...

Antes de que pueda irme, Chase me detiene y me da un montón de papeles.

—Son mis apuntes de las clases de hoy. Como no tienes planes para esta tarde, puedes ponerte al día con las asignaturas que te has pelado. Ya me los devuelves esta noche —me dice guiñándome un ojo.

—¡Qué detalle, Chase! No tenías por qué... —respondo, sarcástico, y luego lo dejo a solas con sus clientes.

De vuelta en mi habitación, lanzo los papeles sin entusiasmo encima la mesa. Ya sé que debería echarles un vistazo y prepararme para el próximo examen, pero me parece mucho más entretenido salir a correr por el campus.

Casi por instinto, me calzo las zapatillas de correr y salgo por la puerta. El estudio puede esperar.

El sonido constante de mis pasos sobre el asfalto tiene un efecto tranquilizador y noto la mente cada vez más despejada. Sin embargo, no consigo sacarme la carita de Emily de la cabeza. La veo allí, junto a la ventana, riéndose con su amiga. Los ojos azules le brillan; no exagero. Su pelo rubio casi me suplica que lo acaricie con la mano y esos labios tan apetecibles me piden que los bese...

Joder, se me está yendo la olla. Se me está poniendo dura solo de pensar en esa periodista...

Intento quitármela de la cabeza, pero como no lo consigo, aumento la velocidad de mi carrera, y finalmente, logro deshacerme de unas fantasías poco decentes.

En cuanto llego a la residencia, me doy cuenta de lo muerto que estoy. Me falta el aliento, pero me siento liberado. Ahora tan solo necesito darme una ducha caliente y así podré ponerme con los apuntes que me ha dado Chase.

Sentado en mi escritorio, miro fijamente la pila de papeles. No entiendo ni papa. Joder, pues sí que la hemos liado... Quizá si copio algún que otro párrafo, se me quedará algo...

Cojo un boli y miro el reloj. El entrenamiento ha empezado hace un rato y estoy disociando aquí, sentado en la mesa. Cuando no hago lo que me gusta, me siento vacío, fuera de lugar.

Molesto, me dirijo a la nevera y cojo una cerveza. Ni siquiera puedo llamar a uno de mis colegas, porque todos están en la pista de hielo. Resignado, saco el móvil y llamo a mi madre. Puede que no tengamos la mejor relación del mundo, pero de una forma u otra, siempre está cuando la necesito.

—Hola, Liam, ¿no deberías estar entrenando? —me pregunta inmediatamente, suspirando.

—Hola, mamá... Estoy bien, gracias por preguntar. ¿Cómo estáis mis maravillosas hermanas y tú? —respondo con una inocencia absoluta.

—¿Qué has hecho ahora?

—No he hecho nada, mamá. El entrenador solo quería darme un descanso hoy para que pudiera concentrarme en mis estudios, porque tengo exámenes dentro de nada.

Una mentirijilla piadosa.

Se hace un breve silencio.

—Bueno, ya me dejas más tranquila. Creía que había pasado algo...

Hablamos un rato y noto que me siento un poco mejor. Mi madre siempre consigue provocar en mí una sensación de bienestar. Cuando hablo con ella, desaparecen los nubarrones. Solo hay un tema con el que nunca nos mojamos: mi futuro profesional. Digamos que no le encanta que quiera consagrar mi vida al hockey sobre hielo. Y como siempre que hablamos del asunto acabamos discutiendo, lo evitamos a toda costa.

De repente, llaman a mi puerta. Me despido de mi madre y me levanto para abrir. Delante de mí está Chase con un ojo morado. Me echo a reír y le dejo pasar.

—No te atrevas a decir nada... —suelta.

Se acerca a mi neverita y saca una bolsa de guisantes congelados. Clásica jugada de deportista: hay tener una siempre por si acaso.

Mi colega se tira en el sofá. Sonrío y le paso una cerveza. Luego me siento a su lado y brindo con él.

Tras un momento de silencio, por fin habla.

—¡Entrenar sin ti es una mierda!

Suelto una risa sincera y luego contesto:

—Lo siento, tío... No volverá a ocurrir.

Nos quedamos así un rato, disfrutando de un silencio cómplice.

Chase y yo llevamos siendo amigos desde la guardería. Es como un hermano para mí. Hemos pasado por muchas cosas juntos y confiamos el uno en el otro al cien por cien. No es fácil ser bisexual en un mundo tan arquetípico como el del deporte, pero le apoyo y le partiría las piernas a cualquiera que se metiera con él porque le gusten tanto los hombres como las mujeres. A estas alturas, debería estar más que normalizado. ¿Por qué la gente se empeña en juzgar a los demás, en vez de preocuparse por lo que quieren ellos mismos? Yo movería montañas por mi colega y sé que él haría lo mismo por mí.

—En el entreno había una rubia muy guapa buscándote. ¿Ya estás otra vez rompiendo corazones? —pregunta de repente, moviendo las cejas.

El corazón me late un poco más deprisa, pero intento disimular para que no se dé cuenta.

—¿Qué talla de sujetador tenía? —le pregunto, con una actitud relajada y bastante fingida. Chase pone los ojos en blanco.

—No seas rancio. Era una chica rubia. Tenía los ojos azules y una sonrisa preciosa. Ah, y un cuerpazo... ¿Te haces una idea ya?

Finjo pensar, aunque antes de que hablara ya sabía a quién se refería. En el fondo, no puedo evitar alegrarme de que me haya estado buscando.

—Ah, sí, Emily... Es del periódico estudiantil. Va a escribir varios artículos sobre nosotros esta temporada.

Chase asiente y me mira con escepticismo. Sé que, por mucho que me esfuerce, no voy a conseguir engañarle. Después de tantos años de amistad, soy un libro abierto para él.

—Ay, amigo... ¡A ti te interesa esa chica...!

—¿Que me interesa, dices? ¡Qué va! Ni siquiera es mi tipo. Para empezar, luce tímida... Bueno, ¿qué te dijo?

Me hago el distante. Chase se ríe y me da una palmadita en el hombro.

—¡Liam, que te conozco! ¡Te has fijado en esa chica! Dime la verdad: ¿cuándo fue la última vez que echaste un polvo que mereciera la pena?

—El finde pasado. Muchas gracias por preocuparte por mi vida sexual —respondo, molesto. Chase levanta las manos, a la defensiva.

—Bueno, pero hay algo más... No parece el tipo de chica con la que solo te gustaría tener un rollo de una noche —añade—. Y sí, el entrenador tenía razón: hay que cortarse un poco con los excesos.

—Bueno, tú tampoco estás para hablar, crack...

—No, la verdad es que no. Pero voy a clase, así que Franklyn me deja un poco a mi bola. Deberías probarlo —contesta.

Touché.

Poco después, Chase se levanta, me da las gracias por la cerveza y aprovecho para devolverle los apuntes antes de que se marche.

—Habré entendido un tercio de lo que ponía, pero gracias de todos modos —le digo con una sonrisa imperturbable.

Mi colega asiente y no dice nada. Se limita a lanzarme el paquete de guisantes que tenía en el ojo y se pira.

Y aquí estoy, una vez más, solo. Enciendo la tele y cambio de canal hasta que veo una peli de acción bastante antigua. Me pongo cómodo y me sumerjo en ese mundo ficticio.

En algún punto de la noche, me despierto sobresaltado. Me ha entrado frío y afuera está oscuro como boca de lobo. Bostezo y me desperezco antes de tumbarme en la cama. Qué fácil es sobarse con una distracción de fondo y no tener que esperar a quedarse dormido mientras le das vueltas a algo absurdo que hiciste cinco años atrás.

—¡Qué alegría verte despierto tan temprano...! —exclama Chase cuando me pilló a mitad de camino en dirección al edificio de conferencias de la uni.

Después de una ducha refrescante, un café y una magdalena, me siento con fuerzas para ir a clase. Si soy sincero, la riña de Franklyn y el hecho de que ayer no pude entrenar han sido más que suficientes para motivarme. Incluso podría decirse que estoy disfrutando del sol de la

mañana y del aire fresco, algo que hacía tiempo que no tenía la oportunidad de hacer.

—Tío, ¿me estás escoltando o qué? ¿Tienes miedo de que me raje a última hora? —le pregunto a mi mejor amigo con escepticismo.

—¡Hay gente que mataría por tener a un guardaespaldas así! —contesta alegremente.

En clase, los monólogos de los profesores —porque no se pueden llamar de otra forma— se me hacen eternos. No dejo de pensar en salir pitando e irme a la pista de hielo.

El profesor me saca de mi ensoñación con una pregunta para la que no tengo respuesta. Unos cuantos alumnos se ríen, pero Chase me salva y me susurra lo que tengo que decir. Asiento ligeramente para darle las gracias.

La verdad es que jamás seré un estudiante modelo. Me reservo mi talento para el hielo. Si no necesitara este maldito título para asegurarme un futuro y evitar que me prohíban ir a los entrenamientos, me iría de cabeza a cualquier otro sitio. De eso no hay duda.

Una eternidad después, la tortura llega a su fin. Chase y yo hemos quedado con el resto del equipo en la cafetería de la uni antes del entrenamiento. Charlamos animadamente y pasamos el rato bromeando.

Me encantan estas comidas que hacemos una vez a la semana, todos juntos. Es como una reunión deportiva informal. Me hace mucho bien estar de tranquis, del colegeo. Supongo que todos pensarán lo mismo. Al fin y al cabo, estamos lejos de nuestros seres queridos la mayor parte del tiempo. Nos hemos convertido en una familia a nuestra manera. Aunque bueno, somos un poco bestias, tenemos un sentido del humor bastante dudoso y me da que nos pasamos un pelín con el alcohol.

Cuando por fin me subo a los patines, vuelvo a sentirme completo. Inhalo el aire frío de la pista y saboreo la sensación de mis pies deslizándose sin dificultad, sin freno. Inmediatamente, y aunque es algo paradójico, dado que la atmósfera del lugar es más bien gélida, siento que se despierta en mí un fuego interior.

En pleno entrenamiento, justo cuando estoy a punto de interceptar un disco de uno de mis compañeros, una melena rubia me llama la atención. Inevitablemente, levanto la cabeza y busco la figura que acabo de vislumbrar. Y así es como pierdo la oportunidad de efectuar un pase que casi me habían servido en bandeja.

—¡Joder, Liam! ¿Qué coño haces?

Hago una mueca.

—¡Que la cagas, capi! —añade uno de los chicos.

—¡Que sí, que ya os he oído! Lo siento, chicos... —respondo, más enfadado por mi actitud que por sus comentarios.

En el fondo, me los merezco.

Miro a Chase, que se limita a observarme, enarcando las cejas. Me giro y compruebo, decepcionado, que ni siquiera es Emily la que está ahí de pie, junto a las gradas, mirándonos.

Joder, esa chica me hace perder los papeles...

Recupero la compostura y me concentro en el partido. Meto un gol tras otro para compensar mi despiste. Cuando termina el entrenamiento, Chase se me acerca, sonriendo.

—Conque esa periodista no es tu tipo, ¿eh?

—¿Qué tal si chapas la boca? —digo secamente y me dirijo a los vestuarios.

Como de costumbre, el entrenador Franklyn se acerca para darnos el discursito de siempre.

—No ha estado mal, chicos, pero podéis hacerlo mejor. Liam, sea lo que sea lo que te preocupa, por favor, para el próximo entrenamiento, será mejor que lo dejes en casa. En el hielo

no hay lugar para distracciones.

—Sí, entrenador. No volverá a ocurrir... —gruño antes de dirigirme a la ducha.

El agua caliente me ayuda a calmarme un poco, pero cuando me visto para volver a la resi, sigo enfadado conmigo mismo.

Tengo que encontrar la forma de olvidarme de Emily. Aunque quizá la solución sea acostarme con ella... Se me dibuja una sonrisa de satisfacción en los labios.

Liam, eres un idiota...

Cuando suena el despertador a primera hora de la mañana, aún estoy agotado, pero me obligo a levantarme y afrontar el día.

En cierto sentido, el entrenador Franklyn y Chase tienen razón: tengo que sacar mejores notas en la facultad, sobre todo si con ello voy a conseguir mejorar el expediente y demostrar a los cazatalentos que soy alguien responsable.

¿Hay alguien más prometedor que un jugador que sabe compaginar el deporte con sus estudios?

En realidad, lo que pasa es que ayer estuve mirando las titulaciones de los jugadores de la NHL y ninguno se queda corto. Estos tíos tienen bastante cerebro, además de ser buenísimos sobre el hielo. John Hayden, mi ídolo, se graduó en Ciencias Políticas, nada más y nada menos que por la Universidad de Yale.

No te duermas en los laureles, crack. ¡Puedes hacerlo!

De camino a la cafetería del campus para tomarme el café y la magdalena de rigor, me choco con alguien rubio y bajito. Siendo justos, ha sido más bien mi culpa, y resulta que he embestido a una personita a la que le saco un par de cabezas.

—Oh, perdón... —me dice una voz tímida.

—No pasa nada —respondo, bajando la vista.

El resto de mi respuesta se me atasca en la garganta: Emily está de pie frente a mí, con las mejillas sonrosadas. Le brillan los ojos.

—Esto... Tranquila, todo bien... —añado en voz baja y luego me aparto enseguida.

Salgo huyendo de allí, antes de que sus ojos azules me hechicen y me caiga en ellos, como le pasó a Alicia con la madriguera del Conejo Blanco en el País de las Maravillas. Necesito una enorme fuerza de voluntad para no darme la vuelta.

Esto no pinta bien...

Cuando llego al anfiteatro, donde se imparte una de las clases que tengo por la mañana, me doy cuenta de que muchos de mis compañeros tienen periódicos en la mano. Algunos me lanzan miradas discretas y me saludan con la barbilla, bastante cordiales.

Supongo que por fin han publicado el artículo sobre nuestro partido y, dada la forma en la que está actuando todo el mundo, debe ser bastante positivo. Tengo curiosidad por saber qué ha escrito Emily sobre nosotros, así que le pido un periódico a una chica bastante agradable que los está repartiendo. Luego entro en el aula, me siento y busco la sección de deportes.

Cuando encuentro la página en cuestión, se me acelera el corazón. Empiezo a leer y me descubro devorando las palabras del tirón. ¡Está increíblemente bien escrito! Emily ha captado a la perfección la esencia de nuestro deporte y el espíritu del equipo. Estoy tan cautivado por sus palabras que ni siquiera me entero de que el profesor ha empezado ya la clase.

Pues vaya, sí que tiene talento...

Y por una vez, no hay cotilleos absurdos en el periódico. Si no me gustara el hockey, creo que estaría tentado de ir a ver un partido, ¡y eso es muy buena señal!

Me cuesta seguir el resto de la clase. Leo y releo el artículo y me dejo llevar por la pluma de Emily. Eso demuestra que no solo es preciosa y tiene un cuerpo increíble, sino que también sabe escribir.

Vaya, Liam, tú sí que sabes piropear como un cavernícola...

Cuando vuelvo al pabellón, el ambiente es alegre y relajado. Todos los chicos me tocan el hombro en señal de agradecimiento.

—No sé qué le dijiste a esa chica la última vez, ¡pero su artículo es la hostia! —dice Tyler, uno de nuestros defensas⁴.

—Si las gradas no están llenas en el próximo partido, ¡me doy con el palo en los dientes! —exclama Eliot, el portero⁵.

—Nadie puede resistirse a mis encantos, chavales... —bromeo.

Justo en ese momento, el entrenador Franklyn entra en el vestuario y nos manda a todos al hielo.

—¡Basta de cháchara! Vuestra labor en el mundo habrá concluido cuando estéis empapados en sudor, ¡no antes! ¡Vamos, vamos, vamos! Tenemos trabajo que hacer...

Escudriño el pasillo antes de meterme en la pista, quizá esperando encontrar allí a mi querida periodista. Al fin y al cabo, la última vez vino a buscarme, pero desde entonces, no ha vuelto. Puede que ya haya encontrado una respuesta para todas sus preguntas...

Qué tonto soy, tío, debería haberle dado mi número. O podría haberle cotilleado el insta⁶... Habría sido una buena excusa para volver a hablar con ella. Podría decirle algo como: «¡Hola, Emily! Me han dicho que me estabas buscando. Si te apetece charlar y tomarte un batido de fresa conmigo, aquí me tienes...».

¡Joder, ya estoy divagando otra vez!

Ella ha hecho un trabajo muy profesional y ahora me toca a mí hacer el mío. Ha conseguido poner el foco sobre nosotros, ¿no? Pues tenemos que ganarnos la atención, ahora más que nunca.

Chase aparece detrás de mí y me da una palmadita en la espalda.

—No está aquí, *bro*⁷... ¡Deja de buscarla como si fueras un perrillo fiel!

Gruño y le pego otra palmadita en el hombro. ¡Cómo me jode que siempre me pille así!

Una hora más tarde, un silbido estridente hace eco en la pista y pone fin al calentamiento. Jadeante, me deslizo sobre el hielo. Mientras avanzo a buen ritmo, las cuchillas de los patines van levantando una capa de hielo a mi paso.

El entrenador nos da instrucciones a viva voz y nos dividimos en dos equipos. Miro a mis compañeros con orgullo: son buenísimos. Y como capitán, yo tengo que ser aún mejor.

Me olvido del sudor y el cansancio en cuanto el disco toca el hielo. Concentrado y sereno, me coloco en mi posición, con la mirada fija en la portería contraria. La adrenalina fluye por mis venas. Una vez más, suena el silbato y entonces, entramos en trance.

Voy patinando con la ligereza de una pluma. Debo hacerme con el disco a la velocidad del rayo. Lo único que importa es conseguir que atravesase el travesaño⁸, pero mis adversarios no me lo ponen fácil. Tras unos cuantos pases, encuentro el punto débil de su jugada y me cuelo entre los defensas. Cuando el disco se mete en la portería, mis colegas gritan con furor: he anotado el primer punto de mi equipo.

Sonríó a mis compañeros y choco mi palo con el de Chase. Es nuestra forma de celebrar los goles. Sin embargo, el partido aún no ha acabado. Vuelvo rápidamente a mi posición, listo para la siguiente ofensiva.

Cuando suena el pitido final y me quito el casco, estoy chorreando sudor. Mis rizos castaños ya no son rizos ni son nada. Me aparto los mechones húmedos de los ojos antes de ver a Emily junto al entrenador Franklyn. Parecen estar inmersos en una conversación, pero cuando me acerco, ambos me ignoran. Poco después, Emily le da las gracias al entrenador y sale del pabellón sin mirarme.

Mentiría si dijera que no me ha dejado chafado. ¡Por los suelos, de hecho! Giro la cabeza para seguirla con la mirada, perplejo, y ella se va alejando poco a poco. En ningún momento se da la vuelta.

Frunzo el ceño.

Es la primera vez que una chica me hace *ghosting*. Bueno, en realidad, más bien ha pasado de mi jeta. Pero, a decir verdad, me lo merezco. Si sigo ignorándola cada vez que me cruzo con ella, no me extraña que quiera devolvérmela...

¿Y si me lo tomo como un jueguecito de seducción? Venga, si no le hará daño a nadie... Después de todo, si consigo ligarme a la chica que me impide conciliar el sueño noche tras noche, ¡quizá por fin logre sacármela de la cabeza!

¹ *N. de la T.* En hockey sobre hielo, el disco, también llamado «pastilla» o «*puck*» es el elemento fundamental y se golpea con el palo con el objetivo de introducirlo en la portería contraria.

² *N. de la T.* Así se denomina a la fase de selección de los jugadores que pretenden dedicarse de manera profesional a ciertos deportes, como en fútbol americano (en la NFL) o, en este caso, en la Liga Nacional de Hockey o NHL (*National Hockey League*).

³ *N. de la T.* Bar en el que se pueden ver deportes en directo o en el que se reúne la afición para celebrar las victorias de su equipo.

⁴ *N. de la T.* En hockey sobre hielo, a los defensas también se les conoce como *D-Men* o *blueliners*. Esta última denominación se refiere a la línea azul en la pista, que representa el límite de la zona ofensiva, donde estos se sitúan para mantener el disco en la zona.

⁵ *N. de la T.* En inglés, *goalie*. En ocasiones, también se le denomina «arquero» o «guardameta».

⁶ *N. de la T.* Se refiere al perfil de Instagram.

⁷ *N. de la T.* Forma abreviada de *brother*, que en inglés, significa «hermano» y que los jóvenes usan como apelativo para sus amigos.

⁸ *N. de la T.* Se refiere al larguero horizontal de la portería.

Emily

Llevo un rato ya charlando con el entrenador Franklyn. Entre pregunta y pregunta, ha hecho sonar el silbato para poner fin al entrenamiento del equipo de hockey. No les ha quitado el ojo de encima a los jugadores mientras me hablaba de los partidos de la temporada. Al parecer, mi artículo ha tenido buena acogida, así que estoy encantada.

En la redacción me han llovido las buenas críticas y me han pedido que sea yo quien cubra las noticias del equipo. ¡Me he asegurado un asiento en la grada para toda la temporada! En fin... Es un mal menor, ¡lo importante es que todas las horas que me he pasado investigando han dado sus frutos! No está mal para alguien que no tenía ni idea de este deporte hace quince días...

Cuando Liam se acerca a nosotros, sudoroso y sobre todo, terriblemente sexy, me da un vuelco el corazón.

Es el típico cliché andante del deportista del campus, para qué mentir. Maddie y Cassy tenían razón cuando me advirtieron que tuviera cuidado con esos especímenes. Pero ¡por Dios, es tan guapo...! Debería ser ilegal. Y apuesto a que debajo de esa camiseta del equipo de hockey solo hay músculo...

Dicho esto, en las raras ocasiones en que nos hemos cruzado, ha pasado de mi cara como si no me conociera de nada. Es casi como si soplara una corriente gélida a mi vera cada vez que nos vemos, como si jamás me hubiera concedido esa entrevista.

Pero no estoy loca: ¡ese chaval se me insinuó! Aunque bueno, para él, ligar debe de ser como un segundo deporte. Le saldrá solo. Puede que solo sacara a relucir esa fachada suya para que lo pintase bien en el artículo. De todas formas, no será la primera vez que me dejo engañar por un tío...

¡Espabila un poco, Emily!

Decido evitarlo y ni siquiera le miro. Ahora ya no hay vuelta atrás. No queremos que el chaval se motive... Es obvio que solo quiere venderme el equipo como si fuera una maravilla. Es más, probablemente sea el pedazo de gilipollas que me han descrito en más de una ocasión. En cualquier caso, en el campus no es ningún secreto que él jamás deja que se le escapen los pececillos cuando caen en su red... ¡Pues a mí que no me maree!

En fin, será mejor evitar encuentros innecesarios siempre que sea posible. No quiero ser una de esas chicas que van lamiéndole el culo, y además, tampoco es que me interesen los tíos arrogantes como él... Lo nuestro se limita a colaborar para los artículos semanales que tengo que escribir acerca del equipo de hockey sobre hielo.

Al salir del pabellón, me dirijo directamente a mi habitación, que Cassy está redecorando una vez más. Por la forma en la que cierro la puerta tras de mí antes de tumbarme en nuestro microsofá, mi compi percibe que algo no va bien. Ladea la cabeza y me observa con curiosidad.

—¿Quieres hablar del tema?

—No —respondo, resignada.

—Vale, tranqui...

Se encoge de hombros y sigue decorando. Al cabo de un rato, me trae una taza de té. Es exactamente lo que necesito, así que se lo agradezco con una sonrisilla. Me da un poco de vergüenza haberle contestado así.

Se sienta a mi lado sin decir nada, algo poco habitual en ella. A ver, no es que sea tan parlanchina, pero... Bueno, sí, ¡Cassy no se calla ni debajo del agua! Es divertida y me hace sentir muy a gusto, pero a veces me agota.

Tras un breve silencio, finalmente habla, como si el silencio de la habitación fuera demasiado para ella.

—Sea lo que sea lo que te preocupa, se pasará. No estás sola; lo sabes, ¿no?

Asiento y bebo un gran sorbo de mi taza. El té está rico y la miel lo endulza a la perfección.

Siento que se me pasa un poco el cabreo.

—Sé lo que necesitas... —dice Cassy con entusiasmo.

La miro extrañada.

—Una tarde de compras. Este finde van a abrir en la ciudad una nueva tienda *vintage*. ¿Por qué no os venís Maddie y tú?

Mira que hay mil cosas que me animarían, pero irme arrastrando de tienda en tienda no es una de ellas. Sin embargo, su entusiasmo es casi contagioso, y tengo que admitir que desde que vivo con ella, Cassy y yo nos hemos hecho muy buenas amigas. Siempre está contenta y, aunque habla mucho, es una chica bastante interesante.

Pero este fin de semana hay un partido de hockey muy importante y tengo que escribir sobre él. Eso significa que me toca ver jugar a Liam Scott durante varias horas, y luego entrevistarle en su elemento.

Él: tan guapo, relajado, atlético, sexy... ¡Menudo bombón!

En resumen: se viene tortura.

Inhalo y exhalo profundamente.

Por otro lado, el plan que me ha propuesto Cassy podría venirme bien y distraerme, además de sacarme del campus. De momento, no he tenido ocasión de ir a ver qué se cuece fuera de la facultad y del periódico de la uni. Bueno, más allá de la pista de hielo, claro. Vamos, que la oportunidad me parece perfecta. Tendré que aceptar...

¿Qué puede salir mal?

A lo mejor hasta encuentro algún conjuntito con el que renovar mi fondo de armario, que Cassy juzga demasiado conservador para su gusto.

Mi compañera de piso apenas puede contener la alegría y me besa en la mejilla antes de ponerse en pie de golpe e ir dando saltitos por la habitación.

—¡Por fin vamos a poder comprarte ropa decente! —dice con una sonrisa de oreja a oreja.

—No te pases. Mi ropa no está mal. No quiero parecer una...

Cassy levanta una ceja, esperando a que continúe. Me detengo inmediatamente. No quiero ofenderla.

—¿Una qué...?

—La ropa *vintage* no le sienta bien a todo el mundo... —digo, evasiva.

—Ay, cariño... No tengo nada en contra de tu ropa, es solo que no te hace lucir ese cuerpecito que tienes...

Hago una mueca y me concentro en mi taza de té.

A la mañana siguiente, abro los ojos con cautela para ver qué hora es. Demasiado temprano. En fin, tengo mucho que hacer hoy y tampoco me voy a quedar aquí contando los minutos... No

quiero llegar tarde.

Voy arrastrando los pies hacia el baño, con la esperanza de que una ducha me ayude a despertarme del todo. De camino, refunfuño.

El agua caliente me sienta bien en los hombros y el cuello. No me había dado cuenta de lo tensa que estaba. Mi subconsciente debe de estar abrumado por todos los retos que se me presentan este año.

Quizá debería empezar el día con un poco de yoga... Al fin y al cabo, relaja el cuerpo y la mente. Pero antes de imaginarme haciendo la postura del perro o el saludo al sol, me convenzo de que no es buena idea. Mejor dejarle esas cosas a los que sean así de flexibles. A mí, fijo que me daría un tirón.

Cuando salgo del baño, Cassy ya se está tomando el café. Sin mediar palabra —parece que cada vez respeta más los silencios matutinos que tanto aprecio— me pasa uno recién hecho.

—¿Te encuentras mejor ya? —me pregunta mirando por encima del borde de la taza.

Doy un gran sorbo antes de contestar.

—Sí, pero debe ser por la cafeína que corre por mis venas...

Las dos nos reímos.

—¿Quieres hacer un poco de deporte conmigo esta mañana? —pregunta Cassy.

La miro dubitativa.

Bueno, nadie se ha muerto nunca por hacer ejercicio, ¿verdad?

—¿Por qué no? ¡Venga, vale!

—¡Namasté! —dice, mientras me tiende la taza de café para brindar.

Abro y cierro la boca varias veces. Y yo que pensaba que simplemente iríamos a correr...

¡Noooo! ¡Socorro! ¿En qué me he metido?

Terminamos el café y nos preparamos.

Cassy lleva el look completo de una auténtica yogui¹, mientras que yo... Bueno, me he puesto lo primero que he visto. Llevo un par de leggings negros y una camiseta holgada.

Espero evitar que se me rasquen los pantalones por la costura...

El estudio de yoga del campus está todavía bastante vacío al comienzo de la mañana. La primera clase con Lara, la profe, empieza a las 07:30. Se supone que ayuda a los alumnos a empezar el día de forma positiva y con energía, pero parece que Cassy y yo somos las únicas yoguis hoy. Estamos frescas y listas para abrir nuestros chakras.

Lara entra en la sala con una cálida sonrisa y nos saluda con un amistoso «namasté». Empezamos la clase con ejercicios de respiración, con música suave y relajante de fondo. No puedo evitar pensar en Maddie y en lo tonto que le parecería esto, y acabo sonriendo como una bobalicona. Por suerte, hacemos algunas posturas de yoga bastante sencillas y terminamos con más ejercicios de respiración.

Cuando se acaba la clase, miro a Cassy por el rabillo del ojo. Parece estar en un profundo trance. Está sentada con cierta elegancia, en posición de loto y tiene los ojos cerrados. Al oír el gong, los abre lentamente y me mira asombrada.

—¿Qué? —pregunta carraspeando.

Me echo a reír.

—¡Nunca te había visto así de tranquila y calladita!

—Ah, bueno; te sorprenderías... ¡Hay muchas versiones de Cassy que aún no conoces! —responde encogiéndose de hombros.

Disimulo una sonrisa y, una vez guardadas las esterillas, le damos las gracias a Lara antes de salir del estudio.

—Solo te pido un café, por favor... A ser posible, por vía intravenosa... —gimo.

Me siento mucho más flexible que cuando me desperté, pero aún no estoy del todo despierta. En verdad, con la tranquilidad con la que hemos empezado el día, casi me han entrado ganas de dormir otra vez.

Cassy se ríe y me pasa el brazo por los hombros.

—Yo creo que nos merecemos una recompensa... ¿Qué tal un gofre? —responde.

—¡Es la mejor idea que has tenido en toda la mañana!

Vamos a la cafetería del campus y nos pedimos algo de desayunar. Detrás del mostrador, el camarero —bastante guapo, por cierto— se dirige a mí.

—Emily, ¿verdad?

—Esto... Sí —respondo, sorprendida de que este chico sepa cómo me llamo.

—Me llamo Chase. Juego en el equipo de hockey con Liam Scott —me explica mientras prepara nuestro pedido.

—Encantado de conocerte, Chase. Esta es mi compañera de habitación, Cassy —continúo, mientras Cassy me pega un codazo en las costillas y se aclara la garganta.

—Hola... —dice con confianza.

¿Estoy flipando o le está haciendo ojitos?

—¿Eso es todo? —pregunta Chase.

Nos pasa nuestros capuchinos a duras penas. Se ha quedado un tanto embobado mirando a Cassy.

—No. Ponnos también dos gofres, porfa —digo, para romper el contacto visual entre ellos.

—Sí, claro, voy... —dice Chase, poniéndose manos a la obra.

Conque juega en el mismo equipo que el señor capitán arrogante, ¿eh? Cómo no... Pero como cuando me paso por el pabellón siempre llevan los cascos puestos, es difícil reconocerlos fuera de la pista.

Chase nos da los gofres aún calientes y pagamos.

—Gracias de nuevo por el artículo, Emily. Al equipo le encantó. A Liam sobre todo; créeme. Se me ponen las mejillas rojas.

¡Pero bueno! ¿Por qué no consigo mantenerme serena cuando me hablan de ese chico? ¿Y a mí qué más me da si le gustó mi artículo? ¡No lo escribí para él!

—Bueno, no lo escribí para él. Es mi trabajo... —digo para calmar mis hormonas y parecer distante.

Con los cafés y los gofres en mano, volvemos a la habitación. Por el camino, Cassy me pone la cabeza como un bombo hablando de lo maravilloso que le ha parecido Chase. Describe cada detalle de su cara como si estuviera recitando un poema. Me río de sus comentarios.

En nuestra minúscula casita para dos, nos tomamos el desayuno y luego me cambio rápidamente. Hoy quiero ir a la biblioteca a estudiar. Estoy segura de que en un ambiente tranquilo y en el que todo el mundo está concentrado rendiré más que en la cafetería, o que aquí, con Cassy. Necesito alejarme un poco del parloteo de mi encantadora compi de piso. Tengo que repasar un par de temas y ponerme al día con el tema del hockey.

El camino que lleva a la biblioteca está bordeado de árboles y banquitos al sol. Casi me dan ganas de pararme aquí mismo, pero intento no sucumbir a la tentación. Me convenzo de que estaré más cómoda sentada en una mesa. También podría dormirme y despertarme tres horas más

tarde...

Cuando llego al edificio en cuestión, busco una mesa apartada y me pongo manos a la obra. El Derecho en los medios de comunicación no es lo mío, pero es una asignatura esencial para comprender los aspectos legales y éticos de mi futura profesión.

Afortunadamente, la biblioteca está bastante vacía. No me gusta trabajar rodeada de mucha gente; de hecho, me siento incómoda. Aunque bueno, que haya un par de personas cuchicheando tampoco viene mal... De todos modos, aquí estoy a gusto: me concentro y puedo amontonar toda la documentación que quiera delante de mí. Porque, bueno, cuando se trata de investigar, soy de la vieja escuela: me gusta ir directamente a los libros a buscar información. No me fío de internet.

Tras una hora en la que nada perturba mi concentración, justo cuando estoy tapándome la boca para ocultar un bostezo, me fijo en el abrir y cerrar de la puerta automática. Se me acelera el corazón de inmediato al ver entrar a Liam Scott.

¿Qué leches hace él aquí?

Nuestras miradas se cruzan brevemente y luego aparto la vista para volver a sumergirme en mi libro. En el fondo, tengo la esperanza de que me ignore, como ha hecho hasta ahora. Mantengo la cabeza gacha, pero él se sigue acercando.

Para mi sorpresa, una sombra se cierne sobre mí y deduzco que es él, que se ha detenido justo delante de mi mesa.

—Hola, Emily... —susurra.

El sonido de mi nombre saliendo de su boca se siente como una caricia en mi piel. Odio esa sensación.

Me aclaro la garganta y por fin levanto la vista. Me mira intensamente con esos ojos azules e intuyo que está buscando las palabras para decirme algo, pero no parece saber por dónde empezar.

—Hola —respondo simplemente, tratando de mantener un tono de voz uniforme, aunque el corazón se me acelera.

¿Por qué mi cuerpo reacciona ante él de una forma tan extrema?

—Lo siento... —dice frotándose la cara.

Me confunden sus palabras, pero lo miro y finjo que no me ha pillado desprevenida.

—¿Por qué?

De repente se instaure un extraño silencio entre nosotros. Siento que se me forma un nudo en la garganta y que empiezan a sudarme las manos.

—Por ignorarte —dice por fin.

Casi abro la boca de golpe, pero me repongo rápidamente.

—Ah... No me había dado cuenta de que lo habías hecho —digo lo más despreocupada posible, pero mi voz me delata.

Me mira extrañado y da media vuelta sin decir nada más. Y me deja ahí, mirándole la espalda como una idiota mientras se aleja. Cuando veo que está lo suficientemente lejos, dejo caer la cabeza sobre la mesa.

Pero ¿qué acaba de pasar?

Intento concentrarme de nuevo, pero ya es imposible. Frustrada, recojo mis cosas y me dirijo a mi habitación.

Liam Scott se ha disculpado. ¿A santo de qué? ¿Acaso busca que escriba un artículo sensacionalista sobre él? Puede que el entrenador le haya echado la bronca o que se sienta mal

porque le lancé flores con lo que escribí y él ha estado ignorándome desde entonces... ¡Vete tú a saber!

Puf. ¡Qué situación más ridi²! Aunque para ridi, él...

No dejo de repetir el numerito absurdo de la biblioteca en mi cabeza. Nunca nadie había causado semejante efecto en mí. Hasta ahora, esperaba que solo fuera porque me sentía herida en mi orgullo. Al fin y al cabo, pasaba de mi cara. Pero ahora me resulta difícil negarlo: todo mi cuerpo parece reaccionar cuando me cruzo con Liam.

Joder...

No puedo dejar que me desequilibre de esta manera. He trabajado duro para estar aquí y necesito concentrarme plenamente en la carrera. Comerme la cabeza por un tío no me va a servir de nada. Por no hablar de que seguro que se habrá tirado ya a media universidad...

El tono de llamada de mi móvil me saca de mis pensamientos.

—Hola, Maddie —digo, después de cogerle la llamada.

Intento aparentar normalidad.

—Hola, guapi. ¿Cómo vas? ¿Te he pillado estudiando? —pregunta misteriosamente.

—Todo bien, amiga. Estoy volviendo a la habitación. En nada llego, ¿por?

—Oh, perfe, ¡porque estoy delante de tu puerta!

Apenas unos segundos después, llego a la planta y la veo al otro lado del pasillo. Me dice hola con la mano y colgamos. Luego me saluda con un besazo en la mejilla.

—Bueno, ya va siendo hora de descubrirte la vida nocturna de Nueva York. Esta noche se sale, y no te atrevas a decir que no —Maddie me empuja hacia la puerta de mi habitación.

—Pero... Maddie, tía... ¡No, es que tengo que...! —farfulto.

—¡Chiss, a callar! Esta noche no hay reglas. Si te la vas a gozar, venga...

¡Ah, pues! Lo dice tan en serio que me entra el pánico.

¿A dónde piensa llevarme esta chica? ¿Cómo que no hay reglas? Suena a que me va a colar en uno de estos antros en los que se hace intercambio de parejas...

—¡Eres demasiado recta, chiqui! Te lo dice alguien que lleva un añito ya por aquí. Siempre hay que dejar tiempo para divertirse. Si no, se te acabará yendo la pinza, ¿sabes?

La miro, un poco inquieta.

—Relájateeee, Emily... No te voy a llevar a un tugurio *punk*. Es que un amigo mío, Tyler, da una fiesta. Habrá un par de chicos y seguro que nos lo pasamos genial. Calma, tía... —explica mi mejor amiga, subiendo y bajando las cejas con complicidad.

Entrecierro los ojos y la observo. No es la primera vez que me vende este tipo de fiestas y, sin excepción, nunca han ido como las pintaba ella.

Respiro hondo.

Aunque, bueno, necesito distraerme después de ese encuentro tan surrealista con Liam...

—Venga, vaaale... —finalmente suelto un soplido, que Maddie se toma como un sí.

Mi amiga salta de alegría. Ahora ya no hay vuelta atrás: si a Maddie se le ha metido en la cabeza que vamos a salir, entonces vamos a salir. Después de todo, lleva un año esperando que llegue, así que tendré que hacerme a la idea...

Al final del día, me miro al espejo. Ya estoy lista. Cassy también se ha apuntado a nuestra

pequeña aventura, lo cual me tranquiliza un poco, pero solo un poco, porque ella está que tira cohetes, como si esta fiesta fuera el acontecimiento del siglo.

Aquí, frente al espejo, me siento un poco cohibida. Hay que decir que, con el vestido ajustado —y muy corto— que me han forzado a ponerme Cassy y Maddie, parece que voy a una fiesta de disfraces. Pero bueno, ¿qué más da? Vivo en Nueva York, la ciudad que nunca duerme y que, por cierto, ¡es toda una fantasía! Es como si empezara una nueva vida en la que puedo reinventarme.

Salimos cogidas del brazo hacia el Uber que nos espera. Poco después, vemos a lo lejos una hermandad situada fuera del campus, donde vive el famoso Tyler. Él y sus «hermanos», según parece. Un poco sectario, la verdad...

El coche se detiene delante de una casa bastante grande y moderna, abarrotada de gente. Abro los ojos de par en par y miro a mi alrededor.

Dios... ¡Esta es mi primera fiesta como universitaria!

Emocionada, salgo del coche y sigo a mis amigas hasta la entrada, donde ya hay un par de grupitos. Maddie los saluda como si los conociera de toda la vida y me hace señas para que me acerque.

—¡Ojo, chicos! Esta es... —Maddie finge hacer un redoble de tambor— mi mejor amiga, Emily. Es nueva en la universidad y se merece una bienvenida especialmente calurosa esta noche, ¿eh o qué?

Bueno, obviamente los conoce a todos. ¡Vaya! En solo un año, parece que Maddie se ha hecho amiga de todo el mundo. La verdad es que es una chica increíble y mucho más sociable que yo.

Levanto la mano torpemente para saludarlos antes de entrar corriendo en casa. En cuanto pasamos por la puerta principal, oigo la música y tardo dos segundos en intuir que va a ser una noche emocionante.

Hay mucha gente, así que nos cuesta avanzar. La casa está guay y no es demasiado lujosa, pero en este momento parece más bien un bar gigante. Los sofás están todos ocupados con gente charlando, liándose o metiéndose mano.

Había oído que las fiestas universitarias eran un poco salvajes, pero vivirlas en primera persona es algo totalmente distinto. Dejo vagar mi mirada por la sala y...

¡Esto no puede estar pasando! ¿Liam? ¿Este chaval está en todas partes o qué?

Me da un vuelco el corazón e instintivamente me doy la vuelta, con la esperanza de que no me haya visto. Tiro nerviosamente de mi vestido para tratar de taparme los muslos. De repente, me siento bastante expuesta.

Maddie me acerca una cocaola y bebo un sorbo, ansiosa.

—Parece que has visto un fantasma... —dice, mirándome preocupada.

—No, es solo el idiota de ese jugador de hockey... Pero todo bien, tranqui —le respondo.

Eso parece satisfacerla. Después de todo, no tiene ni idea del rollo tan raro que nos traemos Liam y yo. No he tenido tiempo de explicárselo, y la verdad es que lo prefiero. Seguro que, si no, me habría llevado a rastras hasta él para intentar aclarar las cosas.

Cassy se coloca frente a mí, refresco en mano. Brindamos y Maddie nos lleva a las dos a la pista de baile. Inconscientemente, miro a mi alrededor para buscar a Liam, pero no lo veo. No es que no quiera divertirme esta noche, pero me incomoda saber que podría estar observándome desde algún rincón del salón. No me apetece exponerme delante de ese chaval. Intento ignorar su presencia espectral y relajarme un poco.

Después de unas cuantas canciones, nos entra sed y nos dirigimos a la cocina, donde hay un montón de refrescos. Antes de que tengamos tiempo de servirnos, se nos acercan tres chicos y nos dan unas cuantas botellas de cerveza.

—Venga, chicas, tomaos un trago con nosotros, ¡hay mucho que celebrar! —grita uno de ellos para ver si conseguimos escucharle con la música.

Maddie es la primera en reaccionar. Acepta las botellas y les da las gracias, se queda mirándolas durante una fracción de segundo y, una vez satisfecha, las abre con confianza.

—Regla número 1 —me dice mi mejor amiga al oído—: nunca aceptes botellas o vasos sin tapa de desconocidos. ¡Nunca se sabe lo que te pueden haber echado!

Razón no le falta...

—¿Y qué celebramos exactamente? —pregunta justo después.

Los chicos nos miran de arriba abajo antes de que uno de ellos responda:

—¡Vuestra belleza!

¡Por supuesto...!

Sonreímos por educación (porque ganas de contestarle no me faltan) y brindamos. Maddie me guiña un ojo y señala discretamente al rubio que tengo delante. Luego me mete un codazo. Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza con disimulo. Ella se ríe a carcajadas y junta las manos en señal de disculpa.

Mi amiga, la más discreta...

Tras una breve conversación con esos tres tiracañas de manual, que distan mucho de ser interesantes, Maddie nos arrastra de nuevo a la pista de baile y, como siempre, no admite un no por respuesta. Pero no me quejo, ¡porque al menos nos ha sacado de la cocina!

De repente siento una mano en la parte baja de mi espalda. Se me tensa el cuerpo al oír que alguien me susurra al oído lo mucho que le gustaría ayudarme a quitarme el vestido.

No me lo puedo creer. Al sentir su aliento en mi nuca, me entran escalofríos y trato de liberarme de su agarre. Cassy se queda mirando la escena un par de segundos antes de interponerse entre ese chaval borracho y yo.

—Pierdes el tiempo... Es mía —dice cogiéndome para apartarme de él.

—Gracias... —murmuro.

Pero el muy plasta no parece querer moverse de su sitio. Poco después, pasa por al lado de Maddie, me agarra del brazo y me acerca a él. Es en ese preciso momento cuando Liam reaparece en mi campo de visión. Entrecierra los ojos al verme y luego fija la vista en la mano del chico que me tiene agarrada del brazo, con bastante fuerza, por cierto. Debo tener cara de una chica que claramente no le ha dado su consentimiento al borracho de turno, porque enseguida se acerca a nosotras y tira de la camisa del imbécil que no deja de insistirme.

—¡Aparta, Josh! Vienen conmigo.

—¡Lo siento, tío! Pensaba que...

—¿Qué ladras? Pírate de una vez —gruñe, apretando los dientes.

El tal Josh se rasca la mejilla y se marcha con el rabo entre las piernas. Liam me mira de arriba abajo y sus rasgos se vuelven herméticos.

—Es un imbécil. ¿Estás bien? Por cierto, vas preciosa con ese vestido...

Abro la boca para contestar, pero antes de que diga nada, él ya se ha dado la vuelta.

Pero ¿será descarado!?

Bueno, en verdad debería darle las gracias. Al menos me ha quitado de encima a ese baboso... Aunque sigue siendo un cabrón.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta Cassy, que no acaba de comprender la situación. Maddie se encoge de hombros y yo niego con la cabeza.

—Nada...

Miro a mi alrededor en busca de Liam, pero no lo veo.

—¿Va todo bien? —insiste mi compañera de piso.

—Es que... Ese cerdo estaba insistiendo demasiado y Liam Scott se ha acercado y lo ha mandado a la mierda —le contesto.

—Joder, es que algunos tíos parecen cortitos. No entienden que no es no. Al parecer, tampoco son capaces de ver cuándo no quieres que se te acerquen... —responde.

Suspira y pone los ojos en blanco.

—En fin, vamos a tomar algo... —dice Maddie.

Cuando me doy la vuelta para salir de la pista, veo a Liam con una rubia muy guapa, que lo mira como si estuviera a punto de devorarlo. Pero... ¡si es Lara, la profesora de yoga!

¿Toda esa meditación, todo ese autocontrol, solo para caer en los brazos del capitán del equipo de hockey, que tiene fama de ser el que se las lleva a todas? ¡Qué decepción!

Me da un pinchazo de lo más desagradable en el estómago, pero lo ignoro. Probablemente sea la primera vez que lo veo en su hábitat natural: un cazador acechando a su presa. Una presa bastante dispuesta a dejarse cazar, todo sea dicho. En fin, no tengo ganas de quedarme a verlo.

Después de servimos otra copa, Cassy y yo bailamos un poco más, mientras Maddie se divierte con un chico al que ha pillado por banda. ¡Mi mejor amiga no tiene problemas para conocer gente!

Al cabo de un rato, como no dejo de mirar hacia Liam y Lara, lo cual me resulta bastante molesto, empiezo a encadenar bostezos. No estoy acostumbrada a salir hasta tan tarde. Estoy cansada, así que le doy un golpecito en el hombro a Maddie y le digo que quiero irme.

—¡Anda, marchaos si queréis! Yo me quedo en buenas manos... —contesta, pasándole los brazos por el cuello al chaval con el que está bailando.

No puedo evitar sonreír. Maddie siempre ha tenido muy claro lo que quiere y también cómo conseguirlo.

Cassy me hace un gesto con la cabeza y juntas nos dirigimos hacia la salida. Nos ponemos las chaquetas y pedimos un Uber. Mientras echo un último vistazo a mi alrededor, veo a Liam y a la profesora de yoga subiendo por las escaleras, cogidos del brazo.

Sacudo la cabeza. Es obvio que ese chaval es justo lo que van contando por ahí.

A la mañana siguiente, Cassy me pone una taza de café delante de las narices. Gimoteo y bostezo.

—¡Buenos días, solete! —exclama, excesivamente alto para mi gusto.

Demasiado alegre está para las horas que son. Aun así, le agradezco que me dé la taza y cojo el móvil.

—Son las once, por si te lo preguntabas —dice Cassy—. Es la hora perfecta para ir a la nueva tienda *vintage*.

Pongo el café en la mesilla y me dejo caer sobre la almohada.

—¡Por favor, dame una media horita de tregua...! —suplico, y luego me estiro durante unos segundos.

Justo entonces llaman a la puerta de la habitación.

—Hola, Maddie... —canturrea Cassy, y justo después, mi mejor amiga salta a mi cama.

Lleva la misma ropa que anoche y apesta a humo y alcohol. Está claro que aún no se ha ido a dormir.

—¡Maddie! —chillo.

Mi amiga se ríe con ganas y me hace cosquillas hasta que me incorporo definitivamente.

—Has dormido demasiado... —dice con severidad, mientras me lanza un cojín.

—¡Estoy de acuerdo con ella! —Oigo exclamar a Cassy desde nuestra minúscula cocina.

—Tío, sois lo peor...

Echo a correr hacia el baño, refunfuño.

—¡Y tú no eres muy madrugadora...! —grita Maddie detrás de mí antes de que vuelen más cojines en mi dirección.

Cuando salgo del baño, ambas están sentadas en la mesa y Maddie le está contando a mi compi su noche loca. Con demasiados detalles, por cierto. De repente, me miran y las dos exclaman al unísono:

—¡Por fin!

Qué exageradas...

—De verdad que necesitas ropa nueva, ¿eh? —repite Cassy por enésima vez.

Me miro en el espejo y suspiro, resignada.

—Bueno, pues vamos a ello...

Cassy aplaude; parece emocionada. Tengo que conseguir librarme de esa costumbre suya tan escandalosa...

La idea de ir solo a una tienda pronto se convierte en un desfase absoluto. Entramos a cuarenta sitios distintos y no llegamos a la resi hasta la noche. Por suerte, es justo a tiempo para irme al partido de hockey. En realidad, estoy agotada y me encantaría irme a la cama.

Dejo las bolsas sobre la cama y doy media vuelta para irme, pero entonces Cassy me detiene.

—Tía, te has comprado una ropa chulísima, ¿no quieres arreglarte un poco? —Mi compañera hace un gesto desafiante con las cejas.

Me gusta la ropa que me ha ayudado a elegir hoy y me siento muy cómoda con ella, pero tampoco es plan de llegar tarde al partido. Miro las bolsas, luego el reloj y decido cambiarme a toda prisa. Unos vaqueros ajustados, unas botas y un jersey muy escotado bastan para satisfacer a Cassy y hacerme lucir presentable, según ella.

El pabellón está abarrotado para el partido de hoy. El entrenador Franklyn está en el banquillo, como siempre, con una mirada experta sobre sus jugadores. Me uno a él y saco un cuaderno en el que tomar notas. Me saluda con la cabeza y veo que los equipos se reúnen sobre la pista de hielo.

Miro a Liam a los ojos y el muy idiota aún se atreve a guiñarme el ojo. Ignoro los latidos acelerados de mi corazón y miro rápidamente mi cuaderno.

¡Será mejor que se concentre en sus contrincantes!

Con el pitido inicial, los jugadores se precipitan sobre el hielo. Tengo que reconocer que el capitán sigue en plena forma: su técnica es impecable. Controla el disco con el palo y regatea hábilmente a los defensas. Sus compañeros se colocan en posición de apoyo, listos para tomar el relevo si es necesario, pero Liam solo tiene ojos para la portería contraria. Se desliza ágilmente sobre sus patines, esquivo al portero y en un abrir y cerrar de ojos, el disco sale disparado en

dirección a la red.

A nuestro alrededor solo se oye el clamor de la multitud. El estadio estalla en vítores, pero intento no perder de vista al equipo. Para ellos, no hay pausa, y apenas tienen tiempo para celebrar el punto que han anotado. Deben seguir moviéndose por la pista.

Aun así, me doy cuenta de que a Liam se le ha iluminado el rostro. Le brillan los ojos de satisfacción. Se lo puede permitir: es un jugador excepcional. Lo digo de verdad: hasta yo, que acabo de meterme en este mundillo, tengo que reconocerlo. No sería de extrañar que los representantes de la NHL se pegaran por ficharlo en su equipo él en el próximo *draft*...

Cuando suena el pitido que marca el final del partido, el equipo de la uni se corona por una victoria aplastante. Los jugadores están eufóricos y chocan los palos entre sí para celebrarlo. El entrenador también parece rebosar alegría. Y el público, bueno... Solo hay que oír los gritos.

Al cabo de un rato, Liam se acerca a mí y me dedica una cálida sonrisa. Odio sentir un cosquilleo en el cuerpo por el simple hecho de que le haya dado por curvar los labios solo para mí. Pero necesito otra entrevista para mi nuevo artículo, así que dejo a un lado mi confusión para levantarme y acercarme a él.

—Buen partido... —digo con aire despreocupado—. ¿Puedo hacerte unas cuantas preguntas más para el periódico?

—¡Pues claro! En eso habíamos quedado, ¿no?

Sí, bueno, la verdad es que sí...

Hago un pequeño mohín y él se dirige hacia la puerta por la que los jugadores salen de la pista de hielo. Avanza con facilidad sobre sus patines y se acerca al banquillo para sentarse. Intento mantener una distancia razonable con él, pero estoy lo bastante cerca como para ver las gotas de sudor que le caen del pelo mientras se quita el casco.

Madre mía, qué bueno está... ¡Emily, concéntrate!

Mientras le hago un par de preguntas y apunto sus respuestas, no deja de mirarme. No me siento cómoda con sus ojos azules clavados en mí, así que me entra un ligero tembleque. De vez en cuando, levanto la vista y me encuentro con su mirada. Entonces me sonrojo y me maldigo por ser tan débil.

Su nariz ligeramente curvada, sus labios carnosos... ¡Me están llamando! No puedo esconder lo mucho que me excita. Cuanto más consciente soy de ello, más nerviosa me pongo. Hago todo lo posible por concentrarme en su rendimiento en el partido de hoy, pero muy a mi pesar, me descubro fijándome en cada detalle de su cara: sus ligeras pecas, la cicatriz irregular de su barbilla, los rizos castaños que le cubren la frente... Sus músculos definidos encajan bastante bien con el resto, la verdad.

¡Qué profesional eres, Emily!

De repente me doy cuenta de que no he escuchado lo último que me ha dicho y me aclaro la garganta. ¿Sabrá el efecto que tiene en las mujeres? ¿Y el que tiene en mí? Aparto rápidamente la mirada y finjo echarles un vistazo a mis notas.

—Quizá deberíamos continuar esta conversación tomando una copa... —sugiere—. No es que me apetezca, ni mucho menos, pero necesito ducharme antes de seguir.

De repente, recapacito. Aunque cada vez me cuesta más resistirme a su encanto, sonrío, tensa a más no poder.

—Gracias, pero ya tengo todo lo que necesito —respondo, a la defensiva.

Él sonrío y se encoge de hombros.

Nos levantamos a la vez y casi me choco con él, pero me sujeta por el brazo antes de que nos

estampemos. Su agarre es firme y su dulce aroma me pone la piel de gallina. ¿Cómo es posible, si lleva horas sudando? Huele a una mezcla de madera de cedro y especias.

Se me está yendo la pinza. Tengo que salir de aquí...

—Esto... Perdona.

—No pasa nada.

Liam me suelta y recupero la compostura, y de paso, la dignidad.

—Bueno, hasta la próxima... —me susurra demasiado cerca de la oreja y se me eriza el vello de todo el cuerpo.

Nos miramos brevemente a los ojos. Su cara está tan cerca de la mía que siento que me flaquean las rodillas. Bueno, pues ya está. No puedo negarlo: decir que este chico me atrae sería quedarme corta.

Mierda, no...

No quiero ser una chica más de su lista. Y menos teniendo en cuenta que, por lo que vi en la última fiesta, a Liam le gusta tantear el terreno antes de marcar el gol.

¹ *N. de la T.* Nombre con el que se conoce a los aficionados al yoga. En ocasiones, en femenino se usa la palabra *yoguini*.

² *N. de la T.* Forma abreviada de «ridículo».

Liam

Sí, sé que estoy jugando con fuego. Nuestras caras estaban tan cerca que me habría bastado un pequeño empujoncito para besarla. Sin embargo, he tenido que ubicarme un poco y recordar dónde estábamos, además de quién es ella: la periodista con la que colaboro para darme a conocer. Emily tiene que conducirme hasta el estrellato; nada más. Y, sin embargo, no puedo ignorar que cada vez me cuesta más no pensar en ella.

Me mira con esos ojos enormes y del color de una laguna cristalina. Su pelo rubio enmarca su precioso rostro y sus labios...

Joder. ¡Deja de pensar en ella o te vas a empalmar!

Me alejo de Emily y me dirijo a los vestuarios. Cada músculo de mi cuerpo protesta. Esta chica desata en mí un deseo que jamás había sentido. Quizá sea porque está fuera de mi alcance. Aunque en realidad, el único obstáculo soy yo mismo. Puede que me guste pensar que Emily es la fruta prohibida. ¿Significa eso que me pone cortarme cuando estoy con ella?

Mierda. Debería mirármelo... Eso ya es perversión.

Sin embargo, no puedo ignorar que el entrenador no se alegraría precisamente si pasara algo entre nosotros. Y tiene razón: necesito concentrarme en el deporte. No dejo de pensar que esta chica no es un rollo de una noche; de hecho, lo tengo clarísimo. Si pierdo el norte, si derrapo, lo nuestro no será un lío breve ni mucho menos. Parece el tipo de chica que te hace querer volver a por más. Cuanto más me acerco a ella, más me convenzo de ello. Además, me gusta el efecto que tengo en ella, porque bueno, ciego no estoy, y aunque ella rechiste y quiera alejarse de mí, sé que no es totalmente inmune a mis encantos.

¿Eso te hace sentir mejor, pedazo de imbécil?

Sí, tengo que admitir que es como un chute de alegría directo a mi virilidad... Pero hay cierta parte de mi cuerpo que se queda con ganas de más cuando la ve.

Soy todo un poeta, ¿eh?

A la mañana siguiente, me sobresalto al oír un fuerte golpe. Me incorporo de repente e inmediatamente vuelvo a caer sobre la almohada. Me pitan los oídos. Ayer me bebí unas cuantas cervezas... Creo que me pasé con lo de celebrar la victoria, aunque quizá me pusiera ciego para olvidarme de mis fantasmas...

Cuando llaman a la puerta, me levanto con desgana. Espero que no sea importante.

Sin embargo, Chase se cuela en mi habitación cuando apenas he girado el pomo.

—Buenos días a ti también, Chase. Adelante, pasa y ponte cómodo —gruño.

Se ríe.

—Tío, son las nueve. Estaba seguro de que habías pasado del despertador. ¡De nada! Ya tendrías que estar en segunda. ¡A clase, venga! Además, vaya jeta de mierda me llevas...

Frunzo el ceño.

—Que te jodan —le digo, todavía gruñendo.

—Parece que alguien tiene resaca... —bromea Chase.

Pongo los ojos en blanco.

—Deja que me dé una ducha rápida y me inyecte algo de cafeína en el torrente sanguíneo. Luego podemos irnos. ¡Y sí, me daré prisa! —grito mientras entro corriendo en el baño.

Chase se tira en el sofá y se pone a teclear en el móvil mientras yo me arreglo. Después de una ducha y un vaso gigante de coca-cola, me siento un poco mejor. Ya podemos irnos.

Un día de clases en la uni debería distraerme. No dejo de pensar en Emily y eso me tiene desquiciado. Aunque me he propuesto concentrarme en el hockey sobre hielo, no consigo sacármela de la cabeza. Y para qué mentir, no me ayuda mucho que ella también tenga cierto interés en mí.

Cuando termino las clases, estoy un poco deprimido. Una de las asignaturas gordas del curso es difícil de entender y me cuesta seguir las explicaciones del profesor.

De camino a casa, paso por la cafetería con la esperanza de que Chase esté allí currando y me anime un poco, pero parece que no es el caso. De todos modos, aprovecho; pido un café y un sándwich y me siento en un rincón de la cafe. No suelo fijarme mucho en quién anda por aquí, pero esta vez no puedo ignorar lo que me rodea: Emily está sentada en una mesa cercana, absorta en su cuaderno.

Mis pies parecen tener vida propia y me dirijo hacia ella. Cuando se da cuenta de mi presencia, levanta la vista y, por un momento, su rostro se cubre de una expresión de sorpresa mezclada con inquietud. Luego lo oculta todo con una sonrisa tensa.

—Hola, Liam —dice mientras cierra el cuaderno.

Me siento a su lado sin preguntar. Para ser un chaval que se había propuesto ignorarla, lo estoy haciendo de puta madre, ¿no?

—¿Cómo estás? —le pregunto, en un intento torpe de entablar una conversación.

—Pues bien... —responde, sobria, removiendo el té—. Acabo de terminar la primera versión de vuestro artículo para el periódico y me estaba preparando el próximo tema.

Probablemente debería leer entre líneas y dejarla en paz: es evidente que tiene mucho que hacer. Sin embargo, mi cuerpo se niega a obedecerme.

—Ah, qué guay... —suelto, sin saber qué más decir.

No quiero irme y dejarla aquí sentada. Además, cuando habla de su trabajo, le cambia el color de la cara y se vuelve aún más sexy. ¿Cómo voy a evitarla, si me atrae como si fuera imán andante? Sé que quería distanciarme, pero ahora que estoy aquí, a su vera, tendrían que sacarme a rastras, porque no la dejaría sola ni muerto.

—Bueno, la verdad es que es un placer escribir sobre vuestro equipo. Hasta ahora estáis jugando con una profesionalidad admirable —continúa—. Bueno, sobre todo tú. Eres muy bueno.

Emily sonríe, atrevida.

Este cumplido tan inesperado me entenece y siento que la temperatura corporal me aumenta un par de grados. Aunque me cuesta, me obligo a ocultar lo que siento.

—Gracias, Emily. Tú también haces un gran trabajo con tus artículos. A los lectores les encantan y es evidente que en el último partido había más público que nunca. Es increíble ver cómo nos anima la afición mientras jugamos.

Sonríe agradecida, pero noto que sigue incómoda. Me muero por derribar ese muro que nos separa, pero tengo miedo de lo que pueda pasar si me acerco demasiado a ella. Es como si ambos participáramos en una farsa y evitáramos mostrar el efecto que sentimos por el otro.

¿Qué hago aquí? Esto no tiene sentido.

Me levanto bruscamente.

—Bueno, pues que te vaya bien...

Parece un poco confusa, así que se limita a asentir.

Vuelvo a mi mesa y el camarero me trae el sándwich que había pedido. Mientras doy el primer bocado, observo a Emily, sentada de espaldas a mí.

Bueno, está claro que, por mucho que intente negarlo, hay algo entre nosotros. Pero he de tener cuidado: me la estoy jugando. Mi sueño es entrar en la NHL. ¡No puedo distraerme!

El entrenador Franklyn nos ha hablado muchas veces de antiguos miembros del equipo que podrían haber tenido un futuro prometedor, pero se desviaron del camino por amor. Bueno, esas son sus palabras, no las mías. Liam Scott nunca ha estado enamorado, ¡así que esta no va a ser la primera vez!

¿Todo bien, colega? Estás hablando de ti mismo en tercera persona...

Hasta ahora, siempre me he limitado a echar un par de polvos —bueno, a veces muchos más — con mis ligues, pero ahí se ha quedado todo. Ni selfis de los dos, ni desayunos románticos, ni viajes juntos, ni presentaciones a los padres, ni siquiera a mis colegas. Nada de nada. Solo sesiones de folleto y líos bien cuadrados con mi horario, para que los días y las noches se me hicieran más cortos. Además, los sentimientos son una mierda. Te vuelven débil y si los dejas entrar en tu vida una vez, ¡estás acabado! Todas las tías con las que he estado de rollo parecían estar de acuerdo, o eso me dejaron ver. Si no lo estaban, ninguna me lo dijo a la cara...

Sin embargo, cuando miro a Emily, me pregunto cuánto tiempo podré ignorar la atracción que siento por ella. Me merezco un sermón. Tengo que controlarme y establecer mis prioridades.

De repente, siento que me cuesta respirar. Abandono mi sándwich a medio comer y salgo corriendo como un loco de la cafetería. Necesito un poco de aire fresco.

Hay demasiada gente en el campus y todo me da vueltas. No puedo pensar con claridad, así que corro hasta la resi y una vez en mi habitación, cierro la puerta. Me apoyo en ella e inspiro y espiro profundamente un par de veces.

¿Qué coño me pasa?

Entro en el cuarto de baño y me lavo la cara con agua fría sin pensármelo dos veces. Me ayuda a calmar los nervios. Al cabo de unos minutos, mi respiración vuelve a ser regular.

Ahora que estoy más tranquilo, me doy cuenta de que llego tarde al entrenamiento. A Franklyn no le gustará que me presente allí cuando todos los demás ya han calentado.

Cojo la bolsa de deporte y salgo corriendo, pero aunque voy a toda prisa, llego diez minutos tarde. Como era de esperar, el entrenador me dirige una mirada severa.

—Lo siento, estaba estudiando y se me ha pasado la hora —miento.

—Más te vale que no se convierta en una costumbre. ¡Al hielo! —me dice con frialdad.

Me concentro y eso me ayuda a olvidar mi pequeño ataque de pánico. Cuando me subo a los patines, es como si entrara en otra dimensión.

Después del entrenamiento, Franklyn me dice que le acompañe a su despacho.

—Bueno, ¿entonces estás listo para el examen de mañana? —me pregunta, un tanto preocupado.

¡Mierda, no! Me había olvidado por completo de ese examen...

—Eh... Sí, claro... —digo, inseguro.

Respira aliviado. Parece que se lo ha creído.

—Me alegra oírlo. Buena suerte, Liam —añade y luego me deja marchar.

Una vez más, salgo corriendo hacia casa. Lanzo la bolsa a la otra punta de la habitación y me

siento inmediatamente en el escritorio. Rebusco frenéticamente entre mis apuntes hasta encontrar el tema con el que me van a torturar mañana. Por desgracia, no entiendo nada de lo que leo. Aun así, intento concentrarme y aprendérmelo todo de memoria.

Cuando me empiezan a arder los ojos, dejo la pila de papeles sobre la mesa, resignado, y me voy a dormir.

¿Por qué me cuesta tanto estudiar y sacar buenas notas? Esto con el deporte no me pasa... En fin, tan tonto no seré, ¿no? ¡Es que no hay manera!

Mientras los pensamientos intrusivos me martillean el cerebro, me quedo dormido. Mañana será otro día.

Nervioso a la par que cansado, me siento en el aula del examen y lucho por mantener la pierna quieta. Uno de mis compañeros se vuelve hacia mí y me fulmina con la mirada para que me deje de tembleques. Algunas preguntas no son tan difíciles y consigo responderlas, pero las demás... No hay nada que pueda hacer.

No tardo en mucho en levantarme de la silla y, en cuanto le entrego mi examen al profesor, me dirijo al parque del campus, frustrado. El mundo de los negocios no es lo mío. Para el caso, mi futuro jefe se encargará de todo por mí...

Suspiro.

A pesar de todo, tengo que sacarme la carrera y con buenas notas. ¡Puedo hacerlo, joder! Tengo motivos suficientes para conseguirlo, así que he de seguir intentándolo.

En los días siguientes, intento compaginar los entrenamientos con mis obligaciones en la uni. Me quedo despierto hasta medianoche para estudiarme los apuntes y repasar para los exámenes, pero poco a poco, el cansancio empieza a repercutir en mi rendimiento deportivo.

Una tarde, el entrenador Franklyn me pide que me pase por su despacho. Ya casi parece una costumbre...

—Pareces cansado, Liam. ¿Va todo bien?

—Sí, todo genial, entrenador. Es solo que he estado estudiando hasta tarde... —le contesto con sinceridad.

—Si necesitas tiempo para estudiar, puedes saltarte algunos entrenamientos... —sugiere.

—Ni de coña, entrenador. Con todos los respetos, si no entreno, corro el riesgo de que no me seleccionen —replico.

—Tienes que encontrar el equilibrio, Liam. No puedes seguir así. Intenta buscar la manera de organizarte, por favor. Algo que funcione y con lo que no acabes quemado, a ser posible. ¿Has pensado en buscar a alguien que te ayude con los estudios? En fin, dale un par de vueltas y ya me dices...

Suspiro y salgo de su despacho. Siento que me hundo en un abismo y no sé cómo voy a salir de él. Empiezo a sentir la carga mental de ser el capitán del equipo y tener que sacarme la carrera al mismo tiempo.

Cuando llego a mi habitación, me siento frente al portátil y me conecto al portal en el que cuelgan las notas de la evaluación. Hoy publican los resultados del examen del otro día. Respiro

hondo y cierro los ojos antes de volver a abrirlos y hacer clic para ver qué tal lo hice.

He suspendido el examen. ¡Cómo no...!

No me sorprende, pero eso no quita que esté disgustado. Me vuelve a costar respirar y necesito urgentemente salir de aquí, moverme. Solo quiero patinar, deslizarme sobre el hielo y no pensar en nada.

Ya vale de estrés por hoy... —pienso para mis adentros, mientras recojo mis cosas.

Por suerte, la pista está vacía. Justo lo que necesito. Cojo unos cuantos discos y me pongo a practicar el tiro a puerta. Absorto en mi frustración, ni siquiera me entero de que Chase ha entrado en la pista. Cuando me doy la vuelta, lo veo patinando hacia mí.

—Hola, tío... —dice.

—Hola —respondo, sin más.

—¿Estás estresado? —pregunta.

—¿Te parece que estoy estresado? —digo en un tono más alto del que me gustaría.

Se me queda mirando. Chase me conoce demasiado bien. Sabe cuándo no tengo ganas de hablar. Alineamos un par de discos más y él se pone en la portería.

—A ver cuántos goles eres capaz de colarme. Te lo advierto: soy un crack en la portería... —dice con descaro.

Acepto el reto. Lanzo un disco tras otro en dirección a la red y nos pasamos así un buen rato: yo decidido a marcar y él intentando salvar¹ los tiros.

Dios, estoy agotado...

Cuando considero que ya he descargado mi frustración, nos sentamos y mi mejor amigo me apoya el brazo en el hombro.

—Todo va a salir bien, *bro*.

Inspiro y espiro con dificultad.

—He suspendido otro examen, tío... —digo abatido, mientras sacudo la cabeza.

—Bueno, no es para tanto... Aún puedes recuperarlo —responde para intentar animarme.

—Es que no consigo entender esa mierda... Como siga así, voy a cagarla pero bien.

Chase me mira serio.

—¿Por qué no te buscas un tutor?

—Nadie me tomará en serio como capitán si necesito un tutor que me ayude a estudiar. No puedo arriesgarme, Chase. Mi reputación está en juego; ya lo sabes —respondo, molesto.

—Tío, es solo una sugerencia... Intento ayudarte.

—Lo sé, lo siento. Es que estoy de los nervios...

Me frota el hombro para tranquilizarme.

—Buscar ayuda no es de débiles, Liam. Piénsatelo.

Nos sentamos en silencio durante un rato y luego empiezan a llegar los chicos del equipo para el entreno de hoy.

—Qué pronto habéis llegado, ¿no? —exclama Tyler, desconcentrado.

El entrenador Franklyn también se sorprende de que ya estemos en la pista, pero aun así, nos hace un gesto con la cabeza antes de dar un par de palmadas.

—¡Bueno, chavales, al lío!

Un par de segundos después, el equipo entero está sobre el hielo. De repente, por el rabillo del ojo, veo a Emily de pie, junto al banquillo. Una vez más, me quedo prendado de ella. Hoy lleva la melena rubia recogida en una trenza, así que se le ve más la cara. Levanto la mano para

saludarla y ella sonríe.

Antes de que mi cuerpo vuelva a reaccionar de una forma inapropiada, me doy la vuelta y me concentro en el entrenamiento. Más me vale mantener las distancias...

Una vez duchado, salgo pitando hacia la resi para evitar cualquier distracción.

Joder. ¡Esto no puede durar mucho más!

Antes de dormirme, me pongo a pensar en mi situación largo y tendido. ¿Y si Chase tiene razón? ¿Y si necesito un puto tutor?

Frustrado, me paso las manos por la cara. No, ¡tiene que haber otra forma! Me las apañaré, sea como sea.

¹ *N. de la T.* Cuando un portero efectúa una parada, esto es, intercepta el disco antes de que entre en la red, se le acredita una salvada; de ahí lo de «salvar los tiros».

Liam

Me despierto *full*¹ motivado antes de que suene el despertador. Estoy decidido a sacar mejores notas y no suspender ni un solo examen más, así que me voy a la biblioteca. Todo el mundo sabe que allí se estudia mejor. Bueno, al menos eso dicen...

Busco una mesa alejada de los demás y saco de la mochila los apuntes y los libros. Quizá debería pensar en enfrentarme a ello de manera estratégica, pero es que me agobio con tan solo ver la cantidad de información que hay en la mesa.

¿Cómo voy a asimilar todo esto?

Las dudas empieza a martirizarme y mi motivación se esfuma de repente. Respiro hondo y cojo uno de los libros. ¿Qué coño? No puede ser tan difícil...

Abro el libro de Economía y negocios y empiezo a hacer un resumen de uno de los temas. De repente, alguien me toca en el hombro. Estoy tan absorto en el estudio que me pilla desprevenido y doy un respingo.

¿Emily?

El corazón me late aún más deprisa.

—Hola —digo por fin.

—¿Estás estudiando para un examen? —me pregunta después de devolverme el saludo.

—Sí, bueno, algo parecido... —respondo, sin poder apartar la mirada de esa carita.

Sus ojos me atraen como un imán.

—Bueno, pues no te molesto...

Se despidе con la mano y luego desaparece por un pasillo. Ahora que la he visto, la concentración que había conseguido hace un par de minutos desaparece. Me recuesto en la silla y la veo sacar un libro de la estantería antes de sentarse en una de las mesas que hay justo al lado.

Intento apartar la mirada y centrarme una vez más. De repente, la pila de libros que tengo enfrente se ha hecho más grande. Me acaricio la barba de tres días y sigo estudiando. Esta vez consigo ponerme del tirón y, cuando levanto la vista, Emily ya se ha marchado. Dejo vagar la mirada y el reloj que hay justo encima de la puerta me indica que ya es hora de ir a clase.

Tengo que admitir que estoy un poco orgulloso de mí mismo. No ha estado mal para empezar. Motivado, recojo las cosas y me pongo en marcha. Si soy capaz de seguir así, estoy seguro de que mi rendimiento mejorará.

Durante los días siguientes, intento hacerme a la nueva rutina: atender en clase, estudiar, entrenar, hacer los deberes... Me paso los fines preparándome para los exámenes y apenas salgo de la habitación.

Cuanto más tiempo paso así, más seguro me siento de mis capacidades. Pero no consigo quitarme la sensación de que me falta algo. Con todo el tiempo que le dedico a los estudios, me queda poco para los amigos y la diversión.

Me siento a hacer los deberes y entonces me suena el móvil.

—¿Qué pasa, *bro*? —digo cogiendo el teléfono.

—Tío, ¿sigues vivo? ¡Salvo en el hielo, apenas te vemos! —exclama Chase.

—Intento ser un estudiante modelo. Debería intentarlo...

Mi comentario no sirve de mucho.

—Ven a tomarte unas cervezas conmigo, anda... —dice, para tentarme.

—Chase, de verdad que tengo que estudiar para los próximos exámenes... ¡Es una putada, pero así estamos! —contesto.

Justo entonces oigo que llaman a la puerta. Con el teléfono en la mano, me levanto y voy a abrir. Chase está enfrente de mí, sonriendo.

—No acepto un no por respuesta —dice mientras cuelga.

Pongo los ojos en blanco.

—No puedes estudiar todo el tiempo, Liam —añade—, también tienes que divertirte un poco. Si no, te va a petar el cerebro. ¿No ves que no estás acostumbrado a tanta paliza? Venga, tómate aunque sea una cervecita con tu mejor amigo...

Suspiro. Al final, cedo.

—Está bien, vaaaaale... Dame un minuto: voy a vestirme.

Después de todo, una cerveza no me hará daño...

—Ahora que estás en plan ermitaño, ¿has tenido la oportunidad de volver a ver a tu querida periodista? —pregunta Chase mientras nos sentamos en el *sports bar* del campus.

Levanto una ceja.

—No... ¿Por qué iba a querer volver a verla?

—No me digas que te la suda esa chica, porque en el equipo hay más de uno que se ha fijado en el culazo que tiene...

Curiosamente, este comentario me pone de los nervios. Me molesta, vaya. ¿Entonces le han echado el ojo a Emily?

—Me cae bien, eso es todo. Cuando nos vemos, es solo para ayudarla con los artículos que tiene que escribir. ¿De verdad no tenéis nada mejor que hacer que desnudar con la mirada a todo lo que se menea?

—¡Venga ya! ¡Como si tú no lo hubieras hecho...! —exclama Chase, riendo.

—¿Me has arrastrado hasta aquí para hablar de ella?

No me gusta nada el giro que está dando esta conversación, y menos aún ahora que Chase me han dicho que todos van detrás de ella. ¡Vaya panda de cerdos!

Ah, espera, ¿ahora no eres uno de ellos? Mira a este: te pones a estudiar después de años de no hacer ni el huevo y, de repente, eres mejor que los demás...

—Relax, tío. Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿no? —suelta Chase, intentando tantear el terreno.

¡Me cago en todo! ¿Por qué ni siquiera puedo confiar en mi mejor amigo? Aunque bueno, me cuesta mucho admitir que me gusta esta chica, así que ¿cómo se lo voy a decir a mi colega?

—A ver, es interesante, sí... Pero ¿de qué me sirve? Tengo que concentrarme en la temporada. El equipo cuenta conmigo. Además, necesito subir la media como sea. El entrenador Franklyn está en plan mano dura conmigo, y tiene razón: necesito asegurarme un futuro por si no sale bien lo del deporte. ¡Joder, es que sé que puedo hacerlo!

Chase asiente.

—Lo entiendo, pero no creo que nadie te lo vaya a reprochar si te das una alegría de vez en cuando...

—Ya, tío... Gracias. Bueno, ¿podemos cambiar de tema, por favor? Ahora mismo no tengo

tiempo para esto. Primero tengo que poner mi vida en orden. Ahora que por fin le he cogido el tranquillo a lo de estudiar, no quiero que nada se interponga en mi camino.

Chase sonríe y bebe un sorbo de cerveza.

—Como quieras, Romeo. Además, ya ni siquiera me acuerdo de lo que estábamos hablando...

Me río y apuro el último trago de cerveza.

Seguimos hablando un buen rato de coña, lo que me sienta muy bien. Chase siempre sabe cómo distraerme. Hasta parece que se me ha subido un poco el alcohol y, de repente, me olvido de todas mis preocupaciones.

Dejo vagar mi mirada por el bar y me detengo en un par de ojos que me observan con interés. Hay una chica muy atractiva que me está enviando señales claras. Probablemente me vendría bien una distracción rápida como esa. Sin embargo, no me comporto como siempre. Es como si mi cuerpo no quisiera moverse: se queda ahí, pegado a la silla. Ni siquiera siento un cosquilleo en la polla,  y eso es raro! Entonces la risa de Emily irrumpe en mi mente. Sacudo la cabeza para deshacerme de unos pensamientos bastante indecentes y me concentro en mi mejor amigo.

Chase levanta su cerveza para brindar, imitando al entrenador. Me echo a reír. Si no fuera por él, no s  cómo aguantaría esta mierda.

Pasado un rato, mi amigo y yo nos levantamos para marcharnos y él sale del bar tropez ndose con medio mundo. Ya está otra vez haciéndome reír. Cuando nos despedimos y vuelvo a la resi, me siento relajado y mucho más feliz.

Por primera vez en semanas, me duermo con una sonrisa en la cara.

A la mañana siguiente, se me revuelve el estómago cuando el profesor reparte un examen sorpresa. Suspiro. Ligeramente resacoso y cansado, no estoy en condiciones de lidiar con esto, pero hago lo que puedo.

Al final, creo que el maratón de estudio ha servido de algo y salgo del examen con la sensación de que he respondido bastante bien a las preguntas. Pero cuando publican las notas del examen, no me lo puedo creer: otro puto suspenso.

Salgo del aula cabreado y avanzo por el pasillo de la uni tan rápido que me estampo con alguien.

 Emily otra vez? Pero  qu  broma absurda es esta?

— A ver si miramos por dónde vamos...! —digo entre dientes y me dispongo a seguir con mi enérgica caminata de pirado.

— Est s bien, Liam? —me pregunta a mis espaldas.

La preocupación en su voz me hace detenerme.

—No, no estoy bien.   ltimamente nada va bien! —suelto entre suspiros.

— Quieres hablar de ello?

—La verdad es que no.

Parece pensárselo un momento y se le sonrojan las mejillas, como si le supusiera un esfuerzo sobrehumano decirme:

—Venga, te invito a un café.

La amabilidad de sus palabras hace que me sienta culpable por haberle contestado tan borde. Me paso una mano por los rizos.

Joder... ¡Esto sí que es enfrentarme cara a cara con la tentación!

Aun así, no consigo decirle que no. Cuando estoy con ella, es como si me quitaran un enorme peso de encima.

Entramos en la cafetería donde trabaja Chase y nos sentamos en una mesa en la esquina del local. Emily pide un café para los dos. Nos quedamos allí sentados, en silencio, durante un rato. No consigo apartar los ojos de la taza, pero sé que en algún momento tendré que decir algo.

—Gracias, Emily. Creo que es lo que necesitaba para no pegarle un puñetazo a la pared...

La miro y sonrío para animar el ambiente. De repente, veo que se relaja y me dedica una sonrisa dulce y sincera.

—¿Por qué estás así? —se atreve a preguntarme, dadas las señales contradictorias que sigo enviándole.

—Es complicado... He suspendido un par de exámenes este curso. Como siga así, no me voy a graduar. Es que, por mucho que estudie, no consigo entender esta mierda...

Emily abre la boca ligeramente, asombrada.

—Sí, anda, riete: a Liam Scott le está costando la vida y media sacarse la carrera. Sería un titular perfecto para tu periódico, ¿verdad?

—Me parece admirable que te esfuerces tanto por compaginar el deporte, que ya te ocupa tantísimo tiempo, con los estudios. Muchos deportistas se conforman con lucirse en lo suyo y dejan de lado la carrera. ¿Por qué quieres sacártela? —pregunta tímidamente.

Suspiro y la miro con franqueza.

—El deporte es mi vida: lo único que tengo. Es mi mundo, y espero que mi futuro. Pero nada es seguro. No creo que sea más tonto que los demás, ni tampoco que mis compas de equipo, a los que admiro y que siempre sacan notazas, pero... El entrenador también me ha dejado caer que tengo que meterles caña a los estudios. Si saco buenas notas durante la temporada de hockey, hay más probabilidades de que los cazatalentos se fijen en mí. No solo cuenta mi rendimiento en la pista. Vamos, que podría aprovechar la uni para salir de aquí con algo que merezca la pena. Me refiero a algo más que un contrato con la liga profesional.

Sonrío.

Me sorprende lo fácil que me resulta hablar con ella. Me ayuda a verbalizar lo que siento y también a ver las cosas con más claridad, a recuperar la confianza y la motivación. Bueno, y no hablemos de la miradita que me está echando ahora mismo...

Joder, es preciosa...

No parece decepcionada ni tampoco se burla de mí. Me escucha con atención y se interesa por lo que le estoy contando. El corazón me da un vuelco cuando me doy cuenta de que esta chica me gusta de verdad. Joder si me gusta... Me muero por ella.

—Bueno, yo... Puedo ayudarte, si quieres —dice—. Podemos estudiar juntos, si te apetece. Creo que es más fácil si somos dos. Aunque bueno, nuestras asignaturas no son las mismas, así que...

Justo después de proponérmelo, se pone roja como un tomate. Me quedo de piedra, como si me faltara un hervor y la miro, atónito. Mi primer instinto es rechazar su oferta y salir de allí tan rápido como pueda, pero sus ojos me tienen preso. No puedo moverme y tampoco quiero hacerlo.

Ya va siendo hora de tragarse el orgullo.

Además, ¡es una forma de pasar más tiempo con ella, espabilado!

Mando callar a mi subconsciente y asiento.

—Eres muy amable por ofrecerte. Creo que me vendría genial un poco de ayuda, porque ahora mismo no sé por dónde empezar con todas las asignaturas que tengo pendientes.

Y así, en un abrir y cerrar de ojos, se me pasa el cabreo. Siento un calorcito de lo más agradable que se despierta en la boca de mi estómago.

¡Vamos, hombre, que solo te va a ayudar a estudiar! Cálmate un poco.

¹ N. de la T. Una forma argótica de adolescentes y veinteañeros de decir «muy»: *full* motivado, *full* cabreado... También existe la variante *a full*. Viene del inglés, *fully*, que significa «completamente».

Emily

Acabo de ofrecerle mi ayuda a Liam Scott. Yo, Emily Hansen, me he atrevido a proponerle al capitán del equipo de hockey de la uni, el bomboncito del campus, que estudie conmigo. Y no olvidemos que estamos hablando del que se las lleva a todas... Me he metido de lleno en la boca del lobo. Pero creo que no me vendría mal que me echara las garras encima...

Trago saliva cuando acepta. Me cuesta creerlo.

¡Ha dicho que sí!

Aparto los ojos de los suyos, con los que no deja de observarme. Parece que quiere recorrerme por dentro y por fuera. Me aclaro la garganta e intento ignorar el enjambre de mariposas que tengo en el estómago.

—¡Genial! —exclamo, con la voz casi ronca.

—¿Cómo quieres que lo hagamos?

—Pues dame tu número y así concretamos un día para quedar. Bueno, para estudiar, claro...

No estás tú muy fina, ¿eh...?

Vuelvo a sonrojarme.

Liam asiente despacio. Probablemente, pedir ayuda no sea uno de sus puntos fuertes. Solo hace falta verle la cara. Todo esto se está volviendo cada vez más real.

Aun así, me pasa su móvil y le guardo mi número.

—Por cierto, si te da palo que se sepa, tranqui. Será nuestro secreto. No se lo diré a nadie; te lo prometo.

—Gracias, Emily. No es que quiera que sea un secreto, pero como soy el capitán del equipo... En fin, sería raro que la gente se enterara de que necesito que me echen una mano — responde cuando le devuelvo el teléfono.

Y más teniendo en cuenta que estoy en primero y no soy superpopular, ni tampoco la más guay del campus. Lo entiendo, la verdad.

Liam se levanta y se rasca la barbilla.

—Bueno, ya nos veremos... Gracias por el café, por cierto. Esto...

No sabe muy bien qué decir.

—En fin, hasta luego —añade justo después, antes de salir corriendo.

Este chico es un poco raro... ¿Le da vergüenza que le vean conmigo más de una hora? Y bueno, tampoco es que pueda ignorar que me ha tirado la caña. También parece que intenta alejarse de mí a toda costa, como si le molestara. Ni siquiera sé por qué me ignora. Creo que he sido demasiado amable con él al ofrecerle ayuda.

Hago un mohín, decepcionada.

Mientras le veo marcharse, empiezan a asaltarme las dudas: ¿Y si he cometido un error? Debería concentrarme en mis estudios, no en hacer de tutora. Además, tengo un montón de trabajo pendiente... Por no mencionar el hecho de que estamos estudiando carreras completamente distintas. Pero Liam está en ADE¹, y como mi padre es un hombre de negocios bastante exitoso, sé bastante del tema...

Suspiro.

Pase lo que pase, no debo perder la concentración. Necesito meterme en un periódico

importante. Tengo que establecer algunas reglas antes de empezar a estudiar con él, para que todo se quede en algo serio y práctico para los dos. ¡Sí, suena bien!

De camino a casa, pienso en la mejor manera de organizarnos. A ver, lo más importante es que aprenda a controlarme un poquito. Liam es increíblemente atractivo y lo sabe de sobra. No sé a qué juega conmigo, con este bucle infinito de una de cal y otra de arena, pero no debo dejarme engañar. A las chicas como yo no les gustan los chicos como él, y viceversa. Ante todo, no debo desviarme del camino.

Ya me lo dijo en una entrevista: para él, el deporte es lo primero.

Estoy sentada en mi clase de Gestión de los medios de comunicación, tomando apuntes como una alumna aplicada. La asignatura no es tan difícil como pensaba al principio. He conseguido retener lo más importante y, en líneas generales, la entiendo. ¡Eso es buena señal!

Por enésima vez, miro el móvil. Me odio por hacerlo, pero todavía no tengo noticias de Liam y estoy un poco chafada. Seguro que ha cambiado de opinión sobre las tardes de estudio juntos... ¡Bueno, pues yo tampoco puedo obligarle! Que decida él.

En cualquier caso, es probable que hoy lo vea, porque tengo que pasarme por el entrenamiento de hockey. En la redacción me han pedido que cubra la preparación física de los jugadores antes de los partidos. Este finde juegan uno muy importante. El entrenador Franklyn tiene la esperanza de que mis artículos llamen la atención de los representantes de la NHL.

Sea como sea, los lectores parecen disfrutar con mi trabajo, y en los partidos cada vez hay más asistentes. Maddie y mi editor jefe también están muy contentos con mis resultados. Su aprobación me motiva mucho. Me viene bien saber que voy por el buen camino.

Cuando llego al pabellón, me siento en el banquillo de suplentes, como de costumbre. Aún me quedan diez minutos antes de que los chicos salgan de los vestuarios, así que tomo algunas notas que me ayudarán a estructurar mi futuro artículo.

Por fin, los oigo llegar. Liam parece cansado y me siento culpable por haber pensado que no me ha hablado porque, en el fondo, le doy igual. Supongo que él también lleva una vida bastante ajetreada. Y ahora que el partido está al caer, debe de estar entrenando duro.

Cuando me ve desde la pista, levanta ligeramente la cabeza para saludarme. Este jueguecito de fingir que no existo me está empezando a poner de los nervios. Me pierdo en mis pensamientos y el silbato del entrenador me devuelve a la realidad.

Mierda.

Liam se está convirtiendo en una distracción. En lugar de prestar atención al entrenamiento y analizar lo que sucede, estoy ocupada pensando en él. Dispuesta a no dejarme llevar, sacudo la cabeza, me concentro en mi cuaderno y apunto mis impresiones sobre el entreno.

Hoy, la actitud del capitán es mucho más pausada que de costumbre. Está apático. Teniendo en cuenta su entusiasmo habitual, me parece extraño. Su desgana parece estar contagiándose al resto del equipo. A todos les falta el ímpetu y la garra que normalmente les caracterizan. Es interesante ver hasta qué punto el rendimiento sobre el hielo depende del capitán. Ahora entiendo por qué Liam se siente presionado...

Los pases no están bien ejecutados y los jugadores apenas interceptan el disco, o bien porque se les escapa, o porque se chocan entre ellos con torpeza. Parece como si jugaran a cámara lenta, y si yo he sido capaz de verlo, eso significa que el entrenador Franklyn, también. El pobre

hombre se pone más tenso por momentos.

—¡Maldita sea! ¿Qué diablos hacéis? ¡Liam, muévete! ¡Eliot, a ver si aprendemos a patinar! ¡Por el amor de Dios, Chase...! ¿Te traigo un café o algo? ¿Qué os pasa hoy? —grita finalmente.

Da una patada a la valla que rodea la pista y sigue echándole la bronca al equipo. Les está cayendo una buena y yo me cohíbo en el banquillo mientras escucho la ristra de insultos que les dirige. De repente, como si recordara que estoy allí, se vuelve hacia mí. Me señala con el dedo índice y deduzco que ahora me toca a mí participar en su arrebató de ira.

—Y en cuanto a ti, ¡ni una sola palabra sobre esto en el periódico! Como te dé por escribir sobre este desastre, tendrás algún que otro problemita...

Trago saliva, asiento y recojo rápidamente mis cosas. Prefiero no seguir presenciando la debacle y acabar cobrando, como si el entrenador fuera mi jefe.

Una vez en mi habitación, sentada en el sofá, suspiro. ¡Ha sido horrible! Releo mis notas, pero no soy capaz de encontrar palabras positivas para reflejar el entrenamiento tan caótico al que acabo de asistir. Quiero ser amable, pero todo tiene sus límites. El entrenador tiene razón: será mejor que no escriba nada.

¡Qué pena! En fin, me concentraré en el partido...

De repente, me vibra el móvil. Me ha llegado un mensaje. No tengo el número guardado, así que desbloqueo la pantalla con el ceño fruncido.

** Hola, Emily. Soy Liam. ¿Te hace que quedemos mañana por la mañana a estudiar?*

Pongo los ojos en blanco y tiro el móvil a un lado, frustrada.

¡Pero será jeta!

Si cree que le voy a contestar enseguida al mensaje, teniendo en cuenta la forma tan cutre en la que me ha saludado antes, se equivoca. Lleva días torturándome con su silencio telefónico, ¡así que se merece que lo tenga en ascuas un poco! ¡Que sufra!

Enciendo el portátil y me pongo una peli. Me vendrá bien sumergirme un rato en otro mundo. Al cabo de media hora, ya me siento más tranquila. Cojo el móvil y escribo una respuesta a ese maldito capitán buenorro.

** Ok. En la biblioteca, mañana al mediodía.*

Y ya está. Ni «hola» ni «¿qué tal?», ni leches. Una tiene que ser fuerte. Orgullosa de mí misma, dejo el teléfono antes de que vuelva a contestar.

** Gracias.*

No sé qué me espera mañana, pero en el fondo, estoy nerviosita, y eso me hace pensar que lo de estudiar con Liam Scott me importa más de la cuenta.

Las puertas de la biblioteca se cierran tras de mí. No tardo en ver a Liam sentado en una de las mesas, con los ojos pegados a los apuntes. Cuando me acerco a él, parece ensimismado en ellos.

—Hola —le digo mientras me siento a su lado.

Alguien me manda callar desde la otra punta de la biblioteca y me llevo la mano a la boca.

Uy...

Liam me mira con ojos cansados y me dedica una sonrisilla.

—Hola... —dice en voz baja, rascándose la barbilla.

Parece que no puede más y me siento culpable por haber pensado que estaba pasando de mi cara. Evidentemente, no es eso; parece estar lidiando con un montón de problemas.

—No tienes buen aspecto... —digo tímidamente.

—Tengo que espabilar si quiero aprobar el próximo examen. Como el próximo partido está al caer, me está costando ponerme al día con la materia. De ahí que... —Parece dudar un momento, como si le diera vergüenza decirlo—. De ahí el mensaje. No estoy acostumbrado a pedir ayuda, pero ahora mismo no lo estoy pasando muy bien...

Me conmueve que se sincere así conmigo y asiento.

—Vale, lo entiendo. ¿Por dónde quieres empezar? ¿Cuál es tu metodología de estudio?

Abre los ojos como platos y me mira fijamente, como si acabara de decir algo horrible o le hubiera hablado en otro idioma.

—Esto, yo... Bueno, mi metodología es...

Empuja hacia mí un cuaderno lleno de notas apiladas, con montones de garabatos y números.

—Ya veo. Vale, pues... Creo que vamos a empezar por repasar los conceptos básicos para que puedas organizarte mejor. ¿Te parece bien?

Le sonrío para calmar el ambiente y él me dedica una sonrisa sincera que vuelve loca. Me siento como si un torbellino me recorriera de la cabeza a los pies.

Joder, ¡qué guapo es!

—¡Me parece perfecto! Oye, Emily... Gracias. Lo digo en serio.

Le digo que no es nada con un gesto de la mano y ambos nos recostamos hacia sus apuntes. Juntamos las cabezas de una forma sospechosa. Su olor varonil se cuele en mis fosas nasales y despierta a las mariposas de mi estómago.

No, no... ¡Ahora no! ¡Concéntrate, chiqui!

Nos alejamos un poco de su forma de trabajo y le enseño la mía. Reconoce que soy mucho más organizada y eso me hace reír. Para la carrera no me ha quedado otra que aprender a ser metódica en todo lo que hago. Por ejemplo, un artículo tiene una cabecera, un titular, una entradilla, un cuerpo y una conclusión, ¿no? Pues todo eso se puede extrapolar a la vida cotidiana.

A Liam parece gustarle mi manera de hacer las cosas, y juntos conseguimos hacer un par de resúmenes. Aprende rápido y es bastante aplicado. Eso me tranquiliza. ¡Menos mal que no tengo que ponerme firme! Hace las preguntas adecuadas, toma notas y se esfuerza de verdad. Me gusta su actitud.

Se rasca la barba de tres días y un par de rizos castaños le caen por la frente.

—¡Vaya, ahora sí que sí! ¡Lo tuyo es de locos, Emily! —susurra, para no molestar a los demás alumnos.

—Lo estás haciendo muy bien —respondo.

—¡Eso es gracias a ti! ¡Seré idiota...! Debería haberte pedido ayuda mucho antes.

La felicidad de sus ojos me llena el corazón. Me alegra saber que le estoy ayudando. A estas alturas, me da igual lo que hizo en el último entreno, o la forma absurda en la que se comportó

conmigo antes. Ya no estoy mosca con él. Nos entendemos mucho mejor y ha dejado de tontear conmigo. Se acabaron los silencios incómodos y gélidos. Me encanta estar con él. Siento que estoy descubriendo cómo es de verdad y eso me gusta.

¡Relájate un poquito, Emily!

Mientras guardamos nuestras cosas, Liam me pregunta:

—¿Te parece bien que quedemos mañana a la misma hora? ¿Estás libre o...?

Le miro, intentando ocultar mi sorpresa, y sonrío.

—Sí, vale.

—¿Estás segura? No te retrasaré con lo tuyo ni nada, ¿no?

—No, no te preocupes. Con el tiempo, te irás adaptando al método y yo podré estudiar mis asignaturas y tú las tuyas, sin que eso nos frene.

Sonríe ampliamente, como aliviado.

—¡Genial, entonces!

Cuando nos despedimos, parece dudar. Levanta el brazo, se acerca a mí y finalmente me toca el hombro como si fuera uno de sus colegas. El corazón se me encoge por la decepción e intento recomponerme cuanto antes para esbozar una sonrisa.

¿En serio, Emily? Liam Scott no iba a darte un abrazo porque hayáis estudiado durante más de una hora... Que pareces nueva, hija...

—Adiós, Liam —murmuro mientras me doy la vuelta para marcharme.

Perdida en mis pensamientos, me equivoco de camino para volver a la habitación y me paso un rato deambulando por el campus. Después de un rato, vuelvo en mí y ando en dirección a la resi. Espero que Cassy no haya vuelto todavía... Seguro que se da cuenta de que algo me preocupa y no estoy preparada para confesarle que me he pillado por el tío más bueno del campus. ¡Ya es bastante difícil para mí asimilar lo que está pasando!

Tal y como acordamos, al día siguiente quedamos en la biblioteca a la misma hora y seguimos haciéndolo día tras día.

Nuestras sesiones de estudio continúan en la misma línea que la primera. Nos concentramos, cada uno en lo suyo, pero me doy cuenta de que cada día tengo más ganas de pasar más tiempo con él. No se trata solo de estudiar juntos: nos reímos de nuestros errores, decimos lo que pensamos sobre ciertos temas y acabamos charlando sobre la vida en general. Poco a poco, tengo la impresión de que se está formando entre nosotros un vínculo que va más allá de sentarnos uno al lado del otro y repasar con los apuntes en la mano.

Estoy descubriendo a una persona más madura de lo que me imaginaba. Liam tiene opiniones bastante interesantes sobre muchas cosas; no solo habla de deporte y, además, tiene un sentido del humor increíble. Y sí, confirmamos lo que ya se sabía: es sexy a más no poder. Pero bueno, digamos que eso no es lo principal.

¡Que no...!

Hoy hemos terminado una buena sesión de estudio. Liam me mira fijamente durante unos segundos, como buscando las palabras. Yo finjo no haberme dado cuenta y mantengo los ojos pegados a mi manual de Derecho de los medios de comunicación, aunque soy incapaz de leer ni una sola línea.

—Oye, Emily... —dice por fin en voz baja.

—¿Sí? —respondo lo más estoicamente que puedo, mirándole.

El corazón me late con fuerza en el pecho y no consigo calmarlo. Basta con que sus ojos azules e insistentes se pose en mí para que mi mundo se venga abajo. Esta sensación incontrolable me irrita y me aterroriza a partes iguales.

En el fondo, sé que algún día se me acabará el chollo: dejaremos de estudiar juntos y volveré a ser tan solo una periodista que escribe artículos sobre él y su equipo, una chica que le ayudó a sacar buena nota en un examen y nada más. No sé qué otra cosa podría ser para un tío como él...

—Gracias —continúa—. No solo por la ayuda, sino también porque me gusta mucho hablar contigo. Siento que me entiendes...

Sus palabras me pillan desprevenida. Abro la boca contra mi voluntad y la vuelvo a cerrar de inmediato. Me emociona lo que me ha dicho; puede que demasiado.

—No hace falta que me des las gracias. Me alegra haberte ayudado. Ah, y a mí también me gusta hablar contigo.

Intento dedicarle una sonrisa sincera. No es que no quiera, pero ahora mismo tengo unas ganas irresistibles de abalanzarme sobre él, pasarle la mano por el pelo y hacerle cosas que no se suelen ver en una biblioteca... Bueno, normalmente, ¡porque estoy bastante segura de que Maddie se ha tirado a alguien aquí!

Trago saliva por mi mente perversa y calenturienta y me estremezco al pensar que quizá sea capaz de leerme. Parece que es el caso, porque Liam sonrío de oreja a oreja y le brillan los ojos.

Mierda... Por la expresión de su cara, cualquiera diría que se lo estoy pidiendo a gritos...

Estoy cagada y me muero de ganas al mismo tiempo. ¿Le gustaré aunque sea un poquito? ¡Me conformaría con una décima parte de lo que él me hace sentir!

—¡Buena suerte en tu examen de mañana! —le digo finalmente para aliviar la tensión.

De repente, se le ensombrecen los ojos.

—Gracias... —murmura.

Recojo mis cosas y levanto.

—¡Ya me cuentas qué tal! En todo caso, nos vemos el sábado en el partido.

—Sí... Hasta luego —murmura Liam.

Me doy media vuelta y salgo a paso ligero, casi corriendo.

Me cuesta concentrarme en clase. No dejo de pensar en Liam y en su examen. Espero que nuestras sesiones de estudio hayan valido la pena.

Inconscientemente, miro el móvil cada pocos minutos, con la esperanza de que me envíe un mensaje cuando haya terminado. Pero el día transcurre y no me dice ni media palabra. Estoy bastante hecha polvo y me cuesta poner buena cara.

¿Por qué tiene este efecto en mí el muy inútil?

Me maldigo por reaccionar así, pero no puedo evitar seguir dándole vueltas al asunto. El corazón me late a mil por hora.

Cuando llega la noche, decido enviarle un mensaje. ¡Tengo que asegurarme de que todo ha ido bien! Además, así, de paso, retomamos el contacto...

** Hola, Liam. ¿Qué tal el examen?*

Veo que está escribiendo una respuesta y espero, pero no llega nada. Suspiro y estoy a punto de mandar el móvil a tomar viento, pero entonces aparece un mensaje en la pantalla.

** Nada mal, la verdad*

Sin punto ni nada. Ni siquiera un signo de exclamación. Impresionante. «Nada mal, la verdad». Al menos podría haber escrito un «hola» ¿no? No sé lo que me esperaba, pero esta respuesta me cabrea.

Vuelve a sonarme el teléfono y me da un vuelco el corazón, pero resulta que es un mensaje de Maddie. Quiere que vaya esta noche a una fiesta en casa de uno de sus amigos de la uni. Cassy dice que se apunta, pero irá directa a la hermandad.

Una noche de chicas, aunque sea en una fiestón universitario, me parece un planazo para sacarme a Liam de la cabeza. Le digo que cuenten conmigo y no pierdo ni un segundo más. ¡Voy a arreglarme!

Media hora más tarde llaman a la puerta. A medio vestir, me levanto de un salto para abrirle a Maddie, que me da un abrazo, eufórica.

—¿Aún estás así? —pregunta, dándome un repaso con los ojos.

Rechisto.

—¡Tía, dame cinco minutos más y estoy!

Me cuesta decidir qué ponerme, pero al final saco de mi armario un top escotado, me calzo unos botines de tacón y me giro hacia mi mejor amiga. Maddie me mira y silba para darme el visto bueno.

—¿Demasiado escotado? —pregunto, insegura.

—¡Qué va! Es perfecto, reina. ¡Mi mejor amiga está buenísima!

Me río. Cogidas del brazo, nos ponemos en marcha.

Una vez llegamos a la hermandad que organizaba la fiesta de esta noche, Cassy sale a nuestro encuentro, gritando alegremente. Enseguida nos abraza.

—¡Qué guay veros! ¡Vaya conjuntito, Emily...! ¡Estás preciosa!

Me mira de arriba abajo, complacida, y no puedo evitar reírme.

La hermandad está sorprendentemente llena y enseguida me percató de que el equipo de hockey también anda por aquí. Hago una mueca de apuro y observo a la multitud hasta que mis ojos se cruzan con los de Liam.

Se me queda mirando unos segundos, luego me dedica una sonrisa encantadora y me guiña el ojo. Respondo de manera sobria, agachando la cabeza. Aun así, no puedo evitar que un calorcito traicionero se extienda por mí y le aparto la mirada para que no vea que me he puesto roja por su culpa.

—¡Tengo que ir al baño! —les suelto a mis amigas.

—¿Qué? ¿Tan pronto? —exclama Maddie.

—¡Vengo enseguida!

Salgo de allí para no permanecer en el campo visual del capitán buenorro. Es como si aún pudiera notar sus ojos clavados en mí y siento que me estoy derritiendo por momentos.

¡Esto tiene que acabar!

Pese a que acabo de hacerme a la idea de huir de él, alguien me roza por detrás en ese salón abarrotado. Levanto la vista y me encuentro con la mirada azul celeste de Liam, que me electriza aún más ahora que lo tengo tan cerca. Mi cuerpo envía señales, chispas al lugar del que me tiene

cogida, pero yo sigo avanzando antes de que pueda decir nada.

Por fin a solas, con la puerta del baño cerrada tras de mí, respiro hondo. Me inclino sobre el lavabo y me lavo las mejillas teñidas de rojo con agua fría.

No es para tanto. ¡No pasa nada! Puedo pasármelo bien con mis amigas de todas formas. Por mucho que esté aquí, aún puedo disfrutar de la noche...

Después de unas cuantas respiraciones profundas, estoy un poco más calmada y me siento preparada para salir de nuevo.

Cuando abro la puerta, Liam está de pie frente a ella. Tiene el ceño fruncido y parece estar sumido en sus pensamientos. Finalmente levanta la vista y me mira de arriba abajo.

—Hola, Emily...

Con la punta de los dedos, se aparta un mechón de pelo castaño de la frente y se acerca lentamente a mí. Yo retrocedo y me choco con la puerta que tengo justo detrás. Me mira a la cara y se humedece los labios.

¿Qué está mirando? ¿Se me habrá corrido el maquillaje por lavarme la cara?

Lentamente, coloca la mano izquierda a mi lado y me bloquea el paso hacia el pasillo. Poco después, hace lo mismo con el brazo derecho. Ahora sí que no hay salida.

Se me acelera el corazón. Nunca habíamos estado tan cerca a propósito. No entiendo a qué juega. Bueno, en realidad me temo que sí lo entiendo. Se me tensa el cuerpo y un calor intenso se desata entre mis muslos.

Entonces se inclina hacia mí y se detiene a unos centímetros de mi boca. Trago saliva, con los ojos fijos en los suyos. No debo ceder, no puedo permitir que lo haga...

Pero lo deseo tanto...

Justo cuando estoy a punto de rendirme, baja la cabeza y se queda ahí, casi rozándome los labios. Su aliento huele ligeramente a alcohol y fruta. Me dejo envolver por su aroma. Su cuerpo emana un calor fascinante. Siento la presión de su torso firme contra mi pecho y algo se despierta en mi bajo vientre.

—Esta noche estás muy sexy, Emily... —susurra.

Me recorren escalofríos y por un momento, siento que me van a fallar las rodillas. Estoy excitada a más no poder. Este tío es el mismísimo diablo, pero un diablo tan atractivo...

Antes de que pueda decir nada, una voz le llama desde el otro extremo del pasillo.

—¿Liam? ¿Dónde estás, colega?

Me guiña un ojo y se echa para atrás. Se va andando tranquilamente por el pasillo y desaparece entre la multitud, mientras que yo me quedo allí, petrificada.

¿Qué acaba de pasar?

Se suponía que lo nuestro se limitaba a los estudios. A ver, obviamente, yo quiero más; no puedo negarlo. Pero de repente nos hemos saltado un par de pasitos, ¿no? ¡No me he flipado: está intentando tentarme! ¿Estará borracho? O drogado, quizá... No, lo dudo mucho. El entrenador lo mataría si se enterase y él se desvive por su carrera deportiva...

Madre mía, ¡menuda fantasía!

Ahora ya no me calmo ni aunque me tiren un cubo de agua fría encima. ¡Respirar hondo no me servirá de nada! No me funcionan las piernas y me cuesta pensar con claridad. Apoyo la cabeza en la puerta y espero a que mi cuerpo se recupere.

—Ajá, ¡ahí estás! —exclama Maddie, acercándose a mí—. ¿Qué te pasa? Vaya cara me llevas, amiga...

—Esto... Sí. Me duele un poco la cabeza, pero ya se me pasará —miento.

Maddie me echa una miradita escrutadora y finalmente asiente. Me siento culpable por mentirle a mi mejor amiga, pero no estoy preparada para contárselo todo aquí y ahora.

Juntas nos apresuramos hacia la barra. Me pide un vaso grande de agua y se saca una aspirina del bolso. Le doy las gracias y acepto ambas cosas. Luego me bebo el agua fría con ansia. Me refresca un poco y me ayuda a volver a la realidad.

En la otra punta de barra, Liam, rodeado de sus compañeros de equipo, me mira con una sonrisa, satisfecho. Le ignoro y me concentro en mis amigas. Cassy y Maddie charlan alegremente y yo finjo escucharlas. Aunque intento evitarlo a toda costa, cada cierto tiempo desvío la mirada hacia Liam y siempre lo pillo mirándome; no falla. Cuanto más tiempo pasa, más alterada estoy.

—¡Tierra llamando a Emily! —dice Cassy, dándome una palmadita en el hombro.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —respondo.

Mi amiga se ríe.

—¿Nos estás escuchando?

—Lo siento, chicas. Creo que será mejor que me vaya a casa. No se me quita el dolor de cabeza...

Parecen decepcionadas, pero no dicen nada. Se ofrecen a llevarme a casa y les digo que no. Antes de marcharme, las abrazo a las dos.

El aire fresco me hace mucho bien. Mientras camino de vuelta a la resi, el momento lapsus en la puerta del baño se repite una y otra vez en mi cabeza.

¿Cómo voy a estudiar ahora con Liam, después de lo que ha pasado?

Pues nada, ya va siendo hora de que se las apañe solo. Pero ¿qué pasa con las entrevistas en los partidos? ¿Cómo voy a estar relajada delante de él y fingir que no ha pasado nada?

El día del partido del equipo de hockey, llego puntual al pabellón. Los chicos todavía están calentando en el hielo y, como era de esperar, la asistencia es inmejorable: las gradas están abarrotadas de espectadores. El entrenador Franklyn me saluda y se apresura a disculparse por haberme gritado en el último entrenamiento.

Me siento en el banquillo y desenfundo la cámara para sacar unas cuantas fotos con las que rematar el artículo. Cuando enfoco hacia Liam, me guiña un ojo. Inmediatamente me viene a la mente lo que pasó en la fiesta la otra noche. No me extraña que tantas chicas hayan caído rendidas a sus pies. Lo suyo no tiene nombre.

¡Está tan bueno...!

Avergonzada y confusa, dejo mi equipo a un lado y saco el cuaderno. Comienza el partido y me toca ponerme seria.

El equipo parece haber recuperado la confianza, sobre todo si comparamos el porte actual de los jugadores con el caos del entrenamiento del otro día. Supongo que se debe a que el entrenador se pasa la vida echándoles la bronca. Hoy Liam está jugando como un verdadero profesional. Esta vez todos sus tiros van a puerta.

El partido transcurre sin ningún problema y cuando suena el silbato que anuncia la victoria del equipo de nuestra uni, la afición enloquece. ¡Otra más! Hasta yo me dejo contagiar por el entusiasmo de los asistentes y me levanto a aplaudir. En el hielo, los jugadores celebran el triunfo y aprovecho para hacerles algunas fotos.

Antes de irme, le hago un par de preguntas al entrenador Franklyn. Así, me ahorro entrevistar a Liam en persona. Muy inteligente por mi parte lo de adelantarme a los acontecimientos...

Recojo rápidamente mis cosas y vuelvo a la resi para ponerme a trabajar antes de que el capitán —que es demasiado sexy— vaya a buscarme.

Llevo un rato en la habitación y justo cuando empiezo a escribir el artículo, la vibración del móvil me desconcentra.

Vaya, pero si es Liam...

** Pensaba que tú y yo éramos un equipo al final de los partidos... Me han dicho que has estado haciéndole preguntas al entrenador y me he quedado chafado. Si cambias de opinión y se te pasa lo de ignorarme, estamos de fiesta. Puedes venirte...*

Al leer su mensaje, me mosqueo un pelín, pero no puedo mentir: me uniría de cabeza a uno de sus planes. Mi cuerpo reacciona de inmediato y me cuesta mucho reprimir las ganas que tengo de volver a ver a Liam. El chaval le echa huevos al asunto...

** Esta noche no puedo; estoy liada.*

Un mensaje claro y conciso. Estoy orgullosísima de mí misma. Acto seguido, el teléfono vuelve a vibrar.

** ¡Venga, Em, solo una horita...!*

Pues sí que insiste... ¿Querrá verme de verdad o será otro de sus jueguecitos para que vaya detrás de él? Pero ¿a qué viene lo de ronearme? Espero que no haya hecho una apuesta con sus colegas...

Pienso en las veces que quedamos en la biblioteca, en el Liam tan distinto al que vi la otra noche... Confirmamos que se esconde detrás de esa fachada de *playboy*² del campus la mayor parte del tiempo.

Lo que quiere, lo consigue, ¿no?

Ojalá tuviera la suficiente confianza en sí mismo para mostrarse tal y como es de verdad. Bueno, no nos engañemos: ¡creo que me gustan todas sus facetas! Pues estoy jodida...

Suspiro. No puedo negar que me sube la moral que me tire la caña semejante bombón, lo que me lleva a... Aún puedo trabajar en el artículo mañana, ¿no?

Cojo el teléfono y escribo:

** Venga, va, una horita sí que me paso. ¿Por dónde andáis?*

La pizzería donde hemos quedado está al lado del campus. Está petada de gente y dentro hay un vocerío nunca visto.

¿Por qué habré cedido?

De repente siento una presencia cálida en la espalda y un aliento en la nuca que reconocería entre miles. Solo hay alguien que tiene ese efecto en mí.

—Me alegro de verte... —me susurra Liam al oído.

Me gira hacia él y me mira con sus ojos brillantes. El enjambre de mariposas que tengo en la tripa revolotea como loco y el corazón me late desbocado. Liam apoya las manos en mis hombros y sonríe con un carisma que roza la indecencia. Es como si disfrutara torturándome.

Me trago el nudo que tengo en la garganta y balbuceo un «hola» muy poco sugerente.

—¿Tienes hambre? —me pregunta y luego me suelta.

Siento un cosquilleo en los hombros, donde antes estaban sus manos.

—Esto, sí... —Me cuesta articular palabra.

Liam desaparece por un instante y vuelve con un plato que contiene varios trozos de *pizza*. Cuando me lo da, nuestros dedos se rozan y me siento como si me atravesara un rayo. Estoy a punto de tirarlo al suelo, pero consigo cogerlo antes de que se me escape.

—¿Qué tal? ¿Has disfrutado del partido? —me pregunta despreocupado.

Me mira a los labios y luego a los ojos, de forma alterna. Es como si intentara entablar conversación, aunque en realidad, es lo último que le apetece hacer ahora mismo.

Asiento y no digo nada.

—Ven, anda. Pasa y siéntate conmigo.

Mientras miro a mi alrededor en busca de un asiento vacío, noto de repente la mano de Liam en la parte baja de la espalda. Me empuja a través de la multitud hasta una mesita en un rincón del local. Pongo el plato delante de mí y me siento en el banco. Para mi sorpresa, Liam se sienta a mi lado, no enfrente de mí. Nuestras piernas se tocan ligeramente y me pongo roja.

Para mantener las manos ocupadas, cojo un trozo de *pizza*.

—Has jugado genial, la verdad —le digo para llenar el silencio.

Él se ríe.

—Bueno, seguro que mejor que en el entrenamiento al que viniste el otro día...

—No me atrevía a decírtelo, pero... sí.

—Te lo permito. Aquel día no estaba muy centrado —Se rasca la nuca, como si le costara admitirlo—. Tenía muchas cosas en la cabeza, incluidos mis problemas con los estudios. En fin, gracias a ti, ahora veo las cosas con más claridad.

De repente levanta la vista hacia mí y me siento al borde del abismo. Trago el bocado con cierta dificultad. Liam me pasa el brazo por detrás y lo apoya en el respaldo del asiento con una naturalidad sorprendente y se gira ligeramente hacia mí. Volvemos a mirarnos a los ojos.

El alboroto que nos rodea hace eco en mis oídos, como si los tuviera taponados. No puedo pensar en nada más que en las ganas de sentir sus labios sobre los míos.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta la *pizza*? —pregunta, juguetón.

Aparto la mirada y le doy un mordisco a la margarita a toda prisa. Él coge otro trozo y se lo lleva a la boca. Desvío la vista hacia sus labios.

Lo hace a propósito; estoy segura. Está jugando con mis nervios.

Es raro, pero ahora que estamos sentados el uno al lado del otro, aunque solo sea comiendo, me siento un poco mejor y relajo el cuerpo. Aunque estemos callados, no me siento extraña.

Cuando los dos hemos terminado, Liam sonríe satisfecho y se inclina un poco más hacia mí. Me mira intensamente a los ojos y siento que me ahogo en el océano de sus iris azules.

—¡Bueno, tengo que ponerme con el artículo! —exclamo de repente.

—Deja que te acompañe a casa... —me ofrece.

—¿No quieres pasar la noche celebrando la victoria del equipo?

—No. Mañana me toca seguir estudiando. Ahora que tengo una tutora de diez, no puedo desaprovechar la oportunidad —responde con una sonrisa despreocupada.

Le miro pensativa durante un momento y finalmente asiento de una forma un tanto forzada. Nos levantamos y me vuelve a poner la mano en la espalda antes de que nos abramos paso entre la multitud.

Apenas hablamos en todo el camino. En realidad, son solo diez minutos a pie, pero con él, me siento como si volara.

Cuando llegamos frente a la resi, rebusco las llaves en el bolso.

—Gracias, Liam. Buenas noches... —le digo, antes de girarme hacia la puerta.

Creo que así le dejo muy pocas opciones de seguir con lo que pretendiera hacer esta noche.

—Buenas noches, Emily.

El sonido de mi nombre saliendo de sus labios me electriza. Intento meter la llave en la cerradura para no derretirme, pero a mis espaldas, no lo oigo alejarse, no. Liam se acerca a mí y, una vez más, el calor de su presencia hace que todo me dé vueltas.

Entonces mi cuerpo toma el control de mi mente. Cuando me doy la vuelta, lo tengo muy, muy cerca. No puedo soportarlo más, así que lo agarro de la chaqueta y tiro de él para apretarlo contra mí. Me pongo de puntillas y busco sus labios.

¹ *N. de la T.* Administración y Dirección de Empresas.

² *N. de la T.* Ligón, tiracañas, donjuán.

Liam

Sus labios son míos, al fin. Ha sido ella quien ha dado el primer paso y aún me cuesta creerlo.

Se me acelera el corazón: me siento como si me hubiera alcanzado un rayo. Llevo tanto tiempo soñando con este momento que es como si trascendiera. Un cosquilleo me recorre el cuerpo, y a este lo sigue un escalofrío indescriptible. Su beso sabe a miel; es dulce, como la tentación a la que hemos sucumbido. ¿Es esto lo que sintió Eva cuando mordió la manzana en el jardín del Edén?

¡Di que sí, ponte a pensar en esto justo ahora!

De repente, justo cuando mis manos la agarran con firmeza, cuando nuestras lenguas se encuentran y nuestro abrazo se vuelve más intenso, siento que el calor de mi rostro se disipa. Emily acaba de dar un paso atrás. Ya no se aferra a mi cuerpo con los dedos, y es como si me hubiera privado con violencia de su sabor acaramelado.

—Buenas noches, Liam... —murmura, antes de abrir la maldita puerta y desaparecer en la residencia.

Me quedo allí unos minutos, desconcertado. En mis vaqueros, ahora demasiado ajustados, asoma una erección. Me siento como si fuera a explotar. Entonces me doy cuenta de lo evidente: se ha ido y me ha dejado allí, como un animal moribundo.

De vuelta a la pizzería, no puedo evitar darle la vuelta a la situación. Contra todo pronóstico, sonrío como un idiota. Se me dibuja una de esas sonrisas tontorronas que siempre me han hecho odiar a la gente enamorada.

¿Ahora piensas que es amor? ¡Relaja, crack!

Sin embargo, soy consciente de que lo que acaba de pasar ha sido un error. Un gran error. Llevaba semanas muriéndome de ganas de tener este desliz. Cada vez que quedábamos a estudiar, me derretía con tan solo verla. Estoy enganchado, atrapado, soy un adicto a sus ojos azules, que son todo un vicio, y aun así, ella no se ha dado cuenta de nada. Hasta ahora, claro. Quizá sea eso lo que me gusta de ella, que no es consciente de su innegable encanto.

A decir verdad, me gusta todo de Emily. Adoro cómo mordisqueea la tapa del boli, cómo se coloca los mechones rubios detrás de la oreja, la forma en que se concentra, su buen humor repentino, su pasión por el periodismo, y bueno, para qué mentir, su culo. En fin, esa chica es una pasada.

Suspiro. Estoy en la mierda, pero aun así, quiero más. Ese beso que nos hemos dado hace unos minutos no ha hecho sino avivar mi deseo por ella. Me atormenta que me intente alejar de ella, pero en el fondo, que sea esquivia lo hace aún mejor.

Joder, cómo me gusta que me tienta...

La última vez que quedamos a estudiar, me cabré con ella. Me dio a entender que había hecho su trabajo y que yo no era más que su alumno. Me sentí como un idiota, porque me tenía a sus pies. Por eso tardé tanto en decirle que me había salido más o menos bien el examen. Quería ver si le importaba.

Estaba que me subía por las paredes, pero cuando recibí su mensaje, salté de la emoción. Pese a todo, me hice el gilipollas y le respondí de una forma bastante escueta. Y cuando la vi

después en esa fiesta, tan sexy, tan apetecible, y estoy bastante seguro de que sofocada por mi presencia, recobré la esperanza. Como había bebido bastante, no pude aguantarme y fui a provocarla. Tenía que estar seguro de que ella sentía lo mismo, y mira por dónde, acerté.

A partir de ese momento, sentí que me crecían las alas. Y ahora que por fin he despegado, Em me hace caer en picado. Por eso mismo, sé que es peligroso intentar recuperar el impulso. Muy peligroso.

¿Hay sitio en mi vida para Emily Hansen? Yo, que juré centrarme en el hockey y nada más que en el hockey, no sé qué hacer...

Cuando vuelvo a nuestra mesa, los chicos aún están hablando del partido. Me uno a ellos y finjo que no ha pasado nada, pero me cuesta seguir la conversación. No dejo de recordar el beso.

Aún noto el sabor a miel, a tentación, y el regusto a un sinfín de dudas.

Estoy sentado en una de las aulas de la facultad, intentando concentrarme en lo que dice el profesor.

Desde que nos besamos el sábado por la noche, no he hablado con Emily. Tampoco la he visto. Quería escribirle, pero no sé por dónde empezar. Además, ¿de verdad tengo que hacerlo? O mejor dicho, ¿cuán bien está que siga tonteando con ella, aun a sabiendas de que no podemos tener una relación? Necesito concentrarme en mi futuro, en el deporte. Aunque... ¿Tan difícil sería conciliarlo todo?

Tío, si ya te cuesta seguir adelante con las clases y los entrenos, ¡no quieras añadir una relación al cóctel!

Exhalo un largo suspiro y apoyo la cabeza en la mesa.

Estoy hasta donde yo te diga de la vida adulta...

Finalmente, decido enviarle un mensaje sobrio que no admita un no por respuesta. Si la veo, aunque sea una vez más, quizá pueda aclarar las cosas y saber cómo actuar.

** Hola, Emily. Nos vemos en la biblio al mediodía.*

¡Hasta luego!

No me contesta, pero estoy dispuesto a ir con todo, así que me presento a la hora que toca en el lugar acordado. Mientras me monto el chiringuito, como si la biblioteca entera fuera mía, sigo absorto en mis pensamientos.

El poco tiempo que he pasado con Emily hasta ahora es único. No hay nadie con quien haya vivido algo semejante. Me siento a gusto con ella y mucho más tranquilo, porque sé que me apoya. Pero una chica como Emily se merece a alguien que se rinda ante ella y la cubra de flores, y yo no estoy en condiciones de hacerlo en este momento. Para mí, lo primero es el hockey sobre hielo.

Como siempre, Emily llega puntual. Cuando se acerca un poco a mí, veo que parece nerviosa.

—Hola —dice tímidamente mientras toma asiento en la mesa.

—Hola, ¿estás bien? —le pregunto, un tanto confuso de repente.

—Sí... ¿Qué quieres estudiar hoy?

Emily rebusca entre los libros que tiene delante.

Ah, ¿conque esas tenemos? ¿Va a fingir que no pasó nada la otra noche? No me lo está poniendo fácil...

Y así, sin más, nos ponemos a repasar. De vez en cuando, le rozo el brazo con el mío y siento que saltan chispas entre nosotros. Cuando pasa las páginas del libro con el que está estudiando, le tiemblan las manos. La observo sigilosamente y me pregunto si seré capaz de echarle huevos en algún momento y hablar con ella.

Al cabo de un rato, me armo de valor. Creo que estoy dispuesto a abrir la veda. Sin embargo, aunque separo los labios, no soy capaz de emitir ningún sonido. No sale ni media palabra de mi boca.

Pues nada, se ha intentado...

El resto de la hora transcurre en silencio, y ninguno de los dos parece querer hablar de nuestro beso. Al final nos despedimos y me voy a comer con el equipo, resignado.

Más tarde, en los vestuarios del pabellón, no puedo quitarme a Em de la cabeza. Tengo que actuar.

¡Vamos, hostia!

Saco el móvil de la bolsa y le envío un mensaje.

** ¿Estás libre esta noche? ¿Podemos vernos después del entrenamiento?*

Dejo el móvil y me pongo los patines. Justo cuando voy a levantarme, me responde.

** Sí. ¿Dónde?*

Cuando quiere, se le da muy bien lo de responder con pocas palabras... ¿Se estará vengando? Puede... Justo después, le envío la dirección de mi resi y le digo la hora a la que me viene bien que se pase.

Como sé que voy a hablar las cosas con ella más tarde, me cuesta menos concentrarme. Entreno a tope y me siento un poco más tranquilo.

Después de sudar y darlo todo, me doy una ducha rápida y salgo pitando hacia la resi. Debería hacer arreglar la leonera antes de que venga Emily. Tampoco es que dé pena, pero me gustaría causarle buena impresión.

Eso es nuevo, chaval...

Nervioso como nunca, a las siete en punto de la tarde oigo que llaman a la puerta. De repente, el corazón me late con fuerza y levanto la mano para saludarla, aunque me tiembla.

—Gracias por venir.

—Tranqui, no es nada...

—Pasa.

Me quito de en medio y la dejo pasar a mi habitación. Ella avanza con cautela y mira a su alrededor, como si esperara ver a todo el equipo de hockey escondido en un rincón.

—¿Te apetece algo de beber?

Emily duda por un instante y luego asiente. Saco dos cervezas de mi neverita, las abro y le paso una. La invito a sentarse en el sofá y ella sigue observando mi guarida.

Me siento un poco intimidado por haberla traído a un lugar tan íntimo como mi habitación. Aunque me he acostado con montones de chicas del campus, siempre me he asegurado de que no acaben aquí. No sé, es que... No me gusta la idea de que se metan en mi espacio personal. Eso

sería invitarlas a una parte de mi vida y no estoy preparado para hacerlo. Pero bueno, soy yo el que le ha dicho a Em de pasarse por la resi, así que aquí estamos...

—Liam, ¿por qué me has pedido que venga? —pregunta finalmente, mirándome fijamente con sus grandes ojos azules.

Doy un trago largo a la cerveza y me siento a su lado.

—Esto, yo... Pues...

Su mirada me descoloca; no sé ni por dónde empezar. Y eso que he ensayado el discursito cientos de veces antes de que viniera... Dejo la cerveza sobre la mesa y ella me imita, por lo que nuestras manos se rozan.

Esa mera caricia despierta en mí sensaciones incontrolables. Se me tensan los pantalones, dejo de pensar y no puedo evitar lanzarme y apretar mi boca contra la suya. Inmediatamente, sus labios me reciben con la misma oleada de deseo y mi lengua se deleita al saborear la suya. La agarro con fuerza de las caderas y la atraigo hacia mí con un ímpetu casi desesperado. Ella no se resiste y siento su cuerpecito presionando contra el mío. Definitivamente, tengo la entrepierna en llamas.

Le acaricio la espalda con los dedos y luego recorro la curva de sus nalgas. Ella gime contra mi boca y se pierde en nuestro beso, que jamás cesa. Me va a volver loco. Entonces le levanto la camiseta y exploro su piel suave hasta llegar al cierre del sujetador. Ella ondea la pelvis para provocarme y yo la miro para confirmar que quiere que siga.

Me centro en desabrocharle la lencería y ella aprieta los pechos aún más contra mi torso. Me agarra del pelo con las manos y siento que me arde la boca.

Joder, qué delicia...

De repente, hace un calor tórrido. Respiro con dificultad y el corazón casi se me sale del pecho. Nunca me había sentido tan atraído por alguien. Sus labios avanzan hasta mi cuello y Emily se detiene allí para mordisquearme la piel.

Le respondo con un gemido y sigo avanzando, subiéndole por el costado para tocarle los pechos. Noto cómo se le endurecen los pezones en contacto con mis manos. Mi erección se vuelve cada vez más dolorosa. Necesito verlos, saborearlos, hacerlos míos...

Acabo con nuestra cercanía efímera para levantarle la blusa y lanzarla a la otra punta de la habitación. Le quito el sujetador y libero sus preciosos pechos.

Allí, ante mí, medio desnuda, la admiro y la veo sonrojarse ligeramente.

—Eres preciosa —le digo.

Se inclina para besarme con avidez. La envuelvo con los brazos y la tumbo en el sofá con facilidad. Me enderezo un poco y me quito la camiseta, antes de darle un beso piel con piel que me colma de impaciencia.

Emily gime levemente ante mi procesión de besos. Le lamo el cuello, la clavícula y luego voy bajando lentamente hasta sus pechos, que lengüeteo con avidez. Saben a primavera y a fruta. Le paso la lengua por los pezones y luego jugueteo con ellos, se los recorro en círculos y oigo que su voz se vuelve cada vez más ronca.

Finalmente, la libero de mi tormento y bajo hacia su ombligo. Por el camino, le doy unos cuantos besos. No tardo mucho en desabrocharle el botón de los vaqueros. Puedo ver la cinturilla de sus bragas y eso me pone duro como una piedra. Como siga así, me voy a correr en los calzoncillos como un preadolescente...

El encaje morado de su lencería me llama y voy bajándole los pantalones para quitárselos. Dejo al descubierto sus muslos definidos. No puedo aguantar más, así que apoyo la boca en su

intimidad por encima de la fina tela, mientras palpo la entrada de su sexo con las yemas de los dedos. Por encima de mi cabeza oigo un canto coral de placer, y eso me anima a seguir.

Con una delicadeza extrema, pero deseoso de que se ponga tensa para mí, le aparto las bragas para lamerle el sexo. Mientras se retuerce, le meto el dedo índice. Está tan mojada que no puedo contener un gemido de satisfacción. Su excitación parece igualarse a la mía, y acabo quitándole lo que le queda de ropa, con una brusquedad sin precedentes. Me da igual rasgársela: Emily no se queja y me deja que la agarre de los muslos para separárselos. Me hunde la mano en el pelo y me agarra con fuerza.

Me deleito en su placer, como un catador disfruta de un buen vino. Su sexo me sabe a gloria; es como si estuviera en el cielo.

A medida que mi lengua se acelera, los gemidos de Emily van en aumento. Le succiono el clítoris, sin dejar de estimularla con los dedos, y poco después, se tensa, grita, y yo me bebo su jugo, complacido.

El néctar de los dioses...

Su orgasmo es el sonido más hermoso que jamás he oído. Con una mano, me desabrocho los vaqueros y me bajo los calzoncillos. Así, doy vía libre a mi polla, que parece liberada de sus grilletes. Suspiro, satisfecho: no soportaba más tenerla tan prieta.

Emily se apoya en los codos y me observa, mientras se relame con avidez. Parece disfrutar de lo que ve y avanza a cuatro patas por el sofá para agarrármela. Con la mano firme, me masturba y comparte conmigo el sabor de sus besos. Luego, lentamente y con los ojos aún prendidos por la lujuria, se agacha para colocarse entre mis piernas y chupármela.

Abro la boca y ahogo un suspiro al sentir que sus labios me envuelven la polla. La agarro de las nalgas desnudas mientras que se mete y se saca mi miembro de la boca.

Luego subo las manos para cogerla del pelo y no puedo evitar imitar sus movimientos, como en los sueños eróticos que he tenido con ella, los sueños en los que solo estábamos nosotros dos.

Si sigue así, me voy a correr...

Finalmente, se separa de mí, vuelve a chuparme el glande, que ahora brilla por su saliva y se me sienta a horcajadas sobre los muslos. Luego me mordisquea la oreja antes de susurrar:

—¿Tienes un condón?

¡Tener, tengo a montones! Aun así, me abstengo de confesarle que me sobran, porque no es el momento. Me acerco a la mesa auxiliar que hay detrás del sofá, abro una caja que tengo allí y me hago con un condón. Con seguridad, rasgo el envoltorio y me enfundo la polla erecta.

Emily se aferra entonces a mi nuca y se la mete de una. La sensación es indescriptible.

—Sí, joder... —gimo mientras ella empieza a mover la pelvis.

No es que pensara que era una inexperta en el sexo, pero la seguridad con la que me folla me deja sin palabras. La dejo hacer y pronto encontramos el ritmo; nos entregamos por completo el uno al otro.

Nos devoramos como dos animales hambrientos y chocamos cuerpo con cuerpo, buscando el placer. Ambos estamos a punto de llegar al clímax y nos damos besos llenos de deseo y lujuria ciega. Emily gime cada vez más fuerte y a mí me cuesta contenerme. Hace movimientos circulares con las caderas y después de un par de embestidas salvajes, ambos llegamos al orgasmo.

Sudorosa y sin aliento, se separa de mí y se sienta a mi izquierda. Me apoya la cabeza en el hombro y nos quedamos un buen rato en silencio, recobrando el sentido. Me pregunto qué se le estará pasando por la cabeza.

No había planeado esto; de verdad lo digo. Estaba decidido a distanciarme de ella, a decirle que teníamos que mantener una relación estrictamente profesional, que solo seríamos compis de estudio y ella podría seguir colaborando con el equipo.

¡Pues lo has hecho genial, Liam!

Me vuelvo hacia ella y la miro. Ha sido un polvazo increíble. ¡Emily está preciosa! Tiene los ojos cerrados y parece que está en otra dimensión.

—¿Estás bien? —me atrevo a preguntar, incapaz de soportar por más tiempo el silencio.

—Mejor que bien, la verdad... —dice levantando la vista hacia mí.

—¿Quieres beber algo?

Me levanto y cojo los calzoncillos antes de deshacerme del condón. Ella asiente y sonríe.

—Sí, podríamos terminarnos las cervezas... —dice, divertida.

Voy un momento al baño y cuando vuelvo, ya está vestida. No puedo contener mi decepción al ver su precioso cuerpo de nuevo bajo la ropa.

Se muerde el labio. Quiere decirme algo. Parece pensativa y de repente, veo la incertidumbre reflejada en sus ojos.

—¿Pasa algo? —le pregunto con el ceño fruncido.

—Ha sido increíble, Liam...

Sonríó ampliamente.

—¡No podría estar más de acuerdo!

—Pero...

¿Pero? ¿Cómo que «pero»? ¿Está fijando límites antes que yo? A lo mejor es que no le gusta tanto...

—Esto no puede volver a pasar —dice por fin.

Sorprendido, la miro, pero no digo nada. Me limito a dejarla continuar.

—Los dos nos hemos fijado unos objetivos muy concretos para nuestro futuro y... Bueno, no debemos perderlos de vista.

¡Ojo!

Está claro que he juzgado mal a Emily. Parece que tenemos más en común de lo que pensaba. Aun así, me duele escucharlo de ella. Tal vez sea porque tiene el coraje que a mí me falta. Sé que tiene razón, más que nada porque yo quiero lo mismo. Pero creo que me he encariñado con ella más de la cuenta...

Miro al suelo y sacudo la cabeza.

—Sí, lo entiendo. Debemos priorizar nuestras metas; no hay que distraerse.

—Exacto. En fin, será mejor que sigamos siendo amigos, si te parece bien.

Traga saliva y veo que se le tensa el cuerpo.

—Sí, bueno, supongo... —finalmente, cedo.

—No quiero una relación que ponga en peligro mis estudios. Aunque, bueno, no quiero que nos distancie. Me... me gusta pasar tiempo contigo, Liam...

Se me dibuja una sonrisa en el rostro.

—¡Pues menos mal, Em, porque a mí también! —La miro—. Bueno, ¿somos amigos, entonces?

Emily se lo piensa un momento y luego asiente.

Me siento a la vez aliviado y completamente desorientado. Normalmente soy yo quien suelta este discursito. Tenía muchas ganas de dejárselo claro, pero ahora que lo pienso, me duele bastante pensar que solo soy su amigo.

Una sonrisa aparece en el rostro de Emily y enseguida noto cómo se alivia la tensión entre nosotros.

—Gracias por ser tan sincero, Liam... —dice y luego suspira, más tranquila.

—Soy yo el que debería darte las gracias.

La miro a los ojos, luego a los labios y finalmente busco de nuevo sus iris azules.

Lo de seguir siendo amigos parece la decisión correcta. No será fácil después de haber echado semejante polvazo, pero es lo mejor para los dos.

Te estás haciendo a la idea... Bien por ti, máquina.

—Bueno, me alegro de que seamos capaces de dejar esto a un lado. Por cierto, ¿por qué me pediste que viniera a verte esta noche? —me pregunta mirándome fijamente.

—Oh, pues... Porque he aprobado el examen y quería celebrarlo contigo —digo torpemente y fuerzo una sonrisa.

—¡Qué bien, Liam! ¡Vaya noticia!

Emocionada, aplaude y me abraza. Le devuelvo el abrazo y cierro los ojos unos segundos para aspirar su dulce aroma. Ella se separa lentamente de mí y se ajusta la camiseta.

—Bueno... será mejor que me vaya —dice.

La acompaño hasta la puerta, le doy las gracias, y luego, las buenas noches. Cierro la puerta y sacudo la cabeza.

Joder, pero ¿qué coño ha sido eso?

Después de una larga ducha, me meto en la cama. No puedo dormir: sus besos, sus labios, las yemas de sus dedos sobre mi piel, su pasión, sus orgasmos... lo tengo todo grabado en la memoria. No consigo sacarme las imágenes de la cabeza.

Además, no dejo de preguntarme por qué le ha sido tan fácil a Emily proponer que sigamos siendo amigos, como si lo que hemos hecho no fuera para tanto.

¿Habré hecho algo mal? Parecía satisfecha, pero... ¿y si lo ha fingido? A lo mejor no ha sido como se lo esperaba, o bueno, simplemente no le apetecía tanto como yo me creía.

Me froto la cara con las manos.

Cálmate, Liam. Al final tienes lo que querías, ¿no? Solo amigos: ni ataduras, ni tentaciones, ni amor...

Liam

Al día siguiente, quedamos como siempre en la biblioteca. Emily ya está sentada en la mesa y parece tener la mente en otro planeta. Cuando me ve, me sonrío y me saluda con la mano. Me siento frente a ella para guardar las distancias. No me fío de mí mismo en su presencia.

Mientras estudiamos juntos, me distraigo un poco, porque estoy todo el rato intentando no tocarla. A Emily también se la ve cortada. Probablemente sea normal: todavía tenemos fresquito el polvo de anoche. Con el tiempo, seguro que encontraremos el equilibrio, aunque de momento parezca complicado.

Pero joder... ¡Es que es tan difícil! En cuanto estoy cerca de ella, se me ocurren... cositas. Las destierro a los recovecos de mi mente e intento concentrarme en lo que debo hacer, lo cual me está costando todo un mundo.

Después de nuestra sesión de estudio, cada uno se va por su lado a seguir con su rutina.

Los días siguientes, la historia se repite. No hablamos de nuestro calentón nocturno ni de nada personal. Solo estudiamos y nos apoyamos mutuamente.

Por un lado, es exactamente lo que ambos queríamos, pero por otro, nada me gustaría más que volver a tenerla entre mis brazos.

Cuando entro en el aula después de nuestro encuentro en la biblio, todo el mundo está hablando del nuevo número del periódico del campus.

En cuanto me siento, le pregunto al chico que tengo al lado si puedo echarle un vistazo. El chaval me pasa el ejemplar con los ojos abiertos como platos. De primeras, no entiendo muy bien a qué viene lo de mirarme como si fuera un marciano, pero entonces me doy cuenta de que en primera plana hay una foto mía que ocupa casi todo el espacio.

Ah, ahora me acuerdo... Emily nos hizo unas cuantas fotos la semana pasada. Y cuando le guiñé el ojo, captó el momento a la perfección. Paso las páginas para leer su artículo y flipo con su talento como periodista. Ha vuelto a sorprenderme. Sabe cómo escoger las palabras y emocionar al lector. Es única.

Le devuelvo el periódico al chico que me lo ha dejado y miro hacia abajo, intentando ignorar a mis compañeros, que me miran de una forma bastante poco disimulada. Parece que no soy el único al que le gusta la foto...

Sacudo la cabeza, saco el móvil y envío un mensaje a Emily antes de que empiece la clase.

** ¡Joder, Em, vaya fotón! ¡El artículo también es una pasada!*

Incluyo tres emoticonos del pulgar hacia arriba, que deberían bastar para expresar mi entusiasmo.

A las doce del mediodía, estoy de vuelta en la biblioteca, puntual como un reloj. Si algo he aprendido de Emily es que hay que llegar siempre a la hora.

Al entrar en el edificio, casi nos chocamos y sonrío. La saludo y ella se adelanta. Mientras se dirige a nuestra mesa de siempre, no puedo evitar mirarle el culo. Es tan perfecto y lo tiene tan bien puesto... De repente, me invaden los recuerdos de la noche que pasamos juntos y me pongo calentito.

Tío, cálmate o se te va a poner dura...

Respiro hondo e intento relajarme un poco antes de sentarme a su lado.

—Bueno, ¿empezamos o qué? —pregunta, mientras abre uno de sus libros.

Me acaricio la barba y asiento. Al parecer, la imagen de su culo me ha distraído más de la cuenta, porque no he escuchado lo que me ha dicho antes de eso. Ser solo amigos no es tan sencillo como pensaba. No con ella.

Cuando piso la pista, la dureza del hielo bajo mis patines hace que se me tensen las piernas. El ruido sordo de la multitud resuena en mis oídos. Me ajusto el casco y dejo que mi mirada vague hacia el banquillo. Entonces la veo y el corazón empieza a latirme con fuerza.

Los focos brillan sin piedad sobre el hielo, que resplandece en tonos azules y blancos. La energía y la emoción de la afición me envuelven. Siento el torrente de la adrenalina fluyendo por mis venas.

Como de costumbre, Emily está de pie y con su cuaderno en la mano, justo al lado del entrenador Franklyn. La saludo con la mano y luego me coloco en mi posición.

Cuando suena el silbato que da inicio al partido, despejo la mente de todo pensamiento y me concentro únicamente en el disco. Mis ojos se cruzan con los del capitán del equipo contrario, Lucas Stern, y siento que se genera una tensión eléctrica entre nosotros.

Lucas y yo somos rivales desde hace mucho tiempo. El partido de hoy no es uno cualquiera, es toda una competición para ganarse el favor de uno de los representantes de la NHL, que está sentado entre el público. Los artículos de Emily han causado furor y hemos conseguido llamar la atención de al menos uno de ellos. Ni qué decir tiene, el ganador tiene más posibilidades de conseguir una entrevista con ellos.

Me pongo en marcha y mis patines rasgan el hielo, punzantes, mientras impulso el disco delante de mí con el palo. El sonido de las cuchillas sobre la pista y los gritos de los demás jugadores forman un canto caótico a mi alrededor. La velocidad me levanta el pelo y patino cada vez más deprisa, para demostrar el control y los reflejos de los que soy capaz sobre el hielo.

Los espectadores pasan a un segundo plano: se funden en una muchedumbre fantasmal y yo me concentro en mis compañeros para pasarles el disco. Sin embargo, hay poco espacio a mi alrededor. Mis rivales me presionan a ambos lados y trato de frustrar la ofensiva del equipo contrario.

De repente, veo una fisura en la formación que intenta impedir nuestro avance y le paso el disco a Chase a una velocidad de vértigo. Me libro de mis contrincantes y mi mejor amigo se acerca a mí de nuevo. Controla sin problemas el disco, nuestro tesoro más preciado. Se me tensan los músculos a medida que me dirijo hacia la portería, acelerado.

El portero me espera alerta, tenso, con las rodillas flexionadas, y Chase me hace un pase decisivo para que ejecute un tiro a puerta. Por el rabillo del ojo, veo que Emily se lleva la mano a la boca. Levanto el palo para coger impulso y lo bajo con fuerza. Cuando impulso el disco hacia delante, noto cierta resistencia y poco después, veo que el portero lo para antes de que entre en la red.

¡Me cago en la puta!

No he marcado por un par de centímetros. Normalmente, nunca fallo este tipo de tiros y siento que la rabia me retuerce las tripas. Chase me mira, extrañado, pero yo me limito a sacudir

la cabeza e intento ponerme a la altura de las circunstancias.

El disco vuela de un lado al otro de la pista, mis compañeros de equipo cargan contra nuestros contrincantes y luchamos para ganar terreno en el hielo. Cada movimiento es crucial.

Un rato después, suena el pitido del descanso y volvemos a los vestuarios sin haber marcado ni un solo gol.

Aprovecho el descanso para recuperar la concentración y sopesar qué ha podido pasar. Emily me ha distraído del partido y me achaco el despiste momentáneo. No es culpa suya, eso está claro, pero es evidente que esto es por ella. Si no la hubiera mirado, podría haber aprovechado la ocasión manifiesta de gol¹.

No puedo dejar que se repita. El partido de hoy es demasiado importante para cerrarme puertas.

Chase se acerca a mí y me da una palmadita en el hombro.

—Tío, no dejes que te pueda la presión. Eres un jugador de la hostia. ¿Qué más da que haya un representante entre el público? Además, no me jodas, Liam... ¡No podemos dejar que gane Lucas!

Se ríe con ganas y me ayuda a ponerme en pie.

—¡Venga, *bro*, nosotros podemos! —insiste.

Ahora me siento un poco más relajado.

Salgo a la pista e intento sumergirme en la segunda parte del juego. Las gotas de sudor me caen por la frente. Mientras nos disputamos el podio sobre el hielo, parece que el tiempo se detiene a nuestro alrededor. Este deporte es una mezcla de fuerza bruta, destreza y estrategia; el control corporal es esencial. Cada vez que tiramos a puerta, se respira la tensión.

A medida que se acerca el final del partido, noto el cansancio en los músculos. Sin embargo, hay algo que me mantiene en pie: ansío la victoria. Cuando me dirijo de nuevo hacia la portería, el público enloquece. Ahora solo estamos la red y yo, y esta vez, ignoro todo lo demás. Vuelvo a lanzar el disco, y en tan solo unos segundos, veo cómo se desliza por el hielo y se cuela entre las piernas del portero².

Unos instantes después, suena el pitido con el que concluye el partido y me invade la alegría y el alivio. Hemos ganado. Por los pelos, sí, pero hemos ganado.

Los vítores del público y los abrazos de mis compañeros me llenan el corazón. Nos hemos dejado la piel y lo hemos conseguido juntos, como un equipo, y eso me llena de orgullo. Cada segundo que hemos pasado matándonos en los entrenamientos ha merecido la pena.

Mientras nos alejamos del hielo, no puedo evitar pensar que el hockey es algo más que un deporte. Es la combinación perfecta de trabajo en equipo, determinación y perseverancia. Podemos demostrar nuestra valía y superarnos en cada partido.

Me quito el casco y me seco el sudor de la frente. Haría cualquier cosa por vivir eternamente en estos momentos, por sentir la victoria con vehemencia. Lo daría todo para hacer de mi vida una carrera colmada de éxitos.

Todo, ¿eh...? ¿También renunciarías a Emily?

¹ N. de la T. Así es como se denomina en español al *breakaway*, esto es, una situación en la que el gol está prácticamente asegurado.

² N. de la T. En la NHL, el momento en que el disco pasa entre las piernas de uno de los jugadores del equipo contrario se conoce como *tally*.

Emily

Ponemos la música a todo volumen y los graves retumban en nuestra habitación. Mis amigas y yo nos estamos arreglando. Nos espera una noche muy emocionante.

Maddie y Cassy charlan alegremente entre ellas mientras me maquillan. La buena vibra de la habitación es contagiosa y estoy nerviosita, pero en plan guay.

Hoy hay una fiesta en el campus con música en directo. Es una noche muy especial, así que les he confiado mi *look* a Maddie y Cassy. ¡Estoy en sus manos! Mis chicas no andan cortas de conocimientos sobre estilismo, sobre todo Cassy, quien, por cierto, se está tomando muy en serio su labor. Me apetecía salir de mi zona de confort, para qué mentir, ¡así que vamos allá!

Maddie rebusca entre mi ropa y la de Cassy para ver si encuentra el conjunto ideal. Mis amigas se ponen de acuerdo a mis espaldas y me pasan un par de vaqueros campana de color negro, un crop top de lentejuelas rojas y unos botines de cuero de lo más roqueros. Me lo pienso un segundo: me pregunto si será demasiado, pero luego le doy el visto bueno. Hoy quiero verme sexy.

—Emily, ¡lo vas a petar! —dice Maddie, sonriéndome en el espejo.

Las dos aplauden, satisfechas con su trabajo.

—Gracias, chicas. ¡Vosotras también estáis guapísimas!

Maddie lleva una blusa con los primeros botones desabrochados, con la que luce su escote como nunca, y unos pantalones ajustados. Cassy ha optado por un vestido corto a conjunto con unas botas. La verdad es que tiene unas piernas de diosa.

Cuando por fin nos ponemos en marcha, estoy impaciente y nerviosa a partes iguales. Las noches en el campus tienen una magia especial: son una forma de escapar de la rutina no muy lejos de nuestro hábitat natural, pero al mismo tiempo, tienen el factor sorpresa, que te permite vivir una aventura increíble cada vez.

En secreto, espero que esta noche me ayude a asumir de una vez por todas que Liam y yo somos amigos, porque hasta ahora, estoy luchando por esconder lo que siento.

Después de nuestro beso, así como del calentón que tuvimos la otra noche y de lo que acordamos, pensé en ir a verlo. Quería decirle que no estaba segura de poder ver esto como una simple amistad y que todo este asunto me incomodaba. Pensaba contarle cómo me sentía, sincerarme y, sobre todo, librarme de esta tortura que me impide dormir por las noches.

Pero mira por dónde, me pasé por el pabellón, y mientras caminaba hacia los vestuarios, donde sabía que podría encontrarlo, escuché una conversación entre el entrenador Franklyn y él... El entrenador le dijo que no debía distraerse, que no le toleraría más su dinámica de fiestas, chicas y trastadas nocturnas. También insistió en que los próximos partidos serían decisivos para su carrera. Inmediatamente me di la vuelta y volví a mi habitación, con el corazón latiéndome en el pecho más rápido de lo que me hubiera gustado.

Ese día juré no decir ni una palabra sobre lo que sentía de verdad. En fin, lo que necesito es salir con mis amigas; con las de verdad, digo.

De camino a la fiesta, no puedo evitar sonreír. Mi amistad con Maddie y Cassy es tan especial... Nos mantenemos unidas tanto en las buenas como en las malas, y cada minuto que

pasamos juntas es único. Cuando llegué a la uni me lo pusieron todo tan fácil que apenas tuve tiempo de sentirme sola y perdida, y por eso les estoy infinitamente agradecida.

Los focos que han puesto por todo el campus centellean y las tres caminamos hacia el escenario. Cuanto más nos acercamos, más nos dejamos llevar por la energía palpitante de la música. Me siento más viva que nunca mientras nos sumergimos en la marea de estudiantes que han asistido a la fiesta. Luces de colores acarician la tez de los presentes y la alegría del ambiente nos posee. Me libero al ritmo de la música: muevo el cuerpo al compás y me siento al fin sin ataduras.

Después de unas cuantas canciones, hago señas a Maddie y Cassy: necesito una copa. Nos abrimos paso entre los grupitos hasta la barra provisional que han instalado en una esquina de la explanada. Me dirijo lentamente hacia allí y espero a que sirvan a la gente que tengo delante. En la cola, estoy junto a un chico extremadamente buenorro. Me mira de arriba abajo y no disimula que le gusta lo que ve. Luego mira a mis amigas y vuelve a sonreír.

—Hola. ¿Queréis que os invite a una copa?

Decidida a olvidarme de lo que siento por Liam, asiento de buena gana. Maddie y Cassy parecen desconcertadas, pero acaban asintiendo. El chaval sin nombre pide por nosotras y nos ponemos en formación para hacernos con los vasos.

—Soy Lucas, ¡encantado! —dice, pasándonos las bebidas.

—Estas son Maddie y Cassy, y yo soy Emily —respondo, mientras nos señalo por turnos.

Me echa una miradita que habla por sí sola y, después de lo que parece una eternidad, se vuelve también hacia Maddie y Cassy.

—¿Las tres estudiáis aquí?

—Sí. ¿Tú no? —pregunto con curiosidad.

—No, solo estoy... de paso, nada más. Me habían hablado de esta fiesta, así que he decidido pasarme por aquí.

Se le estiran los labios en una sonrisa encantadora.

—En fin, me mola el ambiente de vuestro campus... —añade, sin dejar de devorarme con la mirada.

—Bueno, no es que haya fiestas así todo el rato... Es más bien algo excepcional, pero la organización se ha lucido, sí —contesto, un poco incómoda por su interés bastante evidente.

Maddie se termina la copa y me mira de reojo.

Que sí, que lo pillo, la señorita se aburre...

—¿Quieres venirte a bailar con nosotras? —sugiero, más por educación que porque me apetezca estar con él.

—Sí, claro, ¡de una! —responde Lucas, decidido a acoplarse.

Volvemos a hacernos hueco entre la gente. Maddie y Cassy han hecho tanta piñita que no tengo más remedio que bailar con Lucas. Nos movemos juntos al ritmo de la música y cuanto más bailamos, más tensión siento entre nosotros. Al final, tener a Lucas tan cerquita no es tan malo y acabo relajándome. Además, sobra decir que está buenísimo...

—Eres tan guapa, Emily... —dice mientras se me arrima con cierta lascivia.

Le brillan los ojos con un deseo bastante explícito.

—Gra... gracias... —farfullo, con las mejillas sonrosadas.

Se acerca más a mí y me posa una de sus cálidas manos en la parte baja de la espalda. No me molesta este roce algo atrevido, así que me dejo hacer. Se inclina más hacia mí y siento su aliento en la mejilla.

—Tú y yo... Quizá podríamos ir a divertirnos a otro sitio, ¿qué me dices?

Me quedo muerta. Lo de bailar juntitos, tener un acercamiento así, tontorrón, y acariciarnos un poco, pues ni tan mal, pero sugerir que nos vayamos a echar un polvo detrás de un árbol... Lo siento, pero no.

La pista de baile parece estrecharse de repente y siento la necesidad de salir de aquí cuanto antes.

—Mira, lo siento, pero he venido para pasármelo bien con mis amigas —respondo, con voz firme.

Él se ríe, un sonido que me produce una serie de escalofríos bastante desagradables.

—Bueno, conmigo seguro que disfrutas más...

Mi malestar va en aumento. Se está pasando de insistente con sus insinuaciones y no quiero meterme en una situación que luego no pueda controlar. Aún lo tengo bastante arrimado y no soporto que se me pegue así.

—No, creo que paso —digo, intentando liberarme de su agarre.

Pero Lucas me aprieta más. Giro la cabeza hacia mis amigas, desesperada y, al verme hacerlo, me suelta de mala gana. El muy imbécil aún me mira con insistencia.

—Bueno, yo de ti me lo pensaría... Estoy seguro de que nos lo pasaríamos bien juntos...

Asiento a duras penas y finalmente me alejo de él para volver con Maddie y Cassy. La música y las luces que me rodean de repente me parecen menos agradables y no puedo quitarme de la cabeza la forma en que se ha excedido el tal Lucas.

Mis amigas me miran preocupadas.

—¿Estás bien, cielo?

—Sí, sí, ¡claro que lo estoy!

Les enseño una sonrisa a medio esbozar. Ya estoy fuera de peligro; no nos alarmemos.

Me pongo un pelín de puntillas para ver si Lucas sigue allí, pero parece que se ha marchado. Me fuerzo a bailar, pero mis pensamientos no me dan tregua. Las palabras de Lucas me han desestabilizado y me siento incómoda y vulnerable. La noche, que antes pintaba tan bien, ahora se ha vuelto un poco agobiante.

—Voy a salir un ratito a que me dé el aire.

—¿Quieres que te acompañemos?

—No, no, ¡disfrutad! ¡Ahora vengo!

Necesito alejarme del gentío, respirar hondo y recuperar la compostura.

Los organizadores de la fiesta han colocado mesas y sillas no muy lejos de la barra. Allí se está más tranquilo, hay menos gente y el volumen de la música es más bajo. Me siento para tomarme un descansito. Un vaso de agua me vendrá bien, porque sigo un poco mareada.

De repente, siento que alguien se me sienta al lado. Se me acelera el corazón cuando veo que es Lucas. Me sonrío con cierta seguridad y se apoya en la mesa para mirarme con atención.

—Hola... —dice, con una voz más grave que antes, y yo trago saliva—. Te he visto aquí sola y he pensado que te vendría bien un poquito de compañía. Es una pena que una chica tan guapa como tú no tenga a nadie a su lado...

El recuerdo de la conversación que hemos tenido hace un rato me produce escalofríos.

—Lucas, ya te he dicho que he venido a divertirme con mis amigas.

Sonríe con descaro.

—Venga, Emily. Tú y yo... conociéndonos un poquito mejor... Piénsalo. Seguro que, en el fondo, no eres tan tímida. Además, le tengo echado el ojo a un sitio en el que podríamos disfrutar

como nunca...

Cada vez que abre la boca el tonto este, me cabreo más.

—¡Creía que te lo había dejado claro: que no me interesas, joder! —grito, más alto de lo que me habría gustado.

Entonces me apoya la mano en la rodilla y empieza a acariciarme la pierna, subiendo por el muslo. Me quedo paralizada.

—¿Qué tal si aprendes a aceptar el no de una mujer? —gruñe de pronto una voz que conozco demasiado bien desde el otro lado de la mesa.

En un pispás, siento que me levantan del asiento y lo siguiente que veo con claridad es a Liam haciendo de escudo entre Lucas y yo.

—¡Ey, ey! ¡Tranquilito, máquina! Emily y yo estamos charlando con la calma. Aquí no pintas una mierda, capitán Scott —replica Lucas, molesto.

—¿Qué pasa, que como has perdido el partido crees que puedes comportarte como un imbécil?

—¿Y tú, qué? ¿Has ganado el partido y, de repente, tienes pelotas?

Suspiro y me doy la vuelta para marcharme. No llevo yo la noche como para tragarme una discusión entre machos alfa.

Mientras me alejo, los oigo gritar detrás de mí y un ruido repentino me sobresalta. Cuando me doy la vuelta para ver qué ha sido ese golpe seco, descubro que Lucas está en el suelo y le sangra la nariz.

Estupendo...

—Pero ¿tú qué te has fumado? ¡Serás cabrón...! —exclama, mientras se levanta y se lleva una mano a la cara.

Dos guardias de seguridad se acercan corriendo e impiden a duras penas que Liam vuelva a pegarle un puñetazo a Lucas.

Doy un paso atrás. Lo estoy flipando.

¿Y a este qué le pasa? Se le está yendo ya...

Liam y Lucas se retuercen en brazos de los guardias, que intentan retenerlos, y siguen gritándose como dos perros rabiosos.

En fin. Emily, hija, ese era Lucas Stern...

¡Seré idiota! ¡Es el capitán del equipo contrario, el que perdió el partido de hockey...!

Suspiro.

Pues nada. A ver, es verdad que Liam ha ido a defenderme, pero también le ha metido una buena leche a uno de sus adversarios. ¿Y todo por qué? ¿Porque solo consiguió marcarles un mísero gol? ¿Porque falló un tiro a puerta decisivo?

Hombres...

La verdad es que no lo entiendo. No sé ni por qué me importa su repentina actitud heroica y protectora. De hecho, es demasiado para mí. Me voy, porque para qué más...

Mientras vuelvo a la resi con el corazón palpitante, les mando un mensaje a Maddie y Cassy para que no se preocupen. Les digo que me ha bajado la regla de improviso y que ya no me apetece bailar. Cassy responde que probablemente se quede a dormir en la habitación de Maddie para dejarme descansar y no molestarme a las tantas.

Cuando llego a la habitación, sola por una vez, le doy vueltas y vueltas a lo sucedido, luchando por conciliar el sueño. Y finalmente, caigo rendida.

Cuando me despierto, sigo enfadada.

¿En qué estaba pensando Liam al pegar a Lucas?

Bueno, merecerse, se lo merecía. Si no hubiera intervenido, no sé cómo habría acabado el asunto... Pero solo tenía que quedarse quietecito después de librarme de él. ¿Qué sentido tenía romperle la nariz?

Y hablando del rey de Roma... Miro el móvil para comprobar la hora y veo dos llamadas perdidas y un mensaje suyo.

** ¿Cómo estás, Em? ¿Podemos hablar?*

Arrugo la nariz. Es demasiado pronto para esto, así que vuelvo a esconderme bajo la colcha.

Después de unos minutos mirando al frente y frustrada a más no poder, oigo la llave en la cerradura y las voces de Maddie y Cassy de fondo. Suspiro en silencio y me deshago de la colcha, con la que me he envuelto como si fuera mi segunda piel.

Cuando me ven, me saludan a coro.

—¡Holi!!!

—Hola —respondo, refunfuñona.

—Oh, alguien está de mal humor... —dice Maddie, sonriente, y Cassy también se ríe a carcajadas.

Sin mediar palabra, me arrastro hasta la cocina y me preparo un café.

—¿Estás pachucha por la regla? —pregunta Cassy con simpatía.

Me siento culpable por mi mentira y suspiro.

—Chicas, ayer os mentí... Estoy bien. No me tiene que bajar hasta dentro de un tiempo.

Maddie y Cassy me miran extrañadas. Ponen cara de curiosidad y de preocupación.

—Mientras bailábamos, Lucas se puso en plan acosador. Cuando fui a que me diera el aire, me siguió, pese a que yo insistí en que me dejara en paz. Estaba cagada. Por suerte, Liam intervino, pero al final, acabó armando un pollo —continúo.

—Espera... ¿Liam? ¿En plan, Liam Scott, el tío bueno y capitán del equipo de hockey hielo? —pregunta Cassy, alzando las cejas.

Asiento.

—Bueno, es que no solo intervino... Le pegó un puñetazo a Lucas.

—Perdona, ¿¡qué!? —exclama Maddie, con los ojos muy abiertos.

—Tuvieron que separarlos unos guardias de seguridad. Acabé hasta donde yo os diga, así que decidí irme a casa —añado, esperando que no me hagan más preguntas.

—Dos tiarrones se pelean por ti, ¿y nos lo sueltas ahora? ¡Ni que nos estuvieras contando lo que has hecho en la biblio! Bueno, en realidad, Lucas es un cerdo y un gilipollas, así que... —precisa Cassy.

—Os lo estabais pasando bien y no quería estropearos la noche —digo, dándole un sorbo al café.

Maddie me mira con escepticismo.

—¿Y a qué viene lo de que Liam te protegiera?

—Bueno... Últimamente nos vemos mucho, por los artículos que tengo que escribir, y nos llevamos bastante bien. Supongo que se sintió obligado a hacerlo. Y Lucas es el capitán del

equipo contrario, al que ganaron en el último partido. Imagino que eso lo explica todo —digo, a medio camino entre la verdad y la mentira.

Bueno, maticemos: no les estoy mintiendo, más bien evito ciertos detalles bastante reales.

Maddie y Cassy intercambian una miradita y yo me encojo de hombros. Para cambiar de tema, pregunto qué tal les fue la noche. Cassy se pasa un buen rato hablando, pero cuando menciona a Chase, me giro para mirarla. Eso dos ya habían tonteado en la cafetería... Sin embargo, a diferencia de lo que suele hacer, no le da mucha importancia al tema y continúa con su monólogo. Al menos parece que mis chicas se lo han pasado bien...

Me vibra el teléfono. Otro mensaje de Liam.

** Em, ¿podemos hablar? Por favor...*

Pongo los ojos en blanco. Casi me había olvidado de él. Decido responderle antes de que siga dándome la tabarra.

** Le pegaste un puñetazo a Lucas y te metiste donde no te llamaban. No tengo nada que decirte.*

Siento que he sido un poco dura con él, más que nada porque no sé cómo habría acabado mi encontronazo con ese otro cabrón si él no hubiera intervenido. Aun así, no quiero darle la satisfacción de creerse el héroe de la historia.

Me responde en cuestión de segundos.

** Lo sé... Lo siento. No debería haberlo hecho. ¿Podemos vernos, por favor?*

Cierro los ojos y respiro hondo. Ahora mismo no me apetece nada.

** Mañana, quizá. Ya te voy diciendo...*

Después de enviar el mensaje, apago el teléfono. Sí, se ha disculpado, pero yo sigo mosqueada.

Al día siguiente, por la noche, cedo. Llevo todo el día dándole vueltas al temita y se me está empezando a calentar la cabeza. Lo mejor será que hablemos como adultos responsables.

Después de enviarle un mensaje a Liam, me dirijo a su resi y, unos minutos más tarde, un poco nerviosa, llamo a su puerta. Los recuerdos de cuando nos acostamos en esta misma habitación inundan mis pensamientos y se me aceleran los latidos del corazón.

Sacudo la cabeza. Ahora mismo no necesito esto.

Liam abre la puerta y me deja entrar después de que ambos nos saludemos con bastante recato. Miro el sofá y las imágenes aparecen en mi mente como *flashes*.

Contrólate, Emily...

Liam se sienta a mi lado y me pasa un vaso de agua.

—¿Por qué tuviste que involucrarte? —intervengo al fin—. Lucas se pasó de insistente, sí,

pero eso no es motivo para romperle la nariz. Además, lo tenía todo bajo control...

Liam suspira. No sé si tendrá cargo de conciencia, pero lo parece.

—No pude evitarlo. Cuando te vi con él, pensé que te apetecía tontear un rato, porque después de todo, ya dejamos claro lo que éramos tú y yo. Pero luego noté que insistía y que tú intentabas alejarte de él. Encima empezó a toquetearte y, bueno, ahí perdí los papeles... —explica.

Respiro hondo. Estoy hecha un lío y tengo sentimientos encontrados.

—¡Pero podías haberte quedado ahí! Solo bastaba con separarme de él. Lo que hiciera o dejara de hacer no te da derecho a comportarte como un pirado y a aprovechar para saldar cuentas pendientes con él por tus problemitas de ego...

Frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir con mis «problemitas de ego»? ¿De verdad crees que lo único que me importaba en aquel momento era chaparle la boca porque somos rivales en el hielo? No has entendido nada, Emily...

Ahora soy yo quien frunce el ceño.

—Ese tío es un gilipollas; no hay más. Sé que me pasé y que la violencia no es la solución, pero había cruzado ciertos límites. ¡Joder, le dijiste que no y aun así, él siguió insistiendo! No es la primera vez que lo hace. No le venía mal una hostia bien dada —continúa.

Hay un momento de silencio entre nosotros y noto que mi rabia se va calmando poco a poco.

—Vale, lo entiendo...

Levanto la vista y le miro a los ojos. Parece que echa humo.

—Sinceramente, ¿qué coño sería yo si no hubiera intervenido? Ya sé que podrías haberte defendido sola y que eres independiente en ese sentido, pero ¿qué especie de cabrón insensible habría sido yo si ese chaval te hubiera arrastrado a alguna parte a hacerte daño y yo me hubiera quedado de brazos cruzados, aun sabiéndolo?

Parece realmente disgustado y me conmueve verlo así.

—Liam, yo... —digo, intentando arrancar.

Pero él me interrumpe.

—Me preocupo por ti, Em. Te lo digo de verdad. No hay más. Si tuviera que volver a meterme donde no me llaman, lo haría otra vez. Bueno, quizá esta vez no le rompería la nariz...

—¿Te la vas a cargar por esto? —le pregunto, preocupada de forma repentina.

Se encoge de hombros. Durante unos instantes, no decimos nada. Empiezo a darme cuenta de que nuestra relación es mucho más compleja que una simple amistad.

En medio del silencio, asiento. Podría decirse que nos hemos reconciliado.

El olor a café recién hecho flota en el aire cuando Cassy y yo entramos en la cafetería del campus.

Liam está sentado en una mesa de la esquina con una chica rubia a su lado. Es evidente que se están divirtiendo juntitos y charlan animadamente. Pero yo, bueno... Tardo un par de segundos en ponerme de mala uva. Odio tener tan poco control sobre mí misma. Cassy se da cuenta de que estoy algo distraída y me sigue la mirada para ver qué me tiene tan crispada.

—¿Estás mirando a tu caballero de brillante armadura?

Me fuerzo a sonreír.

—¡Qué va! No seas tonta... Solo estaba pensando en mis cosas.

En realidad, se está despertando en mí un sentimiento que apenas conozco: una ansiedad desproporcionada.

¿Serán celos?

La forma en que Liam se ríe y habla con esa chica hace que se me revuelva la tripa. Se me encoge el corazón.

Mierda... Jamás había sentido celos.

Me parece un sentimiento terriblemente inútil.

Cassy se acerca a mí y me pregunta:

—¿Te apetece un expreso largo?

Doy un respingo.

—Sí, ¡genial! Gracias, Cassy.

Su pregunta me ha distraído un poco de Liam y su amiga. Sin embargo, sigo mirando por encima del hombro y lo veo abrazando a esa chica tan guapa. ¡Más motivos por los que estar celosa, di que sí!

¡Joder! ¡Qué sensación más horrible! ¡Quita, quita!

Después de pasarnos un rato charlando y tomando un café y un par de pastelitos, Cassy se despide de mí y se va a clase. Yo me voy a la biblioteca. Tengo que escribir un artículo sobre el último partido y no quiero perder más tiempo.

Hoy está relativamente vacía. Es una pena: el suave murmullo de la gente a mi alrededor a veces me ayuda a concentrarme mientras trabajo. Me siento en la mesa de siempre con mi pila de papeles y el portátil delante, dispuesta a darle caña al artículo.

Pero por mucha fuerza de voluntad que tenga, no consigo concentrarme. La imagen de Liam y esa chica se repite una y otra vez en mi cabeza. Parecían tan íntimos el uno con el otro, como si hubiera algo entre ellos...

¡Serás lerda! ¡Pues claro que tendrán algo esos dos! Ya conoces la reputación de Liam... ¿Qué esperabas? No eres más que otro número en su lista...

Suspiro, frustrada, me reclino y cierro los ojos por un instante.

Después de todo, fui yo quien le dijo de ser amigos. Y es obvio que él tampoco quiere una relación en este momento, o al menos no puede permitírselo. Pero no nos olvidemos de que también me defendió frente al inútil de Lucas y dijo que se preocupaba por mí, ¿no?

Joder... Así no avanzamos...

Esperaba que trabajar en la biblioteca me ayudara a organizar mis pensamientos. Necesitaba distraerme de mis sentimientos, pero parece que está ocurriendo todo lo contrario. Cada vez que intento empezar a redactar mi artículo, me quedo en blanco. Siento la espinita de los celos clavada en el corazón, así como las preguntas incómodas flotando a mi alrededor, y odio lo mucho que me afectan.

De repente, alguien me pone la mano en el hombro. Doy un respingo, y cuando levanto la vista, Maddie está a mi lado.

—Ey, ¿estás bien, amorcín? —me pregunta con dulzura.

Vuelvo a suspirar y niego con la cabeza.

—La verdad es que no. No consigo concentrarme en mi artículo.

Maddie se sienta a mi lado y me sonrío, alentadora.

—A veces es difícil despejarse, sobre todo cuando estás luchando con todo tipo de pensamientos intrusivos.

Asiento.

—Ya, bueno... Pensé que la biblioteca me ayudaría.

Pero me recuerda aún más a Liam...

Me apoya la mano en el brazo para reconfortarme.

—¿Qué te preocupa, cielo? Dímelo, anda...

Dudo un momento antes de contárselo todo: mis encuentros con Liam, las quedadas para estudiar, la noche en que nos acostamos, el acuerdo al que llegamos, la maraña de sentimientos que tengo en el corazón y, aparentemente, los celos que se han despertado en mí.

Maddie abre los ojos como platos mientras me escucha, y a veces se le escapa un hipo de sorpresa, pero me deja seguir. Cuando termino, la miro, avergonzada. Es mi mejor amiga, y aun así, le he ocultado todo esto.

—¡Hala, hala...! Dios, Emily... En fin, ¡vaya! —exclama, como sorprendida.

—Lo siento. Debería habértelo dicho...

—¡Pero no te disculpes, mujer! Tienes derecho a tus secretitos. Además, le prometiste no ir divulgando por ahí que estudiabais juntos. Bueno, la verdad es que no me esperaba que me contases que te habías tirado a Liam Scott. Además, ¡pinta que echasteis un polvazo!

Me sonrojo, muy a mi pesar.

—En fin, no te preocupes, de verdad: me alegro de que hayas decidido contármelo. Tengo la impresión de que el tema te tiene estresadita... —añade.

Me da unas palmaditas en el brazo y suspiro.

—Odio sentirme así...

—Es normal sentir celos, Emily. Es importante reconocerlos y saber de dónde vienen. Y sobre todo, entender por qué los tienes.

Me masajeo la frente.

—Pero no quiero que los celos rijan la forma en la que pienso y me comporto... —le digo.

Ella deja ver una dulce sonrisa.

—En lugar de reprimirlos, intenta entenderlos. ¿Por qué sientes celos?

Me quedo un rato callada, pensativa, y al final, admito:

—Quiero saber si significó algo para él que nos acostáramos.

Maddie toma mi mano entre las suyas.

—Es normal que quieras saberlo, pero también deberías darte cuenta de que eres preciosa y única. Y fuiste tú quien le pidió que fuerais amigos. Si eso no es lo que quieres, tienes que decírselo, pero si crees que es lo mejor para los dos, os va a tocar ser amigos de verdad.

No le he contado a Maddie la conversación que escuché entre Liam y el entrenador Franklyn, ni que cuando llegué, le estaba echando una buena bronca. Es más, tampoco, le he mencionado por qué había ido a buscarlo de primeras. Cada cosa a su debido tiempo. Para el caso, ya le he contado el cotilleo del siglo...

—Gracias, Maddie. Tienes razón, no debería perder la cabeza así por un chico...

—¡Recuerda: eres una mujer fuerte e independiente! —me dice para animarme—. Y si necesitas hablar, ya sabes que estoy aquí.

Abrazo a mi amiga. Ahora me siento más segura de mí misma.

Es hora de serenarme un poquito: no puedo dejar que me dominen las emociones. Nunca llegaré lejos en la vida si tengo una crisis existencial después de cada rollo de una noche.

Maddie es increíble; siempre sabe qué decir. A veces siento que me conoce mejor que yo misma.

Cuando se va, decido ir a darme un paseo por el campus. Me vendrá bien distraerme un poquito. ¿Quién sabe? Quizá así encuentre las palabras para escribir mi artículo...

Cámara en mano, me doy una vuelta la zona. Le hago una foto a todo lo que me llama la atención. Me gusta captar las escenas cotidianas y los pequeños detalles de la vida. Me ayuda a cambiar el enfoque de las cosas cuando me siento prisionera de mis pensamientos.

Me agacho frente a un árbol y ajusto los parámetros del objetivo, y entonces veo a Chase a lo lejos, haciendo unos estiramientos, apoyado en un banco.

Me sonrío y yo le devuelvo la sonrisa. Me acerco a él y charlamos un rato. Es un chico muy majo. Cassy tiene buen ojo. ¡Con razón se ha fijado en él! Es extrovertido, amable y, admitámoslo, ¡está buenísimo!

De repente, siento que una sombra se cierne sobre mí y, al levantar la vista, veo a Liam de pie junto a nosotros. Me cuesta interpretar la expresión de su cara.

—Emily, ¿podemos hablar un segundo? —me pregunta con voz seria.

Me muerdo el labio y, de repente, me siento incómoda.

—Sí, claro... —respondo, fingiendo estar distante.

Me despido de Chase y, sin mediar palabra, me alejo hacia un lugar más tranquilo. Cuando nos quedamos quietos, noto que se respira tensión en el aire.

—¿Qué pasa? —pregunto finalmente, con la voz temblorosa, pese a mis intentos de relajarme.

Nos quedamos mirándonos unos instantes. Liam parece absorto en sus pensamientos. Veo que su mirada se desvía de mis ojos a mi boca y, de repente, se acerca para posar los labios sobre los míos.

Me ha pillado desprevenida: no soy capaz de apartarlo y me rindo ante el beso que llevo días esperando con todo mi corazón.

¡Alerta roja! ¡Alerta roja!

Liam

Sé que Chase jamás le tiraría la caña a Emily, porque sospecha que hay algo entre nosotros. Además, el muy cabrón sigue intentando sonsacármelo, ¡pero yo me mantengo firme! Mi colega se hace el inocente, pero es muy bueno con sus preguntitas. Pero cuando los veo a los dos riendo, pasándose tan bien y, sobre todo, con cierta complicidad, se me hiela la sangre. Siento que estoy perdiendo a Emily poco a poco y quiero ser yo con quien haga todo eso.

Así que, una vez estamos los dos a solas, no puedo contenerme y, cuando la beso, todo cobra sentido. Sus labios son increíblemente suaves y cálidos. Es como si el mundo a nuestro alrededor se detuviera. No es solo deseo, pasión, anhelo... Es mucho más. Ahora lo sé.

Tomo su cara entre mis manos, y pasados unos segundos, me alejo lentamente. Me mira con sus grandes ojos azules llenos de asombro y de otras emociones que no soy capaz de discernir.

—Liam...—susurra—. Pero tú... No podemos...

Me trago mi propia confusión.

—Lo siento, yo... —murmuro, y sin decir nada más, salgo corriendo.

De repente, me siento vulnerable y lo único que quiero es volver a la resi.

Una vez en mi habitación, la oscuridad me envuelve. Estoy tumbado en la cama y mis pensamientos se arremolinan con la fuerza de un tornado. Con todo lo que ha pasado en los últimos días, me siento arrastrado por un tsunami de emociones y no consigo hallar la paz en mi propia cabeza.

Emily...

Su nombre resuena en mi interior. Pienso en sus ojos, sus labios, su forma de reír... Pero entre todos estos recuerdos, asoma una realidad que no puedo seguir ignorando. Me empeño en luchar contra mí mismo; estoy atrapado entre el deseo de estar con ella y la ambición sin límites que me motiva para mi carrera deportiva.

Ese último beso me ha dejado confundido a rabiar. Emily me trastoca de una forma que no me esperaba. ¿Qué me pasa? Encima decidimos que no íbamos a ser más que amigos. Bueno, en realidad fue ella... ¡Pero tenía razón! Y sin embargo, aquí estoy, confuso, disgustado y cachondo.

Suspiro y miro al techo.

¿Emily o mi carrera?

Me siento como si tuviera que escoger entre un brazo y una pierna: elija lo que elija, habrá consecuencias. Intento imaginar cómo sería alejarme de Emily, evitarla, ignorarla, apartarla de mi vida. Solo de pensarlo me entra el pavor, como si tuviera que renunciar a una parte esencial en mi vida.

¿Puedo permitirme tener una relación mientras progreso en el mundo del deporte? ¿Y conciliar ambas cosas sin que se convierta en un problema? ¿De verdad el amor es un obstáculo para los deportistas profesionales? Hay gente que lo habrá conseguido de todos modos, ¿no?

Intento pensar en todos los jugadores profesionales que conozco y que están felizmente

casados.

Tío, ¿pero tú qué te crees, que estás hojeando una revista de cotilleos? Estamos hablando de echarte novia, no de casarte... ¡Espabila!

Em sabe cómo animarme y saca lo mejor de mí. Además, ¡ahora es toda una entendida en el mundo del hockey! ¿Qué más se puede pedir?

¿Debería sincerarme con ella?

Me froto la frente. Emily tiene sus propios sueños y metas; me lo ha dejado claro en más de una ocasión, así que no quiero limitarla de ninguna manera.

Joder...

Nada de lo que pienso tiene sentido. ¡Ha sido ella la que ha puesto ciertos límites entre nosotros! Cierro los ojos e intento calmarme un poco. Quizá solo necesite un poco de tiempo para pensar y decidir qué quiero exactamente... Lo que no tiene sentido es comerle la boca y luego salir huyendo.

¡Seré imbécil...!

Al día siguiente, hemos quedado para la sesión de estudio de rigor, pero nuestro beso y mi huida repentina han caldeado el ambiente. Ni siquiera me atrevo a mirar a Emily a los ojos. Sin embargo, no es por nada, pero pese a todo, ha aparecido.

No dejo de pensar en que puede que ella también quiera tener algo más conmigo. ¿Me estoy engañando a mí mismo al pensar que tenemos alguna posibilidad?

Mientras mi cabeza no deja de rondar ese escenario ficticio, Emily intenta explicarme unos resúmenes de una asignatura, pero es inútil: no hay manera de que me entere. Al cabo de media hora, pese a que sigue repitiendo la explicación con una paciencia admirable, la interrumpo.

—Lo siento, Em, no puedo concentrarme. No le veo ni pies ni cabeza a todo esto. ¿Podemos dejarlo por hoy?

Me mira con sus ojos azules.

—Bueno, si quieres... Me parece bien; de hecho, tengo cosas que hacer...

Emily tarda un par de segundos en recoger sus cosas, como si fuera un pedazo de oportunidad para largarse de aquí y huir de mí. Me lo merezco, después de todo.

—Hasta mañana, Liam...

La veo salir de la biblioteca y apoyo la cabeza en la mesa que tengo delante. No puedo seguir así. Tal vez podría hablar con Chase después del entrenamiento... Después de todo, él me conoce mejor que nadie y fijo que me aconseja.

Es agradable sentir el hielo bajo mis patines. El sonido de las cuchillas arañando la pista reverbera en mis oídos. Sin embargo, no estoy rindiendo al máximo y noto que mis compañeros se ponen tensos a mi alrededor.

Mis tiros son dignos de un enclenque; mis pases, inseguros y estoy cometiendo errores que no cometía ni cuando estaba empezando. Voy de capa caída.

—¡Concéntrate, Liam! —me grita el entrenador Franklyn, con la voz llena de urgencia.

Pese a sus berridos, nada parece atravesar la espesa niebla de mi cabeza. Como capitán y

jugador en el que todos pueden confiar, siento una presión enorme. Hoy, simplemente no estoy a la altura.

Para variar...

Brad, uno de los defensas, se me acerca con una expresión sarcástica en la cara.

—¿Te has puesto nerviosito porque le partiste la nariz a Lucas? Fijo que sangró un huevo...

Se me encienden las mejillas y siento que se despierta una ira sin precedentes en mí.

—Cállate, Brad.

—¿O qué? ¿Te me vas a tirar al cuello, capitán?

Se ríe, satisfecho con su bromita, y siento que voy a perder los papeles. Chase interviene justo a tiempo y me empuja hacia un lado de la pista.

—Tranquilo, Liam. Solo te está buscando...

El entrenador Franklyn nos está mirando, así que prefiero quitarme los patines antes que seguir entrenando y arriesgarme a partirle la cara a alguien.

—Por Dios, Liam, ¿qué te pasa? Primero el altercado con Stern, ¿y ahora esto?

Se rasca la nuca, molesto.

—Lo siento, entrenador. Voy a tomar el aire y mañana estaré fresco como una lechuga. Se lo prometo.

—Ya sabes que invertí en mi tiempo en asegurarme de que no recibieras una llamadita de la oficina del estudiante. Stern se merecía una paliza, eso lo tengo claro, porque es un niño y un capullo, pero aun así... Piensa en tu expediente.

Sí, lo sé, y en mi futuro...

—Lo sé, entrenador...

No tengo nada más que añadir, así que prefiero retirarme.

En el parque se ha levantado un aire fresco y las farolas llevan ya un rato encendidas. Chase se me acerca con una sonrisa.

Espero que pueda darme algún consejo. Mi colega sabe mucho de mujeres. Bueno, y de hombres también, pero seguro que tiene una perspectiva mucho más abierta que yo sobre mi situación.

Mi mejor amigo saca a relucir su sonrisa más alentadora mientras se sienta a mi lado.

—¿Te encuentras mejor? ¿Se te ha pasado el cabreo?

Tumbado en el césped, me incorporo y me apoyo sobre los codos antes de hacer una mueca.

—Gracias por lo de antes. Brad me ha tocado la fibra sensible...

—Me da la impresión de que últimamente estás un poco tenso...

—Tengo muchas cosas en la cabeza, así que ya se me empieza a notar, sí...

Chase frunce el ceño.

—¿Tiene algo que ver con Emily?

Asiento.

—Es tan complicado... —Dudo un momento, porque no sé cómo verbalizarlo, y menos en voz alta—. Creo que me gusta de verdad.

—No me digas...

Chase suelta una carcajada y yo lo miro, sorprendido.

—¿¡Tan obvio es!? —exclamo, un poco ofendido.

—Chaval, que te conozco... Tranqui, los demás solo piensan que estás de mala hostia; eso es todo.

Suspiro.

—No sé cómo afrontarlo. Por un lado, quiero acercarme a Emily, pero por otro, me da miedo cagarla con el hockey. El entrenador no deja de taladrarme el coco con eso...

Chase asiente lentamente.

—No es una decisión fácil, pero creo que es importante que seas sincero contigo mismo. Si no, no averiguarás lo que realmente quieres. Es decisión tuya, tanto si haces caso a Franklyn como si no.

Miro fijamente al cielo oscuro. Los pensamientos intrusivos siguen haciendo de las suyas en mi cabeza.

—Me siento como si estuviera entre dos mundos: Emily y el hockey. Y pensar que antes mi problema era conciliar los estudios con el deporte... ¡Pues ahora también tengo que lidiar con los sentimientos! ¡Es como una lucha épica entre el fuego y el hielo! —exclamo.

Chase se rodea las rodillas con los brazos antes de hablar.

—¿Por qué te empeñas en que esas dos vertientes de tu vida que tanto adoras sean incompatibles? ¿Por qué no dejas que convivan en tu mundo?

Pienso un momento antes de contestar.

—La verdad es que quiero tener algo con Emily y seguir esforzándome en mi carrera profesional.

Chase sonrío con dulzura.

—Bueno, crack, ¡eso ya es un paso! Puede que no sea fácil, pero si estás dispuesto a invertir tiempo y esfuerzo en ambos planos de tu vida, puede que encuentres la forma de conciliarlos. Además, Emily también te está ayudando con las clases, así que no va a ser ella quien se interponga en tu camino. De hecho, desde que quedas con ella, estás sacando buenas notas, ¿no?

—Pero ¿cómo puedo estar seguro de que mis decisiones no me llevarán a arrepentirme más tarde?

Chase levanta una ceja y se ríe.

—Tío, si encuentras la respuesta a esa pregunta, ¡te convertirás en el gurú de la toma de decisiones! La mayoría de las veces, eso es lo que dificulta elegir entre dos caminos. Pero es lo que hay: a veces, toca arriesgarse. En fin, creo que deberías hablar con Emily de lo que sientes. Dile que te da miedo liarla y que tienes ciertos objetivos. Quizá juntos podáis encontrar un camino que funcione para los dos.

—Bueno, eso será si quiere hablar conmigo del tema... No deja de insistir en que seamos amigos.

—Bueno, no es por nada, pero tu actitud no ayuda...

—Pues también es verdad...

Chase sonrío y me da un puñetazo flojito en el hombro.

—Todo va a salir bien, *bro*... Ya lo verás.

Nos quedamos allí, charlando un rato y, poco a poco, se me despeja la mente. Sigo sin saber exactamente qué debo hacer, pero al menos estoy un poco más preparado para afrontar los retos que me esperan. Una cosa es segura: tengo que hablar con Emily.

Me muerdo el labio inferior. Estoy nerviosísimo. En unos minutos, Emily estará frente a mi puerta.

El sol está a punto de ponerse e intento desesperadamente mantener la calma. Cuando llama a la puerta, casi se me sale el corazón del pecho.

Ya está aquí.

Nos saludamos y pasa por mi lado. En el aire flota ese perfume que tanto me gusta. Huele a fruta, a primavera, a sol... La invito a sentarse y yo me pongo a su vera. De repente, me siento como si hubiéramos rebobinado y estuviéramos repitiendo lo que pasó la última vez.

Joder, se la ve muy entera...

La tensión crece inmediatamente entre nosotros. La miro brevemente antes de sentarme a su lado. Respiro hondo, hago acopio de mis fuerzas y empiezo a hablar.

—He estado pensando mucho últimamente. He tenido unos días malos en el entrenamiento y no he rendido como tocaba. Me he dado cuenta de que tenía que tomar una decisión.

Emily me mira con curiosidad y apuro, pero me deja continuar.

—Em, significas mucho para mí. El tiempo que pasamos juntos, las sesiones de estudio, todas las veces que nos hemos visto, los... —Me abstengo de decir «besos». En fin, me he dado cuenta de que cada vez ocupas más espacio en mi mente.

Respiro hondo. Me gustaría que las siguientes palabras no salieran de mi boca con una voz tan ronca, pero qué se le va a hacer.

—Sé que dijimos que seríamos amigos, pero no puedo hacerlo. No puedo dejar de pensar en ti.

Tremenda bomba le he soltado. Creo que no lo he dicho de la mejor forma posible, pero tenía que sacarlo. Aun así, Em abre los ojos a más no poder, asombrada, y curva las comisuras de los labios en una preciosa sonrisa.

—Quería decírtelo porque creo que debo ser sincero y hacerte saber por qué soy tan esquivo contigo. No quiero reírme de ti, sino todo lo contrario. Es que me gustas y, a pesar de los límites que has fijado, quiero más...

Tras mis palabras, se hace un momento de silencio y veo que se le iluminan los ojos. De repente, me lleno de esperanza. ¿Significa eso que siente lo mismo por mí?

¡Lo que siento es mutuo! ¿Debo deducir que sus famosos límites eran un farol?

Ella traga saliva antes de responder:

—¡Vaya forma de declararte!

Miro hacia abajo y se me encoge el corazón. No sé qué esperar. Solo quiero ver qué dice. Me encantaría que me confesara lo que siente por mí, pero... ¿Y si solo me considera su amigo? Sería duro oírlo, pero al menos, podría pasar página.

Contra todo pronóstico, posa la mano suavemente sobre la mía y levanto los ojos para mirarla.

—Liam, yo tampoco puedo hacerme a la idea de que solo seamos amigos. No me entra en la cabeza...

—Entonces... ¿Quieres que dejemos de vernos? —le digo, achantado.

—¡No, idiota! ¡Quiero más, mucho más!

Se sonroja. Al verla así, ruborizada, me entran ganas de comérmela. La cojo de la mano y el calor que me envuelve hace que me estremezca.

—Emily, creo que estoy enamorado de ti. Nunca he tenido una relación estable; me he pasado la vida huyendo de todo eso, pero tú... Tú has podido conmigo.

Se me forma un nudo de emoción en la garganta.

¿Esto es el amor? ¡Joder!

—Creo que yo también me he enamorado de ti. Pensaba que me costaría mucho lidiar con mis sentimientos, por eso te pedí que solo fuéramos amigos, pero... No soy capaz de seguir así. Quise decírtelo una tarde, después del entrenamiento, pero te oí hablar con el entrenador. Te estaba echando la bronca y te dijo que nada debía interponerse en tu camino.

—¡Pero tú no eres un obstáculo, tonta! Es más, no consigo concentrarme sin ti...

Emily sonríe y posa los labios sobre los míos. Nos besamos suavemente, despacio, con dulzura, como si fuera la primera vez. La chispa se enciende entre nosotros y nuestros cuerpos se acercan instintivamente. Es como si por fin pudiéramos dejarnos llevar por un sentimiento real e implacable.

Desliza las manos sobre mi cuerpo y me las baja por la camiseta, ávidas y curiosas, y yo hago lo mismo. Le quito el top y lo lanzo por los aires. Ella mete la mano en la cajita donde guardo los condones para sacar uno, lo que me hace sonreír. Se acuerda de mi escondite. Esta vez nos levantamos juntos y nos vamos a la cama, donde estamos dispuestos a disfrutar de un momento de éxtasis en los brazos del otro.

Sin ropa, la miro, con la polla erecta por el calentón. Está preciosa: sus muslos abiertos, sus pechos turgentes, su cuerpo esbelto, su intimidad esperándome... Esta vez no hay preliminares: estamos tan ansiosos por probar el cuerpo del otro que, una vez puesto el condón, le doy un par de toquecitos con la polla y me deslizo dentro de ella con facilidad. Oigo cómo me gime en el oído: me pide más.

El vapor de su respiración húmeda en mi oreja me hace perder la cabeza y la penetro cada vez más deprisa. Me rodea las caderas con las piernas y empuja su pelvis hacia mí. Me busca, anhelante, y ambos acompasamos el ritmo. Follamos con fuerza, con intensidad, y nuestras pieles se recubren de gotitas brillantes de sudor.

Joder, sí... La necesitaba...

Se la meto y se la saco, sin tregua, y ella acaba mordiendo un cojín para no asustar a mis vecinos con sus gemidos. Sus pezones apuntan en mi dirección, excitados. La embisto con brío, y siento cómo me aprisionan las paredes de su sexo. Nuestras partes húmedas encajan a la perfección: es como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Nos pasamos así unos minutos, desbocados, deseosos y sin apartar los ojos del otro. De repente, siento que se inclina hacia mí. Emily jadea con más fuerza, me clava los dedos en los hombros y eso me excita aún más. Mi placer aumenta y nos corremos prácticamente al unísono, mientras nos restregamos piel con piel. Extasiados, nos apoyamos en el otro.

Quiero esto todos los días...

Emily

Cuando mis labios se encuentran con los de Liam, casi siento la tierra girar bajo mis pies. Su beso me llena el alma.

Después de habernos corrido, recuperamos lentamente el aliento y nos miramos. Se me escapa una risita y a él, también.

¡Qué bien sienta estar juntos de nuevo, tener esta complicidad!

Poco después, nos acurrucamos el uno contra el otro y parece que el cansancio se encarga del resto. La presión cede, al fin; el miedo desaparece, las dudas se disipan y caigo rendida en brazos del hombre del que estoy enamorada.

A la mañana siguiente, me despierto tranquilamente y me desperezo antes de recordar dónde estoy. Por un momento, me quedo mirándolo mientras duerme: su pecho sube y baja con una respiración apacible.

—Me siento observado, Em... —murmura.

Liam sonríe, y esa sonrisa brillante me transporta a otra dimensión.

De improviso, me agarra y me atrae hacia él. Noto que se le marca la erección a través de la sábana. El corazón me da un vuelco y se me pone la piel de gallina. Con una sonrisilla traviesa, me acerco a él y aparto la tela que nos separa y nos impide rozarnos.

—Buenos días... —murmura mientras me estrecha contra él.

Miro a mi alrededor en busca de los condones. Este chico es muy organizado cuando se trata de sexo, así que seguro que tiene una caja junto a la cama.

—Están en la mesilla de noche —dice, riéndose, como si me leyera el pensamiento.

Abro el cajón y saco una tira de condones, intentando no pensar en que este kit implica que suele llevar una vida sexual muy activa, y cojo uno.

Con cuidado, le enfundo el miembro, que cada vez está más erecto, y él se deja, mientras me mira con una expresión bastante sugerente y me estimula. Una vez le he puesto el condón, me agarra por las caderas y me la mete. La pasión se apodera de mí. Mientras disfruto de sus idas y venidas, le muerdo en el hombro, para no gemir demasiado fuerte. El sexo con él es una maravilla. Le agarro de la media melena y le despejo el cuello para poder acercarle la boca y morderlo suavemente. Sabe tan bien...

—Estás tan sexy recién despierta... —me susurra al oído.

Sus palabras hacen que me estremezca.

—Y veo que tú sabes qué me gusta hacer de buena mañana...

Se ríe y yo muevo las caderas, despacio. Esta vez no tengo prisa, quiero gozar de su calor, sentirlo dentro de mí y explorar su cuerpo. Su sexo rígido me acaricia con un vaivén delicioso y yo me dejo llevar. Le recorro los brazos musculosos y el torso bien definido con las manos y mientras ondeo el cuerpo sobre su miembro, le beso apasionadamente. Nuestras lenguas se entrelazan y casi desearía estar cubierta de su saliva todo el tiempo.

Cuando el orgasmo se empieza a gestar, Liam me levanta y me separa de su miembro

caliente para tumbarme boca abajo en el colchón. Allí, de espaldas, siento la presencia abrasadora de su cuerpo. Se me acerca a la nuca y se me corta la respiración. De repente, me penetra. Está decidido a follarme a cuatro y por un momento, en su habitación solo se escucha el contacto de nuestros cuerpos.

Este ángulo le permite alcanzar un punto de placer en mi interior y siento que voy a explotar. Me agarro a las sábanas e impulso mis nalgas hacia él para que siga haciéndomelo con fuerza. Es como si supiera exactamente lo que me gusta, lo que tanto necesito. Tras varios minutos de fogosidad sin límites, siento un cosquilleo en mi bajo vientre que se extiende hasta mis pezones en punta. Gimo y libero mi placer unos segundos antes de que Liam se corra. Nos precipitamos juntos al abismo y contraigo mi sexo para sentirlo dentro de mí aunque sea unos segundos más.

La pasión desenfadada de este momento tan visceral nos ha agotado a los dos. Nos tumbamos uno al lado del otro en la cama, y poco a poco, nuestras respiraciones vuelven a la normalidad. Al cabo de un minuto, ya no hay espasmos, solo calma.

La mirada de Liam está fija en mí y en sus ojos revolotean todo tipo de emociones intensas: amor, deseo y una profunda conexión; esa que solo tenemos él y yo. Me acaricia suavemente la piel y se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Oye, Emily... —murmura con la voz aún más ronca que antes.

Giro la cabeza hacia él y le dedico una sonrisa.

—¿Sí?

Duda un momento antes de hablar.

—Me estoy muriendo de hambre. ¿Pedimos algo de comer?

Me río y asiento. Liam coge el móvil, sonriente y pide comida china para los dos.

Mientras esperamos a que nos la traigan, charlamos de todo y de nada al mismo tiempo. La conversación fluye sin forzarla, como si nunca nos hubiéramos distanciado. Hablamos de nuestros sueños y nos contamos anécdotas absurdas.

Las horas pasan como segundos y, de repente, se hace de noche.

Creo que acabo de pasar un día entero desnuda, haciendo el amor con Liam Scott.

—¡No me puedo creer la hora que es! —digo, bostezando.

Liam se ríe suavemente.

—¡Cuando estás bien acompañado, el tiempo vuela!

Sonrío y me acurruco contra él.

La oscuridad que nos rodea crea una especie de burbuja íntima, que protege lo que tenemos como si de un tesoro se tratara. Sonríe con cariño y me estrecha dulcemente la mano.

—Quédate conmigo esta noche, Em...

Me late el corazón como loco de felicidad y me invade una sensación de lo más agradable.

—Me encantaría quedarme contigo, pero si paso una noche más aquí, Maddie y Cassy llamarán al FBI y harán que emitan una orden de búsqueda.

Los dos nos reímos y él me acerca para besarme en la frente. Siento la calidez de nuestros cuerpos y suspiro, satisfecha.

—Bueeeeno, vaaaale... —dice por fin, haciendo una pequeña mueca de resignación.

Aunque me encantaría quedarme, tengo que irme a la resi. Tampoco nos vendrá mal dejarlo macerar: separarnos un poco, ducharnos, ponernos algo de ropa y ver cómo conciliamos nuestra relación con las pasiones de cada uno.

Y las obligaciones, porque de esas hay una larga lista...

Liam me mira y me acaricia la mejilla con dulzura.

—¿En qué piensas?

Dudo un momento antes de responder.

—En nosotros. Creo que es mejor no hacerlo oficial todavía. No quiero que me conozcan como la novia del capitán de hockey sobre hielo, o la chica que está con el chaval más sexy del campus. Antes quiero hacerme oír, tener cierto renombre como periodista deportiva. Y tampoco me apetece que nadie piense que he hablado bien de ti en mis artículos para meterme en tu cama. Quiero mantener cierta integridad. Además, también será mejor para ti... ¿No crees?

Una no se olvida tan fácilmente de la conversación de Liam con el entrenador Franklyn...

Me muerdo el labio. Temo haberme pasado un poco de la raya al pedirle algo así, pero es importante que seamos sinceros si queremos que esto funcione.

Liam se pone serio y toma mi mano entre las suyas.

—Estoy de acuerdo. Los rumores podrían perjudicarnos a los dos. Y ahora mismo, quiero disfrutar de lo que tenemos sin preocuparnos de lo que piensen los demás. No quiero esconder lo que tenemos, Em, para nada, pero...

Le entiendo.

—Yo tampoco quiero que nos escondamos, pero es lo más prudente. Bueno, creo que debería irme a casa... —digo, decidida, al cabo de unos segundos.

Liam me coge de la barbilla y me obliga a mirarlo. Mis ojos se pierden en los suyos.

—Pase lo que pase, recuerda que quiero estar contigo.

El corazón me late más rápido y lo beso, rebosante de alegría. Nuestras lenguas se buscan con avidez y el beso se vuelve rápidamente apasionado. Pero antes de que volvamos a desnudarnos el uno al otro, aparto a Liam y me río.

Se me da muy mal ocultar las cosas, pero no me queda otra. Espero poder guardar las distancias, por el bien de los dos.

Cuando abro la puerta de mi habitación, un olor familiar me da la bienvenida. Huele a canela y especias. Aspiro el aroma, feliz. En esta habitación no podría sentirme más segura.

Cassy está volviendo a colocar unos jarrones, un par de arreglos florales y unas velitas sobre un aparador. Inclina la cabeza hacia un lado para examinar el resultado.

—¡Pero bueno, si es mi amiga, la desertora...! ¿Te quedaste anoche en casa de Maddie? ¿Os lo pasasteis bien? —pregunta, casi con indiferencia.

Siento que el corazón me late más deprisa.

Normalmente, no me costaría nada responder a esa pregunta, pero tengo un secreto que guardar, algo que aún no puedo contarle a Cassy. No creo que sea capaz de guardárselo, así que mejor no me arriesgo.

—Pues...

¡No dejes que vea que dudas, Emily!

Cassy se vuelve hacia mí y frunce el ceño, esperando a que continúe.

—¡Me quedé dormida en la redacción del periódico! ¿Te lo puedes creer? —exclamo finalmente, para no poner a Maddie en un aprieto.

Cassy entrecierra los ojos. Mi amiga tiene olfato para estas cosas y tampoco nació ayer.

—¡Ah, por eso parece que te ha pasado por encima un tráiler...! —dice con su tacto habitual. Respiro aliviada.

—Sí, tenía un montón de artículos pendientes. Cuando me he despertado esta mañana, aún me tocaba investigar de lo lindo... En fin, al final, se me ha pasado el día volando y aquí me tienes, muerta en vida.

Sigue mirándome fijamente y casi veo el humo que le sale de la cabeza. Debe estar procesando la información. Odio mentirle, pero no me queda más remedio.

—¡Tía, trabajas demasiado! —responde finalmente, aunque luce tan escéptica como siempre.

—Ya lo sé, ya... ¡Pero deja de preocuparte por mí, que no pasa nada!

Mi amiga asiente. Parece que se lo ha creído. Aliviada de que no le dé por insistir, respiro. Aun así, me siento mal por no poder decirle la verdad.

Mientras me ducho y me preparo para ir a la cama, se me hace un nudo en el estómago. No soy de las que mienten por costumbre y me pregunto cuánto tiempo tendremos que guardarnos Liam y yo nuestra felicidad para nosotros mismos.

El ambiente en la redacción del periódico del campus siempre es de lo más animado: el tecleo de los ordenadores, el bisbiseo de mis compañeros, el son rutinario del papel al pasar las páginas... Todo se orquesta en una melodía a la que, al final, una se acostumbra.

Estoy sentada en mi escritorio, absorta en mis pensamientos.

La relación que tengo con Liam es perfecta: incipiente, pero maravillosa. Seguimos quedando todos los días a la hora de comer para estudiar juntos, y a menudo nos escondemos entre las estanterías de la biblio para darnos un repaso, nunca mejor dicho.

A este paso, yo también acabaré echando un polvo en esa biblioteca...

Por las tardes, después de su entrenamiento, seguimos estudiando juntos. Bueno, y si no nos absorben los libros, nos perdemos en el cuerpo del otro. Pero aun así, conseguimos encontrar el equilibrio en las vidas tan ajetreadas que llevamos. Nuestros sentimientos no anulan nuestras responsabilidades y objetivos, y eso es lo que me gusta de nosotros. Somos conscientes de las expectativas del otro y tenemos la ambición presente en todo momento. Hasta ahora, todo va bien. ¡De hecho, Liam está sacando notazas!

Maddie y Cassy se han dado cuenta de que no ando muy disponible últimamente, pero lo achacan a mi tendencia a estudiar como una loca.

Si ellas supieran...

La verdad es que me siento culpable por dejar que piensen eso, porque, en realidad, me lo estoy pasando como nunca.

De repente, suena el teléfono fijo que tengo al lado y me llevo la mano al corazón. ¡Vaya susto me ha pegado! Aquí nunca me llama nadie. Miro la pantalla y reconozco el prefijo de Nueva York.

Curiosa, descuelgo el teléfono.

—¿Diga?

—Hola, ¿hablo con Emily Hansen?

La voz femenina al otro lado de la línea rebosa entereza.

—Sí, soy yo —respondo.

—Estupendo. Soy Laura Johnson, del *New York Post*. Hemos leído tus artículos sobre el equipo de hockey sobre hielo de la universidad y estamos impresionados con tu trabajo. Nos gustaría ofrecerte unas prácticas con nosotros.

Apenas puedo creer lo que oigo. ¿El *New York Post*, uno de los periódicos más prestigiosos de la ciudad, quiere ofrecerme unas prácticas? ¡No me lo creo! ¡Estoy flipando!

—¿Cómo es posible? ¡Muchísimas gracias! —exclamo sin poder contener mi entusiasmo—. Quiero decir, me gustaría agradecerles que me hayan considerado para el puesto...

Intento sonar un poco más profesional.

—Estamos convencidos de que no nos equivocamos contigo —responde la señora Johnson—. ¿Puedes venir a nuestra oficina este mediodía para una entrevista? Siento avisarte con tan poca antelación, pero nos gustaría confirmar lo antes posible que encajas con lo que buscamos.

Trago saliva, se me acelera el corazón y se me humedecen las manos.

Había quedado a comer con Liam...

Me muerdo el labio y mis pensamientos se aceleran. La oportunidad de hacer unas prácticas en el *New York Post* es demasiado tentadora como para dejarla pasar. Estoy segura de que lo entenderá.

—Sí, no hay problema —digo finalmente.

—Perfecto. Entonces nos vemos a mediodía en nuestras oficinas.

La señora Johnson cuelga y me quedo un momento en silencio.

¡Esto es una locura!

Cojo el móvil y escribo un mensaje rápido a Liam para avisarle.

** Hola, guapo. Lo siento, pero vamos a tener que posponer nuestra cita. Luego te cuento.*

No le doy más detalles aposta, para no gafarme. Necesito meter cabeza en ese periódico como sea. Espero que no se ofenda por haberle cancelado el plan a última hora y que se alegre por mí cuando se lo cuente todo.

Tengo el tiempo justo para ir a la resi a cambiarme y presentarme en la redacción. No dejo de pensar en el pedazo de oportunidad profesional que supone esto, pero al mismo tiempo, me preocupa cómo puede afectar a mi rutina.

¿Tendré tiempo suficiente para mi vida privada?

Mientras me pongo una americana y unos pantalones de vestir a juego, apenas puedo ocultar la emoción. Cassy anda por aquí ayudándome, porque les envié un mensaje a las chicas para darles el notición. Me tiende una taza de café y me sonrío, animada.

—Te preocupas por nada, Emily. Va a ir genial, ya lo verás.

Suspiro.

—Es que... Es una gran oportunidad y quiero causar una buena impresión.

Ella asiente y me mira.

—¡Pues con ese conjunto, vas perfecta!

Es la primera vez que aprueba el conjunto que he escogido yo. ¿Significa esto que se han alineado los astros?

Sonrío agradecida.

—Y lo vas a petar en la entrevista... —me dice, guiñándome un ojo.

El trayecto hasta el *New York Post* parece interminable y a cada paso que doy, estoy más y más nerviosa. Miles de personas se chocan entre sí en las calles y el bullicio de la Gran Manzana resuena en mi interior. Cuando por fin llego a la entrada del edificio, respiro hondo.

Firmo en la recepción y aprovecho para echar un vistazo a mi alrededor. El ambiente es

hipnótico y huele a papel de periódico en el pasillo.

Cuando me piden que suba al despacho en el que me esperan, siento que me voy a desmayar, pero sorprendentemente, la entrevista se desarrolla sin problemas. Los periodistas son profesionales y amables, y según les hablo de mi experiencia y mi pasión por la investigación, se me pasan los nervios.

—Te confieso que nos han impresionado tus artículos, Emily —dice uno de los periodistas frente a mí—. Solemos leer los periódicos estudiantiles para encontrar joyas como tú. Escasean, ¿sabes? Tenemos la costumbre buscar nosotros mismos a nuestros becarios, por eso nos pusimos en contacto contigo. Creemos que serías una excelente incorporación a nuestro equipo.

Sus palabras hacen eco en mis oídos y me late el corazón de la emoción. No me lo esperaba.

—Vaya... Muchas gracias —respondo, con la voz ligeramente temblorosa.

En cuanto cumplimos con las formalidades de rigor, salgo del despacho con una sonrisa en la cara. Respiro hondo y observo por un momento la ciudad, rebosante de vida. De repente, las calles de Nueva York parecen más brillantes, llenas de posibilidades y de sueños por cumplir. Y estoy dispuesta a aprovechar esta sorpresa del destino.

Una vez de vuelta en el campus, cojo inmediatamente el móvil y le envío un mensaje a Maddie para decirle que me han dado las prácticas. También le escribo a Liam para explicarle con más detalle por qué no podía comer con él. Su respuesta me alegra el corazón y me siento aliviada de que se lo tome a buenas.

**¡Esa es mi Em! ¡Me alegro mucho por ti!*

¿Cómo se van a resistir a tu talento? <3

Sin embargo, de repente caigo en la cuenta de que aceptar las prácticas significa que tengo que dedicar aún más tiempo a mi carrera profesional. He tomado esta decisión sin pensarlo demasiado. ¡Pero es que era una oportunidad demasiado buena para rechazarla! Aun así, no puedo evitar preguntarme cómo afectará este giro de los acontecimientos a mi relación con Liam. Acabamos de empezar y espero no haberme lanzado a los tiburones por no pensar bien las cosas.

Me gustaría tener tiempo para todo.

Al día siguiente voy al pabellón, emocionada. Tengo que escribir otro artículo sobre el equipo para el periódico de la uni y quiero asegurarme de recabar la información suficiente como para que deje huella. Sin embargo, mientras observo cómo entrenan, no puedo dejar de pensar en Liam.

Qué bueno está... Míralo, ahí, esforzándose al máximo, cubierto de sudor...

Inmediatamente, me imagino un par de cosas que me apetecería hacerle y me aferro al cuaderno para disimular.

Pero es que la forma en que Liam patina sobre el hielo, esa pasión y energía inigualables que demuestra en cada movimiento... ¡Me pone a mil! Me cuesta no correr hacia él y empotrarlo contra las gradas, pero tengo que quitarme eso de la cabeza, porque nuestra relación sigue siendo un secreto que pretendo guardar.

El tiempo vuela y para cuando los jugadores abandonan el hielo, estoy segura de que tengo material suficiente con el que redactar un buen artículo.

Liam aprovecha que sus compañeros están en los vestuarios para acercarse a mí. La luz del sol se cuela por una de las ventanas superiores y se le refleja en la frente, que le brilla por el sudor.

—Hola, preciosa... —me dice con una sonrisa.

—Hola —le respondo, coqueta.

Se me acelera el corazón cuando se acerca.

—¿Qué opinas de los entrenamientos del equipo? ¿Te gusta lo que ves? —me pregunta con una sonrisa pícar.

Me sonrojo.

—Eso siempre. Pero ya sabes, me limito a observar el partido de forma... profesional.

Sacudo el cuaderno, riendo, y él ensancha la sonrisa.

—Ah, ¿sí? En ese caso, estoy deseando leer tu nuevo artículo...

Las mariposas de mi estómago emprenden el vuelo y se arremolinan en mi bajo vientre. ¡Qué difícil es no tirarlo al suelo y comérmelo a besos!

Espero a que termine de ducharse y juntos salimos del pabellón para comer algo.

Mientras charlamos en una cafetería cercana al campus, pienso en lo fácil y cómodo que me resulta estar con Liam. Me siento tan a gusto... Me pesa mucho haber aceptado las prácticas en el *New York Post*. De repente, se me hace un nudo en la garganta.

Liam se da cuenta de que me he quedado callada sin previo aviso.

—¿Estás bien, Em?

Me fuerzo a sonreír.

—Sí, estoy bien —Mi novio consigue ver a través de mí y acabo soltando lo que pienso—. Me da miedo que no tengamos tiempo para vernos y que nos distanciamos cuando empiece con las prácticas...

Liam pone su mano sobre la mía y me obliga a mirarle.

—Oye, todo va a salir bien, ¿vale? No te preocupes. Encontraremos la manera de vernos. Tú y yo somos fuertes. Además, nuestros sueños también son importantes, ¿recuerdas?

Sus palabras me calman un poco, lo que me permite levantar la vista de nuevo y apreciar su sonrisita de *playboy*. Debería ser ilegal que una persona tenga tanto *sex appeal*¹. Me tiemblan las rodillas cuando me acaricia la mano. Su tacto me provoca un cosquilleo que se esparce por todo mi cuerpo.

Esos ojos. Esos labios... ¡Joder!

Noto que se me seca la garganta y por un momento creo que me va a explotar el corazón. Como ya no aguanto más la tensión sexual, finjo que necesito ir al baño a tomar el aire.

—¡Contrólate, Emily! ¡Hace mucho tiempo que dejaste de ser una adolescente! —me digo mirándome al espejo.

De repente, la puerta se abre detrás de mí. Liam entra al baño de mujeres.

—¿Liam, qué...?

No me da tiempo a terminar la frase antes de que cierre la puerta y apoye los brazos en ella, de frente a mí. Tiene los ojos nublados por el deseo y los labios ligeramente entreabiertos. Verlo así hace que me moje aún más. Me empotra contra la pared y me besa el cuello. Siento pequeñas descargas eléctricas en la piel y mi cuerpo arde en llamas.

Con aire decidido, Liam nos guía hacia uno de los cubículos del aseo. Sin perder tiempo, me mete la mano bajo el vestido, encuentra mis bragas y me las quita.

Menos mal que ya hace calor y no llevo medias...

Liam se baja al pilón y me lame los labios, húmedos, dilatados, que ya sobresalen entre mis muslos. Me recorre con la lengua, me succiona el clítoris y me besa la cara interna de las piernas hasta que se le humedece la barba con mi placer. Luego sube de nuevo hacia mi boca y se baja los pantalones. Una vez que se ha puesto el condón, me penetra sin pensárselo dos veces.

—Sí... —gimo.

Me siento como si algo estuviera a punto de estallar en mi interior.

Me penetra con fuerza y rapidez, con una urgencia que me pilla totalmente desprevenida. En poco tiempo, llego al orgasmo. Liam me mira a los ojos para preguntar si puede seguir hasta correrse, y mientras me folla, le lamo las comisuras de los labios. Sus manos apresan mis pechos por encima del vestido. Me embiste con su miembro erecto, tenso, ávido, y cuando al fin se corre y me lo saca, me siento vacía. Quiero más: más de su sexo, más de su piel, más de él...

Sin decir una palabra, me guiña el ojo, quita el pestillo de la puerta y sale del cubículo. El muy perverso se lleva consigo mi ropa interior. Abre la puerta del aseo y se gira por última vez, buscando mis pupilas dilatadas por el clímax.

—Me las llevo de recuerdo... —dice con picardía, sacudiéndome las bragas en mis propios ojos.

¿Pero qué...?

Y allí me quedo, de pie, frente al lavabo, con las piernas temblorosas y sin aliento. Todavía me pregunto qué acaba de pasar.

Qué calor hace, ¿no?

Cuando por fin salgo, Liam está sentado en nuestra mesa, dando sorbos a su cerveza como si no acabara de follarme salvajemente en un baño público.

Intento calmarme y me siento frente a él. La sensación de no llevar ropa interior me excita más de lo que me gustaría admitir, pero pese a todo, consigo entrar en razón.

Durante el resto de la cena, conversamos tranquilamente e intento dejar a un lado mis pensamientos sobre el futuro. Lo que siento por Liam es muy especial y estoy segura de que encontraremos la manera de seguir juntos pese a todo.

Mientras salimos de la cafetería y nos dirigimos hacia la resi de Liam, no puedo evitar cogerle de la mano varias veces, pero en cuanto vemos a alguien, se la suelto. Quiero comerle la boca aquí mismo, en medio del campus... No puedo soportarlo más, así que lo empujo un poco hacia una zona menos concurrida y le doy un beso guarro a escondidas.

Es evidente que estamos locos el uno por el otro y nos besamos con pasión y ternura. No estoy dispuesta a renunciar a algo así, por muy complicado que sea el futuro.

Volvemos a la calle transitada y, de repente, vemos de lejos al entrenador Franklyn. Instintivamente, nos alejamos un par de pasos del otro.

—¡Liam! Y Emily...

Nos mira con escepticismo, pero no dice nada.

Miro a mi novio y al entrenador varias veces, antes de despedirme y salir de allí a toda prisa.

Espero que no haya visto nada...

¹ N. de la T. Atractivo sexual.

Liam

El rapidín en el cubículo del baño ha sido una pasada. Ya tengo ganas de volver a tentar a Emily para hacérselo en mi cama. Hay tantas cosas que quiero probar con ella...

Pero justo cuando estamos llegando a la resi, después de prometer que vamos a hartarnos del cuerpo del otro esta noche, y de apresar su boca deliciosa con la mía, nos cruzamos con el entrenador.

Mierda, joder...

Emily sale huyendo, claramente incómoda, y el entrenador me mira con unos ojos que lo dicen todo.

Mis planes para esta noche se acaban de ir al traste.

—Entrenador, ¿qué se le ha perdido por aquí?

Franklyn dirige entonces su atención a Emily, que se aleja a grandes zancadas, antes de mirarme de nuevo. Me entra la ansiedad y, de repente, me pongo nervioso.

—Espero no haber estropeado tus planes para esta noche... —me dice.

—¿Qué? No, claro que no... —respondo rápidamente—. Venimos de estudiar juntos. La estaba acompañando a su resi.

—Ah, ¿sí? ¿No es la tuya la que está por aquí...? —Hace un pequeño mohín que no augura nada bueno—. En fin, he venido a verte por lo del próximo partido. He intentado llamarte, pero no contestabas, y la situación es bastante urgente.

¡Mierda, es verdad! He puesto el teléfono en silencio y como estaba con ella, ni siquiera me he preocupado de mirarlo de vez en cuando...

Asiento y espero a que continúe.

—Logan se ha lesionado. Después del entrenamiento, dijo que le dolía la pierna derecha y resulta que tiene la rodilla hecha polvo. El próximo sábado no va a poder calzarse los patines.

Silbo entre dientes.

Pues vamos listos...

Logan es delantero, y de los buenos. Es uno de los jugadores en los que suelo confiar a la hora de marcar goles. No sé qué haré sin su asistencia.

—¡Mierda, no! —digo, resoplando.

—Por otra parte, he oído que habrá un representante de la liga en el partido de pasado mañana. Creo que es una excelente oportunidad para demostrar lo que sabes hacer. Aun así, como no estará Logan, todo se complica. Eres el capitán, hijo, así que tú dirás: ¿en quién confías para que le sustituya?

Se me encoge el corazón por un instante, pero a la vez, me anima escuchar las palabras del entrenador.

Un representante de la NHL... Eso significa que mi rendimiento en este partido puede determinar mi futuro. La emoción se mezcla con la presión que de repente siento en el pecho.

—Creo que Marc será la mejor opción. Nos entendemos muy bien en el hielo. Es rápido y siempre está atento a lo que sucede en la pista. No se preocupe, entrenador: lo daré todo. Se lo prometo.

El entrenador Franklyn asiente, satisfecho.

—No esperaba menos de ti, Liam. El partido es dentro de dos días. Asegúrate de prepararte como toca. Puede que tengamos que añadir una sesión de entrenamiento extra con Marc... Habrá que ver cómo os coordináis —Piensa en voz alta.

—Me aseguraré de que estemos en la misma onda en la pista.

El entrenador asiente una vez más, complacido.

—Así me gusta. Vas a tener que esforzarte al máximo, Liam, ¿eres consciente de ello?

—Al máximo se queda corto, entrenador —respondo con determinación.

—Espero que no dejes que ninguna chica te distraiga... Este partido podría ser decisivo para tu carrera —dice antes de marcharse.

Franklyn me deja allí, solo con mis miedos.

El tiempo se me pasa volando. Estoy concentrado en el entreno. Ahora mismo solo importa el partido que nos espera. Desde la preparación física hasta las prácticas de tiro a puerta, pasando por los ejercicios de patinaje... Dedicamos cada hueco que tenemos a reforzar el entrenamiento: hay que asegurarse de que Marc y yo estamos listos para la que se nos viene encima.

Por desgracia, esta preparación intensiva también significa que no tengo mucho tiempo para nada más. No dejo de sacar móvil para decirle a mi novia que pienso constantemente en ella, pero cada vez que miro la pantalla, recuerdo que no tengo tiempo para distraerme. Estoy centrado en el partido, en mi carrera, y tengo que asegurarme de que no se me vaya la cabeza. Es la única forma de cumplir con mis objetivos. Emily lo entenderá.

El día del partido, siento que estoy en una montaña rusa. El popurrí de emociones me tiene de los nervios y en el vestuario se respira una mezcla de estrés y expectación mientras nos preparamos para la batalla. El entrenador Franklyn dice unas palabras para motivarnos y, poco después, salimos al hielo.

Empieza el juego.

El corazón me late con fuerza en la pista, junto a mis compañeros, y siento la energía, la vivacidad que me rodea. Es como si el aire estuviera cargado de una tensión eléctrica. Las gradas están abarrotadas. La afición tiene los ojos puestos en nosotros y respiro hondo para calmarme.

El representante de la NHL estará pendiente de todos nuestros movimientos y estoy dispuesto a demostrarle de lo que soy capaz. Emily también me mira y asiente para darme ánimos. Saber que está ahí y que me apoya me hace sentir un poco mejor.

El partido resulta ser bastante intenso. La acción sobre el hielo es una mezcla explosiva de jugadas a toda velocidad y estrategia. Cada tiro, cada decisión, cada pase... Todo cuenta. Mi equipo y yo vamos con todo, y yo demuestro mi pasión por el hockey sobre hielo con cada respiro.

Los minutos pasan como segundos y pronto llegamos al momento final del partido.

Mi respiración se vuelve pesada y me pongo en posición para el saque final. Queda poco tiempo de juego y estamos empatados. Me tiemblan las manos por la tensión. En algún lugar, en lo alto de las gradas, ese representante de la liga profesional está sentado, observando nuestras jugadas, por irrelevantes que puedan parecer...

Todo sucede ante mí a cámara lenta.

El juez de línea lanza el disco. Me hago con él en un abrir y cerrar de ojos y me dirijo hacia mi objetivo. Los defensas intentan pararme, pero los esquivo y finjo un pase. Utilizo las pocas fuerzas que me quedan para lanzar el disco hacia la portería contraria y contemplo, fascinado, lo que sucede ante mis ojos.

El disco pasa por encima del portero y se cuelga en la red. Levanto los brazos: la euforia corre por mis venas.

¡Hemos ganado! ¡He marcado el gol de ventaja¹!

Unos segundos después, suena el pitido final y se acaba el partido. Puede que mi sueño esté más cerca de cumplirse de lo que me esperaba...

El corazón me late con fuerza en el pecho, me quito el casco y miro hacia las gradas, donde el público enloquece. Emily sonríe de oreja a oreja y el entrenador Franklyn levanta los pulgares, eufórico. Ahora solo me queda esperar. ¿Habré demostrado lo que puedo hacer? Ojalá al representante le haya gustado lo que ha visto...

Salimos de la pista y, en el vestuario, me encuentro con un batiburrillo de emociones a flor de piel. La alegría de la victoria, el cansancio, la emoción, la esperanza... Todo se refleja en las caras de mis compañeros.

Estoy orgulloso de lo que hemos conseguido juntos, pero al mismo tiempo, me siento aturdido por la inquietud. ¿Habremos hecho lo suficiente para impresionar al representante?

—¡Buen partido, chicos! ¡Estoy orgulloso de vosotros! —digo en voz alta y les doy unos golpecitos en la espalda a cada uno.

Mientras nos calmamos un poquito y me visto para volver a la resi, no dejo de pensar en Emily. Hemos quedado en vernos en mi habitación esta noche y he tenido que inventarme una excusa para soltársela a los chicos, que querían que saliera de fiesta con ellos.

¿Liam Scott diciendo que no una fiesta? ¡Eso es nuevo!

Lo siento, pero he echado demasiado de menos a mi preciosa rubia estos últimos días y estoy deseando verla.

Sé que mi decisión de concentrarme en el entrenamiento ha sido la correcta, pero tengo que admitir que no ver a Emily ni hablar con ella durante cuarenta y ocho horas se me ha hecho difícil. Mi mente me traiciona y solo quiero pensar en lo feliz que soy con ella.

Me siento arrastrado en dos direcciones distintas: por un lado, está mi pasión por el deporte, y por el otro, el amor que siento por Emily. Es un equilibrio complejo.

De repente, la veo. Me está esperando en la puerta de la resi, con un lote de seis cervezas en la mano.

Esta chica es un tesoro...

—Capitán... —dice, alzando la voz, mientras hace una reverencia.

Cuando me acerco a ella, riendo, me aplaude. Niego con la cabeza. Me encanta esta faceta suya, tan despreocupada y feliz, risueña y adorable.

Inmediatamente, me vienen a la cabeza imágenes del polvo en el baño de la cafetería. La abrazo fuerte y, de forma instintiva, me rodea con las piernas. Me la subo a la habitación. Mientras abro la puerta, se ríe a carcajadas y me besa el cuello.

Me aprietan los pantalones en la zona de la entrepierna y la dejo caer sobre la cama sin previo aviso, antes de abalanzarme sobre de ella, sin miramientos. La beso apasionadamente mientras intento desnudarla. Aunque quiero ir despacio, mi cuerpo tiene otros planes: la necesito

aquí y ahora.

La ayudo a bajarse los vaqueros ajustados, me quito la ropa y subo por sus piernas, besándola. Su piel es tan suave y está tan buena... Emily se retuerce al tacto de mis besos y gime con fuerza cuando me detengo entre sus muslos. Se lo como, se lo relamo, la devoro.

Me encanta su sabor.

—Liam... —susurra, y el sonido de su voz ligeramente grave me excita aún más.

Bajo la mano para tocarme mientras se lo sigo comiendo y la miro a los ojos. Ella me aparta los mechones que se me caen en la cara y luego me agarra del pelo para apretarme más contra su sexo húmedo.

Se muerde el labio y siento que está a punto de correrse en mi boca, pero necesito follármela antes. Sin perder el tiempo, cojo un condón y se la meto con urgencia. Ambos jadeamos con fuerza.

Estar aquí, dentro de ella, es como transportarme a otro mundo. La sujeto por el cuello con la mano derecha y le meto el pulgar en la boca. Ella lo chupa y lo mordisquea con deseo. La tengo sujeta por las caderas y mis movimientos son firmes e implacables. Tras unas cuantas embestidas, tengo que parar para no correrme ahí mismo.

La beso, hambriento, antes de tumbarla boca abajo y penetrarla de nuevo. Emily mueve las caderas en círculos hacia delante y hacia atrás y muerde la almohada.

Esta chica me va a hacer perder la cabeza...

Le clavo los dedos en la piel mientras la sujeto por los hombros y me impulso para hacérselo con una fuerza salvaje. Me chorrea el sudor por la frente y no puedo contenerme más. Necesito hacerla mía. Con unos cuantos golpes secos y poco indulgentes, nos llevo a los dos al orgasmo.

Sin aliento y con una sonrisa de satisfacción, me aparto de ella y me tumbo a su lado. Emily se vuelve hacia mí.

Tiene el pelo alborotado y las mejillas sonrosadas, con un brillo especial que la caracteriza justo después de correrse. Me mira con los ojos llenos de amor. Durante un buen rato, nos quedamos mirándonos. Hay algo íntimo y natural en este silencio cómplice.

No creo que quiera perderme esto nunca más...

Me froto los ojos y me estiro despacio. Emily sigue tumbada a mi lado. Su sueño apacible es como un precioso momento de calma después de la tempestad que he vivido en los últimos días.

Respira con tranquilidad y no puedo evitar mirarla un momento, fascinado por la belleza que desprende. Me separo de su piel desnuda y me levanto lo más silenciosamente posible.

El perfume de nuestra pasión sigue flotando en el aire, prueba del amor y el deseo que ambos compartimos. Cuando me miro en el espejo del baño, sonrío; no puedo evitarlo. Tengo el pelo revuelto y un chupetón en el pecho.

Después de una buena ducha, me pongo ropa limpia y me dirijo a la cocina. El olor a café no tarda en invadir la habitación.

Con la taza humeante en la mano, vuelvo a mirar a Emily, que sigue dormida. Sus ojos, su sonrisa, su presencia... Todo eso significa mucho más para mí de lo que podría expresar con palabras.

Le sirvo una taza del líquido negro ardiente que llevo en la mano y la dejo en la mesilla de noche. Con cuidado, me inclino sobre ella y la beso en la frente.

—Emily... Es hora de despertarse, preciosa —susurro.

Parpadea con agitación y por fin abre sus preciosos ojos. Dibuja en sus labios una sonrisa soñolienta y no puedo evitar devolvérsela.

—Buenos días, dormilona... —le digo en voz baja.

—Buenos días —murmura mientras se despereza en la cama—. Vaya nohcecita, ¿no?

—Sí, la verdad...

Le doy la taza de café y la acepta agradecida.

—Eres el mejor —dice, dando un sorbo.

Sonrío y me siento en el borde de la cama. Me siento tan cómodo, tan contento de estar con ella... Hasta valoro estos pequeños instantes. Aun así, es la hora de afrontar los retos del día: yo tengo una formación y Emily empieza sus prácticas en el *New York Post*.

Mientras se viste, solo puedo mirarla, fascinado.

Es tan guapa...

—Estás increíble —le susurro.

Ella sonríe y me guiña un ojo.

—¡Tú tampoco estás mal! —contesta, de repente.

Me dan ganas de desnudarla a toda prisa y pasar el resto del día en la cama con ella, pero me obligo a pasarle el bolso.

Em me da un beso tierno antes de darse la vuelta y marcharse.

Pues nada, me espera un día lleno de retos y posibilidades, pero tengo la sensación de que, con Emily a mi lado, puedo superarlo todo.

La pista me recibe con sus sonidos de siempre: la fricción de los patines y el choque de los palos sobre el hielo. Pero después del entrenamiento, hay una novedad.

Chase y yo estamos aún en el hielo, como todo el equipo, pero esperando al entrenador Franklyn. Nos ha dicho que quiere hablar con nosotros un momento, y no puedo evitar estresarme.

Por suerte, no tarda en aparecer y nos lleva a los dos a su despacho. Sonríe, así que espero que tenga buenas noticias. A cada paso que damos, siento cómo aumenta mi emoción.

—Sentaos, chicos —dice, señalando las sillas frente a su escritorio.

Tomamos asiento y él se inclina hacia delante para mirarnos seriamente.

—Quería deciros personalmente que el representante del último partido quedó muy impresionado con vuestro rendimiento en la pista.

El pulso me late con fuerza en los oídos mientras intento concentrarme en sus palabras. Siento que hemos ganado este asalto. Chase y yo nos miramos, sonriendo de oreja a oreja.

El entrenador Franklyn también sonríe.

—De hecho, no solo quedó impresionado por vuestra destreza deportiva, sino también por vuestros expedientes académicos. Liam, ¡has hecho bien en ponerte las pilas! Cree que ambos tenéis un gran potencial. Está convencido que tenéis lo que hace falta para llegar lejos en la NHL.

Las palabras del entrenador se quedan suspendidas en el aire y apenas puedo creer mi suerte. La NHL es el sueño de todo jugador de hockey sobre hielo. Al menos, lleva siendo el mío desde que era un niño. Chase también parece necesitar asimilar lo que le acaba de decir Franklyn, porque no reacciona.

—Ya se ha puesto en contacto con varios equipos que están dispuestos a venir a veros en los

próximos partidos, por lo que es posible que os fichen en el futuro.

Apenas podemos contener la alegría. Me invade un sentimiento de gratitud y orgullo y no puedo evitar pegar un salto.

—¿En serio? ¡Qué locura! —exclamo.

Chase está tan emocionado como yo.

—¡Lo hemos conseguido, tío!

El entrenador Franklyn asiente, pero mantiene la cara seria.

—Bueno, no os emocionéis, chicos. Tenéis el talento y la determinación para llegar lejos, pero ahora os toca trabajar duro y aprovechar esta oportunidad. El mundo del hockey profesional es todo un reto, pero si hacéis el esfuerzo necesario, lo conseguiréis.

Las palabras del entrenador me calan hondo. Esta oportunidad es un regalo caído del cielo y estoy dispuesto a darlo todo para no quedarme atrás.

Chase y yo nos miramos y veo que está igual de decidido a ir a por todas.

—No la cagaremos, entrenador —le digo, seguro de mí mismo.

Él sonríe con orgullo.

—Sé que no lo haréis. Os lo habéis ganado.

Nos explica los detalles para lo que se avecina y poco después, salimos juntos de su despacho con una sensación de euforia que jamás conseguiríamos expresar con palabras.

De camino a los vestuarios, sigo sin creerme mi suerte. ¡Es como si estuviera a punto de cumplir mi sueño! Si doy un último empujón, si demuestro la pasta de la que estoy hecho en los entrenos y en los partidos, tengo posibilidades de que me seleccionen. ¡Y Chase está en las mismas!

Y mientras me quito la equipación, siento que la disciplina que me he impuesto, lo mucho que he trabajado y los sacrificios que he hecho han merecido la pena.

Chase y yo nos miramos y no nos hace falta hablar para saber lo que piensa el otro. Se nos han abierto las puertas del éxito y estamos dispuestos a pasar por ellas sin pensárnoslo dos veces. Somos todo nervio y alegría, así que decidimos ir a celebrarlo a un bar que nos gusta, fuera del campus.

La idea de que esta sea la primera etapa de un viaje apasionante confiere cierta magia al local. El bar está a rebosar y parece que todos están de fiesta. La gente ríe, charla y disfruta del momento. Chase y yo buscamos una mesa y nos pedimos un par de cervezas.

Cada sorbo que damos es como un brindis por el futuro brillante que nos espera. Hoy no hay nada que nos pueda quitar la sonrisa. La euforia dura un rato, hasta que recuerdo que aún no se lo he dicho a Emily. Con la alegría del momento, se me ha pasado...

¡Seré inútil!

Saco rápidamente el móvil del bolsillo y le envío un mensaje. Mientras espero su respuesta, el bar se va llenando cada vez más. El ambientazo solo hace que mejorar por momentos.

Unos minutos después, se enciende la pantalla del móvil y en ella leo:

** ¡Qué ilu, Liam! ¡Estoy contentísima por ti y por Chase!*

Perdona, ya tengo planes para esta noche con las chicas y no podré pasarme a celebrarlo, pero brindaré por vosotros, aunque sea con una taza de café :)

Sus palabras me hacen sonreír. Aunque no pueda estar allí, sé que está orgullosa de mí y eso me entenece el corazón. Vuelvo a bloquear el teléfono y Chase brinda conmigo. Promete ser

una noche inolvidable y estoy decidido a disfrutar de cada minuto. Creo que me merezco un respiro antes de volver a la carga, aunque sea solo por una vez...

El tiempo vuela y, antes de que me dé cuenta, es medianoche. El bar sigue lleno, la música suena a todo volumen y parece que el *buenrollismo*² ha alcanzado su punto álgido. Al cabo de un rato, noto que algunas chicas nos están echando miraditas. Es evidente que están intentando acercarse a nosotros. Se huele su interés a kilómetros a la redonda. Sin embargo, a pesar de la magia del entorno, no dejo de pensar en Emily. Rechazo con educación sus insinuaciones y sigo bebiéndome la cerveza.

Chase me mira y se ríe.

—Joder, *bro*, ¿y tú quién eres?

Sonrío.

—¿Que quién soy? ¿Qué pasa, que no puedo tener la fiesta en paz, solo con mi mejor amigo?

Chase asiente y me devuelve la sonrisa.

—¡Obvio, tío! —responde.

Una hora más tarde, volvemos al campus. Las luces de la ciudad nos envuelven con un suave resplandor. La noche aún es nuestra. Vamos haciendo eses y repitiendo las mismas historias de siempre, entre risas.

—¿Recuerdas cuando la señora Marshall nos obligó a limpiar las hojas muertas de su jardín?

—¡Claro que me acuerdo! ¡Uf! Decidiste que era buena idea jugar con el soplador de hojas de tu padre, ¡y las esparciste por medio barrio!

—No, no, no, colega. ¡Me convenciste de que lo hiciera! Yo soy...

De repente, de entre las sombras, surge una silueta que se interpone en nuestro camino y le bloquea el paso a Chase.

—Pero ¿qué...?

La adrenalina corre por mis venas al percibir el brillo de un destornillador en la mano del tipo que nos está plantando cara.

—¡Dadme la pasta que llevéis encima! ¡Venga, joder! —gruñe.

Chase y yo intercambiamos una breve mirada. Estamos de acuerdo en algo: ¡Ni de coña se lo vamos a poner fácil! ¡Habrà que echarle huevos! Las hemos pasado canutas antes, así que no vamos a dejarnos intimidar por un atracador, y menos ahora, que estamos de fiesta. Además, le superamos en número, somos bastante fuertes y más jóvenes que él.

Por desgracia, olvidamos el factor borrachera. La verdad es que vamos como una cuba...

Sin dudar, nos lanzamos sobre él y le intentamos quitar el destornillador de las manos, pero él se resiste más de la cuenta y acabamos pegándonos de una forma bastante caótica.

El dolor se apodera de mí cuando siento un pinchazo en el estómago, pero sigo decidido a luchar. Chase le atiza como puede y, entre ambos, intentamos plantar cara a nuestro atacante. Se nota que no es la primera vez del atracador, y en un milisegundo, aprovechando que estamos aturdidos, esquiva nuestros golpes y nos tumba de un puñetazo a cada uno. Me doy con la cabeza contra el asfalto y lucho por no perder la consciencia.

El ladrón rebusca en los bolsillos de nuestras chaquetas y se hace con nuestras carteras, antes de salir corriendo.

¿Qué coño ha pasado?

Me pongo de pie a cámara lenta, tambaleándome y observo con rabia su sombra a lo lejos, al girar la esquina. Mientras busco a tientas en mi chaqueta lo que sé que ya no está, siento que algo

líquido me calienta el estómago. Mi ira se convierte en horror al darme cuenta de que estoy sangrando. Ha debido clavarme el destornillador tanto en el brazo como en el estómago, pero creo que me ha desgarrado un poco la tripa y tengo una herida muy fea que me llega hasta la cadera. También me sangra la frente, pero creo que eso es por darme de lleno contra el asfalto. El dolor empeora por momentos y trago saliva.

—¡Eso, huye, cerdo cabrón! ¿Chase? Chase, ¿estás bien?

Me giro hacia mi mejor amigo, que sigue tirado en el suelo. Respira con dificultad y su camiseta se está volviendo de un tono granate oscuro en la zona en la que le ha agredido.

—¡Mierda, joder! ¡Chase!

Me tiro de rodillas a su lado y me sonrío con dificultad.

—Somos un poco mantas en esto del cuerpo a cuerpo, ¿eh? —dice—. Si contamos esta historia, tendremos que adornarla un poco a nuestro favor...

—¿Estás bien, tío? —le pregunto, preocupado, al verlo tan pálido.

—Bueno, he estado mejor, la verdad... Pero no creo que sea tan grave. En fin, dolerme, me duele bastante, vaya...

Intenta incorporarse y yo le empujo hacia atrás para que no lo haga. El corazón me late con fuerza. Cojo el móvil y marco el número de emergencias. Por suerte, lo llevaba en el bolsillo de los vaqueros, así que el atracador no me lo ha quitado.

En cuanto descuelgan, explico la situación a toda prisa, nervioso. Poco después, llega la ambulancia, seguida de un coche de policía, y la tensión se sustituye por una sensación de alivio.

Mientras nos toman declaración sobre el incidente, disocio. Me duele todo el cuerpo, tengo frío y se me está pasando la mona. De repente, el mundo me parece un lugar peligroso. La realidad me ha pegado una bofetada en plena cara...

Los polis charlan entre sí mientras nos suben a una ambulancia que nos lleva al hospital más cercano, con luces intermitentes y sirenas a todo volumen.

El dolor de las heridas del destornillador me escuece. La litera se zarandea en el vehículo, pero me niego a tomar nada para aliviar el dolor, por miedo a que deje rastro en mis próximos análisis de sangre. No quiero que me descalifiquen por una pelea tan estúpida. Prefiero esperar a que me conteste el entrenador. Le he escrito para preguntarle. ¡No me importa que me duela mientras tanto!

Miro a Chase, que está tumbado a mi lado, con la tez pálida.

No tardamos en llegar al servicio de urgencias y el personal de enfermería nos rodea. Por suerte, las heridas causadas por el destornillador no son profundas, pero el dolor es intenso. El corazón me late por todo el cuerpo, incluso en las sienes.

Los minutos se alargan hasta convertirse en horas, y la presencia de los médicos y las enfermeras nos tranquiliza. Por fin, el entrenador Franklyn me dice, en pocas palabras, que me deje de gilipolleces y que me tome algo para aliviar el dolor. La verdad es que lo agradezco.

Chase y yo estamos en observación, él porque tiene un buen boquete en el pecho y yo, un golpe en la cabeza. Quieren asegurarse de que no tengo una conmoción cerebral. El monitor que muestra el ritmo de mis latidos emite sonidos agudos y eso no me calma mucho, para qué mentir.

No puedo dejar de pensar en la rapidez con la que todo puede irse al traste. El camino por el que nos hemos metido ahora está lleno de incertidumbre, y empiezo a pensar que todo esto podría repercutir de forma negativa en los futuros entrenamientos, en los resultados de los partidos y, por ende, en nuestras carreras.

¡Me cago en todo!

Y aquí sigo, tumbado y dándole vueltas a lo que ha pasado en las últimas horas. De repente, unos pasos apresurados resuenan en el pasillo y oigo el susurro de unas voces un tanto apuradas. La puerta de mi habitación se abre y aparece Emily, seguida del entrenador Franklyn.

Se me aceleran los latidos del corazón cuando la veo y todo el dolor parece desvanecerse por un instante. Me mira preocupada, pero también decidida a animarme. Su presencia es como un halo de luz en la oscuridad. Tenerla aquí me da esperanzas.

—¡Em! —exclamo con la voz ronca.

Corre hacia mí sin dudarlo. Tiene los ojos vidriosos. Me abraza con tanto cariño que, por un momento, olvido dónde estoy y lo que ha pasado. Es tan reconfortante... Como si el mundo que nos rodea desapareciera y solo existiéramos nosotros dos.

—He venido lo más rápido que he podido, nada más leer tu mensaje. ¡Estaba muerta de miedo por ti! —murmura, todavía entre mis brazos.

La estrecho aún más para calmarla.

—Estoy bien. Los dos estamos bien...

El entrenador está de pie junto a nosotros. No deja de mirarnos a Chase y a mí.

—Sois un par de idiotas —dice sacudiendo la cabeza—, pero me alegro de que estéis sanos y salvos.

Chase, que sigue tumbado en la camilla, sonrío y suelta por esa bocaza:

—¡Pero lo que cuenta es que nos hemos defendido, entrenador!

Emily se separa de mí y se acerca a él. Le pone una mano en el hombro y le dedica una sonrisa alentadora.

—Y mira cómo habéis acabado por cabezotas... —dice, entre suspiros.

Ya que han venido a vernos, les contamos brevemente lo sucedido y la tensión se disipa ligeramente.

Emily vuelve hacia mí y se sienta en el borde de la camilla. Me busca la mano y su calor se extiende por todo mi cuerpo. De no ser por ella, no sé cómo tendría los ánimos ahora mismo...

—Casi se me para el corazón cuando leí tu mensaje —dice en voz baja, con los ojos fijos en los míos.

—Estoy bien, Emily... —repito—. Las heridas no son profundas, solo nos tienen en observación. Pero aun así, me alegro de que estés aquí.

Le beso la mano y ella sonrío suavemente.

De repente, Chase carraspea y nos devuelve a la realidad. Atónitos, levantamos la vista y nos turnamos para observar a los testigos de lo que no podría ser más evidente.

Parece que, al estar absortos en la alegría de nuestro reencuentro, nos hemos olvidado de que Chase y el entrenador Franklyn estaban justo enfrente.

Mierda... Creo que nos han pillado con las manos en la masa...

¹ N. de la T. Es el gol que pone a un equipo por delante de otro cuando ambos van empatados. En este caso, además, se trata del gol de la victoria.

² N. de la T. Neologismo del español actual, formado a partir de «buen rollo». Se refiere a la alegría generalizada.

Emily

Miro a Chase y cuando nuestras miradas se cruzan, vuelvo a la realidad con una brusquedad nunca vista.

Mierda, ¡me había olvidado de que esos dos seguían aquí!

Tensa, miro al entrenador, que no se inmuta y se limita a mirarnos con los brazos cruzados. Chase nos sonríe y nos pone ojitos pillines.

Me entran los calores y me sonrojo. Me vuelvo hacia Liam, que se aclara la garganta y busca las palabras adecuadas.

—Sí, bueno... Esto... —empieza a justificarse.

Chase levanta una mano para interrumpirlo.

—Tranqui, *bro*. Lo sé desde hace tiempo y me alegro por los dos.

Sonríe con afecto.

Respiro un poco más tranquila. Significa mucho para mí que Chase reaccione así. Sé que es una persona muy importante para Liam, así que necesitaba que se lo tomara a buenas.

—Eso explica muchas cosas... —La voz del entrenador Franklyn suena desde la esquina de la habitación.

El aire se carga de tensión de nuevo y Liam me agarra de la mano con fuerzas.

—Liam, ya te he dicho en más de una ocasión que este tipo de líos te distraen de lo importante... —Mira fijamente a Liam antes de continuar—. Pero me parece que esto es algo más que una distracción, ¿verdad?

Una leve sonrisa aparece en su rostro.

—Vosotros, par de descerebrados, me habéis dado un susto enorme y... me alegro de que tengas a alguien que se preocupe tanto por ti, Liam. Es precioso —dice, con la voz rota.

No puedo creer lo que estoy oyendo. Miro al entrenador Franklyn con asombro.

¿Se acaba de emocionar?

Una enfermera elige este preciso momento para entrar en la habitación y eso nos permite pasar a otra cosa. Comprueba los monitores y se vuelve hacia nosotros antes de decir:

—Perdonen, pero el horario de visitas ha terminado. Sintiéndolo mucho, tienen que irse ya.

Me despido de los chicos con cierta reticencia. Me gustaría pasar la noche aquí, con Liam. Mi chico sonríe sin fuerzas y veo lo cansado y tristón que está.

Tomo su mano entre las mías y la estrecho suavemente.

—Volveré mañana, en cuanto pueda. Te lo prometo.

Sonríe cansado y me aprieta la mano con brío.

—Gracias, Em. Siento haberte asustado...

Antes de irme, me inclino hacia él una vez más y lo beso con ternura. Ahora que Chase y el entrenador lo saben, ¡no pienso cortarme!

—Hasta mañana. ¡Descansad, chicos! —les ordeno a ambos, mientras le sacudo la mano a mi novio.

En el camino de vuelta al campus, me siento un poco vacía. Aunque sé que Liam está en buenas manos y fuera de peligro, no puedo evitar preocuparme. No consigo librarme de la sensación de que podría haberlo perdido esta noche, allí mismo, en tan solo un abrir y cerrar de

ojos. Ese miedo se ha instalado en mi interior y ahora me doy cuenta de que ha pasado a ocupar un lugar muy importante en mi vida.

Me froto las manos, nerviosa.

Lo bueno de todo esto es que tanto Chase como el entrenador saben que estamos juntos, lo que le quita cierto peso a nuestro secretito. Es más, ¡han reaccionado bien! Sé que para Liam era importante no decepcionar al entrenador, y me alegro de que no nos haya gritado a la cara que es un error.

Llego a la puerta de mi habitación, saco el móvil y marco el número de Maddie. Necesito a alguien a quien contarle todo esto. Cuando descuelga, las palabras me salen solas y le explico entre lágrimas toda la situación: mi relación con Liam, el atraco, sus heridas, el miedo que siento... Todo.

Maddie me responde con voz tranquilizadora.

—Ay, cariño... Menos mal que los chicos están bien. ¿Estás mejor? ¿Quieres que vaya?

—Sí, tranquila, mucho mejor, pero es que estaba tan asustada... —respondo.

—Ya me lo imagino. Bueno, gracias por contarme lo de vuestra relación. Te ha costado un poco, pero me alegro de que lo hayas hecho al fin.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar. Recupero la compostura y le pregunto:

—¿Lo sabías?

Ella se ríe.

—Me lo olía, sí. Teniendo en cuenta lo que me contaste la última vez sobre vosotros dos, sobre lo que sentías por él, y después de todas esas noches en las que, supuestamente, te habías quedado frita en la redacción... ¡Chiqui, que soy la última en echar la llave siempre! Y eso de que «te surgían planes» que te impedían quedar con Cassy y conmigo... ¿Cómo no voy a sospechar, amorcín?

Me sonrojo.

—Lo siento... No debería habértelo ocultado.

—Calla, anda... Emily, ya te lo he dicho mil veces: que seamos mejores amigas no significa que tengas que contármelo todo. Necesitabas tiempo, así que no me importa. Además, imagino que no querías que nadie lo supiera.

—Pues no... Gracias Maddie... De verdad.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

Agradecida y mucho más tranquila, cuelgo y me dejo caer sobre la cama.

Al día siguiente, emprendo el camino al hospital con una mezcla de nerviosismo y expectación. Quiero asegurarme de que están mejor y decirles que no duden en avisarme si necesitan algo.

Cuando llamo a la puerta de la habitación del hospital y entro, me recibe un impresionante escaparate de flores, peluches y regalos. La habitación rebosa color y alegría, y no puedo evitar reírme. Al parecer, mucha gente se ha enterado del incidente y quiere animar un poquito a esos dos.

Echo un vistazo a una de las tarjetas, que está atada a un osito de peluche que sostiene un corazón entre sus patas, y chasqueo la lengua cuando leo que es de una de las admiradoras de Liam.

Bueno... ¡Tampoco es que me sorprenda!

Hay un hombre que no conozco sentado entre ambas camas, charlando con Liam y Chase. Supura autoridad por los poros.

Cuando entro, pone fin a la conversación y se vuelve hacia mí.

—Volveré a veros en el próximo partido —dice, antes de levantarse y despedirse de mí con la cabeza.

¿Será este el representante del que me habló Liam?

Sonrío tímidamente y doy un paso atrás para no interponerme en su camino hacia la puerta. Una vez que ha salido, me acerco a los dos convalecientes. Saludo a Chase y beso a Liam, que me dedica una preciosa sonrisa.

—¿Cómo vais hoy?

—Ahora que estás aquí, ¡mucho mejor! —responde Liam, riendo.

Chase asiente.

—Bueno, yo no me alegro de verte por las mismas razones, pero gracias por venir, Emily. ¡Esto es un coñazo!

—Bueno, no será porque no tenéis cartas para leer... —digo con picardía.

Liam y Chase se ríen.

—Es de locos... Nunca pensé que recibiríamos tantas. Pronto nos darán el alta, pero al parecer, la Peña del Campus debe pensar que estamos muertos... —suelta Chase.

Liam me agarra con fuerza la mano. Le brillan los ojos.

—Por cierto, ese que acaba de salir es el representante del que te hablé, el señor Turner.

Miro hacia la puerta.

—Pues sí que le habéis impresionado... Ha venido aquí mismito, en persona.

Chase sonríe antes de decir:

—Bueno, según él, pinta que tendremos un buen futuro, lo cual me tranquiliza, y más teniendo en cuenta que no vamos a estar muy finos en los próximos entrenos... En fin, pronto nos recuperaremos.

Liam asiente. Se le ve decidido a superarse. El sueño que persiguen es cada vez más tangible, y estoy seguro de que harán todo lo posible para hacerlo realidad.

Se me pasa el tiempo volando con ellos, y de repente, me doy cuenta de que va siendo hora de que me vaya. Tengo que volver al *New York Post*: no puedo permitirme llegar tarde.

Siento un cosquilleo en la tripa. Llevo un horario bastante exigente: entre las clases, el trabajo en el periódico, las prácticas y mi relación con Liam... No hay tregua. Aun así, no lo cambiaría por nada. Es más, desde el minuto uno, en las prácticas me han dado temas interesantes sobre los que escribir artículos cortos. Hasta ahora, los comentarios sobre mi trabajo han sido positivos. Aun así, es cierto que me cuesta adaptarme al ritmo de escritura. Me siento como si trabajara constantemente a contrarreloj, porque allí los plazos para dejarlo todo a punto todo son bastante ajustados.

Me despido, le doy un beso a mi novio, que pese a todo, está tan sexy como siempre, y recojo mis cosas a toda prisa.

Al salir del hospital y dirigirme al *New York Post*, me meto en el papel de Emily, la periodista, y alejo de mí el dolor que me encoge el corazóncito por dejar allí a Liam.

Llego al periódico justo a tiempo y mi supervisor se me acerca a paso ligero.

—¿Lista para otro duro día de trabajo, Emily? —me pregunta con cara seria.

Trago saliva.

—Sí, señor Roberts, estoy más que preparada.

—Tengo un trabajo de investigación para ti.

Bueno, así me distraigo un poco...

Mi jefe me entrega enseguida un montón de documentos.

—Hay un evento importante la semana que viene y quiero que investigues de forma exhaustiva al ponente invitado. Necesito un informe detallado al final del día.

Asiento y cojo los documentos.

Me siento en mi escritorio y mis pensamientos se alejan poco a poco de lo que ha sucedido en las últimas veinticuatro horas. La investigación que me ha pedido mi supervisor requiere toda mi concentración y no hay lugar para errores.

Según va pasando el día, reúno material suficiente para redactar mi informe. Me siento frente al ordenador y escojo la información relevante. Mientras escribo, me siento realizada. El trabajo me tranquiliza y me ayuda a organizar mis pensamientos. Es como si hubiera encontrado un remanso de paz en medio de la tormenta. Una vez termino el informe, se lo entrego a mi supervisor y recojo mis cosas para volver a casa.

De camino, hago balance de mi día. No es fácil compaginar el ámbito de lo personal con el profesional. Y además de todos estos retos, también tengo que prestar atención a mis necesidades y a las de la gente que me rodea.

Suspiro.

Conque esto es ser adulta, ¿eh?

El cansancio acumulado de los últimos días aparece de repente cuando entro en mi habitación. Aprovechando que no está Cassy, me dejo caer en el sofá y cierro los ojos unos segundos.

Después de permanecer así unos minutos, me incorporo y saco el móvil. Le envío un mensaje a Liam para decirle que mañana no podré ir al hospital. Me cuesta ceder, pero necesito tiempo para concentrarme en mis deberes de la universidad, con los que ya voy atrasada por las prácticas. Ir y venir del campus al hospital lleva tiempo y lo último que necesito es tener más distracciones... Además, tengo que admitir que estoy agotada.

Espero que lo entienda, aunque nada me gustaría más que volver a verlo...

Emily

Entro en la facultad con un regustillo amargo. Me he pasado prácticamente toda la noche poniéndome al día con los deberes y estudiando para un examen. Vamos, que estoy hecha polvo y, encima, de mala uva.

Al cruzar el pasillo, me llama la atención un gran cartel en la pared. Parece que el baile del fin de la primavera es dentro de quince días. Se me ha pasado el semestre volando...

La idea de una noche de diversión y desfase me parece tan sugerente como remota en este momento. Aun así, me siento tentada de ir.

Me apoyo en la pared y contemplo la imagen y sus colores. De momento, los bailes universitarios son eventos que he conseguido evitar. No me apetecía ir con Cassy y Maddie. Son más bien noches de pareja y estaba segura de que acabaría haciendo de sujetavelas, pero esta vez me siento diferente. Estoy en una relación que, aunque aún es secreta, es muy importante para mí. Hay una parte de mí que desea presumir delante del campus de lo feliz que soy. Puede que ya vaya siendo hora de que Liam y yo lo hagamos oficial... Además, le echo de menos y como no he podido ir a verle, estoy depre.

Cuando entro en el aula, me invade un popurrí de agobio y curiosidad. Un mensaje de Liam me saca de mis pensamientos y me hace sonreír por primera vez en el día.

** Hola, guapa. Adivina: hoy me dan el alta. ¿Podemos vernos esta tarde-noche? ¡Tengo que contarte una cosilla!*

Me alivia saber que está mejor. Tengo muchísimas ganas de verle y me muero de curiosidad por eso que quiere contarme, pero aún me queda trabajo por hacer. Le digo que me pasaré a verlo tirando a tarde, pero que estoy deseando comerle la carita, y vuelvo a concentrarme en la clase.

Más tarde, cuando voy al periódico del campus a recoger la lista de artículos que tengo que escribir, el editor jefe me pilla por banda, como si estuviera esperándome.

—¡Hola, Emily!

—Hola, David —le saludo, sorprendida de que haya venido a hablar conmigo, ya que normalmente está hasta arriba de trabajo y presta poca atención a sus subordinados.

¡Al fin y al cabo, sigo siendo una novata!

—¿Cómo van tus prácticas en el *New York Post*?

—Eh... Muy bien, gracias.

—Es todo un logro que te hayan ofrecido unas allí, sobre todo siendo una novata de primer curso. ¡Espero que te des cuenta de la suerte que tienes! —exclama, con la boca fruncida, como si estuviera molesto y quisiera que lo contrataran a él en mi lugar.

Chaval, no es culpa mía que les haya gustado...

—He visto que han publicado la lista de jugadores que van a fichar probablemente en la NHL... —añade.

El corazón me da un vuelco.

He estado tan ocupada que ni siquiera he echado un vistazo al número de hoy, ¡y no sabía que la lista salía ya mismo! Estoy impaciente por saber si figura quien yo me sé... De repente, se

me forma un nudo en el estómago por la aprensión, como si fuera mi futuro el que dependiera de ello.

—¿Ah, sí? —Finjo, ya que no podría haberme pillado más desprevenida.

—Sí y, al parecer, dos miembros de nuestro equipo universitario parecen estar en una buena posición. Es maravilloso, ¿no?

Se me seca la boca.

—Me gustaría que escribieras un artículo sobre ellos.

—¿Y quiénes son? —le digo, a fin de acabar con este suspense insoportable.

—Chase Carter y Liam Scott. Ambos tienen un talento prometedor y tengo claro que a nuestros lectores les interesaría saber más sobre ellos. Los conocen, porque si no me equivoco, han jugado en todos los partidos de hockey desde el comienzo de la temporada.

Se me acelera el corazón y asiento, intentando disimular la emoción.

—¡Vale, me parece muy buena idea!

—Bueno, no hace falta decir que me gustaría que indagaras un poquito más de la cuenta...

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres con «indagar más de la cuenta»?

—Bueno, ya sabes... Encuentra algo que llame la atención, que sorprenda y cautive.

Ante mi silencio y la forma en que me niego a entender lo que dice, David añade con un suspiro:

—¡Algo con morbo, Emily!

Me quedo a cuadros. La idea de escarbar en las vidas de Liam y Chase en busca de escándalos me parece repugnante. Ya sé que soy periodista y que mi trabajo consiste en contarle al mundo lo que todos desconocen, pero también me rijo por ciertos principios. ¡Las historias interesantes no tienen por qué ser salseos!

—Entiendo que busques una historia apasionante —respondo, algo reacia—, pero no creo que ponernos sensacionalistas le venga muy bien al periódico. Deberíamos comentar que son excelentes jugadores y que rinden como nadie, y no dejarnos llevar por el cotilleo.

David suspira, molesto.

—Emily, tú quieres ser periodista, ¿verdad? Pues para eso, hay que ensuciarse un poco las manos. No creas que los galardonados de los Pulitzer se han pasado la vida tirándoles flores a los demás. Un poco de controversia hará que el periódico sea más atractivo.

Que sí, crack, que lo he pillado. Así, de paso, te lloverán alabanzas de tus colegas de profesión...

Entiendo lo que busca, pero de ahí a traicionar mis principios...

—Bueno, si no, siempre puedo poner a otra persona. Eso sí, ya sabes lo que pasará si los del *New York Post* se enteran de que te estás poniendo especialita con los temas que cubres para nuestro periódico...

El muy imbécil dibuja una sonrisa cómplice.

¡Será gilipollas...!

Mi trabajo en la redacción se refleja en mi expediente académico, y si me pone mala nota, ¡adiós a las prácticas!

De repente, me siento entre la espada y la pared y me cuesta pensar con claridad. No puedo ponerme a difundir rumores absurdos sobre Liam y Chase. ¡Eso sería horrible! Por otro lado, siempre he soñado con ser periodista y el periódico del campus es un paso importante, además de obligatorio, en mi carrera.

Cierro los ojos y respiro hondo. Asiento a regañadientes y salgo de la redacción con sentimientos encontrados.

Sé de sobra que los periodistas tienen la responsabilidad de garantizar que se cubra la actualidad con cierto rigor y dentro de los límites de la ética profesional. Hasta ahora, siempre he respetado este principio, pero ahora...

Mientras vuelvo a la resi, reflexiono sobre el equilibrio entre la moral y lo que me exigen en el periódico. En general, la línea que separa un reportaje interesante del periodismo sensacionalista es bastante difusa. Esperaba no encontrarme nunca en una situación así y tener que replantearme mis principios. Además, se trata del hombre del que estoy enamorada y de su mejor amigo, lo que complica aún más la situación.

Al final, todo gira en torno a la supuesta noción de imparcialidad. ¿Qué pensarán los demás cuando descubran que me acuesto con Liam Scott? ¿A tomar viento la integridad periodística!

Me siento en mi escritorio y miro fijamente la pantalla del portátil. Tiene que haber alguna forma de cumplir con lo que me ha pedido David sin poner en peligro mis amistades, mi relación o mi carrera.

Quizá debería empezar por Chase. Es la parte más fácil. Nos llevamos bien, pero tampoco somos amigos de toda la vida. Lo de Liam es más difícil. Además, puede que, por mucho que escarbe, no encuentre nada.

Suspiro.

Aunque me ponga a buscar en Internet, no bastará, así que voy a empezar por las redes sociales. Ahí hay de todo. Me sorprende la facilidad de algunas personas para compartir su vida con el mundo entero. Cuando acabe, me pasaré a entrevistar a algunos miembros del equipo.

Se me pasa la tarde en un pispás y de repente me doy cuenta de la hora que es. Recojo mis cosas a toda prisa y salgo pitando. Le prometí a Liam que iría a verle al final del día. Se me había olvidado que estaba en la lista de fichajes de la NHL y supongo que querrá hablarme de ello esta noche.

Cuando llego a la puerta de su habitación, llamo y él me abre a la velocidad del rayo. Liam está frente a mí, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Em! —exclama emocionado y me da un fuerte abrazo.

Ahora, en sus brazos, donde me siento tan feliz, me doy cuenta de lo mucho que lo he echado de menos. Inspiro su aroma. Esta noche, hay algo distinto en Liam: la emoción baila en sus ojos.

—Tengo que decirte una cosa... —dice, eufórico, incapaz de ocultar la emoción.

Sonrío para mis adentros.

Está tan mono así de feliz...

Imita un redoble de tambor antes de continuar.

—¡Lo he conseguido! ¡Estoy en la lista del *draft*! ¡Y Chase también! ¡Es una locura!

Se me dibuja una sonrisa en la cara. Intento parecer sorprendida. No quiero chafarle y decirle que ya lo sabía.

—¡Qué pasada, Liam! ¡Enhorabuena!

Le doy un fuerte abrazo y lo beso con ganas. Se le ilumina la carita de orgullo y le brillan los ojos.

—Casi no me lo creo. Bueno, ¡todavía no lo he conseguido! Los próximos partidos serán cruciales para la clasificación, pero el señor Turner nos ha asegurado que él se encargará de traer a los cazatalentos que puedan estar interesados en ficharnos. Que nos vean jugar es una gran oportunidad y significa que aún tenemos muchas posibilidades de llegar a la liga profesional.

Le pongo las manos en las mejillas para que me mire.

—Estoy muy orgullosa de ti. Has trabajado mucho y te lo has ganado.

Liam sonríe y me abraza una vez más. Hablamos un rato sobre sus planes de futuro y los próximos partidos. Entonces decido desviar la conversación hacia otro tema.

—Por cierto, he visto que pronto se celebra el baile del fin de la primavera... —digo inocentemente.

—S , algo me han dicho...  Quieres ir? —me pregunta, con una naturalidad desconcertante.

Asiento lentamente y pienso en la mejor manera de formular la siguiente pregunta.

—Sí, pero bueno...  Te apetecería que fuéramos juntos? Como pareja, quiero decir...

Entrecierra los ojos ligeramente.

—Bueno, es un gran paso...

Noto cierta reticencia en mi novio.

—A ver, entiendo que est s preocupado, pero creo que podría ser una noche muy especial. Así nos librar amos de la tensión de tener que ocultarle nuestra relación a todo el mundo...

Le miro a los ojos.

—Además, el entrenador Franklyn ya lo sabe y él es quien más te preocupaba,  no?

Suspira y se acaricia la barba de varios días.

—Sí, es verdad. Es solo que... hay tantos factores de por medio... Mi carrera, la forma en que reaccionar  la afición...

Pongo la mano sobre la suya.

—No necesito que me des una respuesta de inmediato. Pi nsatelo con calma.

Esboza una sonrisilla y me estrecha la mano.

—Eres la mejor, Em...

Lo atraigo hacia mí y lo rodeo con los brazos, antes de apoyarle la cabeza en el cuello. De repente, siento que respira hondo.

—Vayamos juntos al baile —dice con voz grave—. Si tú estás preparada, yo también.

Por fin ha llegado el finde y me siento aliviada. Ya puedo desentenderme un poco del curro. Es hora de prepararse para el baile. Llevo días deseando que llegue este momento.

Maddie y Cassy también vienen y hemos quedado en ir de compras a última hora, ya que ellas no estaban seguras de qué ponerse y yo aún no he tenido tiempo de buscarme un conjuntito. Hasta ahora, he estado hasta arriba.

En nuestra odisea de tienda en tienda, me siento abrumada por la cantidad de opciones que se me presentan. Hay trajes de noche brillantes, vestidos de gala de lo más elegantes y otros muchos atuendos de los que te dejan sin palabras. Ahí están, colgaditos en perchas, y casi parecen competir entre sí. Pasamos horas prob ndonos ropa, charlando y juzgando el *look* de las otras.

Cassy me observa: le he echado el ojo un vestido especialmente llamativo.

—Emily, tía, tiene que ser este...

Me río y niego con la cabeza.

—Demasiado sexy para mi gusto...

Maddie se acerca a mí y mira el vestido con ojo crítico.

—Tienes razón, con él estarías demasiado buenorra...

Me guiña un ojo y mueve las cejas con complicitad.

Pues es verdad. El vestido es atrevido, pero me quedaría genial. Y al fin y al cabo, un baile es la mejor ocasión para lucir algo fuera de lo común, ¿no?

De vuelta en nuestra resi, me siento en la cama y reflexiono.

Hasta ahora, no he sacado nada en claro de mis investigaciones sobre Liam y Chase. Nada que satisfaga a David, mejor dicho. Ni siquiera he conseguido algo de chicha al entrevistar a los otros miembros del equipo. Nadie tiene nada negativo que decir sobre ellos.

¡Joder! Tengo que encontrar una solución si no quiero que ese imbécil me cante las cuarenta...

Me sacaría de quicio que todo esto repercutiera de algún modo en mis prácticas. Por otra parte, si se enteraran de lo que ocurre, podría explicarle mi versión de los hechos a la plantilla del *New York Post*, pero pensarían que soy un grano en el culo y, cuando acabara las prácticas, me borrarían de su lista de vacantes. Sé muy bien cómo funciona este negocio, y cuando te consideran demasiado exigente, priorizan y acaban rechazando tu candidatura.

Sacudo la cabeza.

No debería preocuparme por eso ahora, porque esta noche, toca disfrutar. Y con Liam, además. Probablemente toda la universidad se nos quede mirando. David lo va a flipar...

No sé si hago bien en atreverme, pero tal vez me ayude a salir de este atolladero. A lo mejor así el muy imbécil me pide que deje de indagar, por si se lo cuento a Liam...

Cassy me saca de mis pensamientos y me regaña para que me arregle. Maddie llega un pelín después y nos ayudamos mutuamente a ultimar nuestros conjuntos.

Cuando me miro en el espejo, tengo que admitir que estoy bastante orgullosa de mi *look*. Llevo un vestido rojo hasta el suelo que se amolda perfectamente a mi cuerpo, con una abertura lateral con la que puedo presumir de piernas. Me he pintado los labios de rojo y me he recogido el pelo en una trenza alta con un lazo del mismo color.

Si tuviera los pechos más grandes, ¡parecería Jessica Rabbit¹!

Mis amigas están guapísimas. Con su vestidito corto de lentejuelas, Cassy está tan alegre y radiante como de costumbre. Maddie lleva un *look* clásico: un vestido negro corto, unos taconazos y el pelo suelto. Las miro, orgullosa y feliz de tener semejantes mujerones como amigas.

¡Esta noche va a ser memorable!

Poco después, pasan a recogerlas sus respectivos acompañantes, y yo me quedo en la habitación, esperando a Liam. Miro nerviosa el reloj y me dirijo al baño por cuarta vez para comprobar el delineado que me he hecho en los ojos. Llega tarde y empiezo a preguntarme si habrá cambiado de opinión.

Tal vez no haya sido tan buena idea sugerir que lo hiciéramos público. ¿Y si...?

Llaman a la puerta y aparto esos oscuros pensamientos de mi mente.

Aliviada y emocionada a partes iguales, corro hacia la puerta. Liam está al otro lado y viste un traje impresionante. Le brillan los ojos y los rizos castaños le caen sobre esa carita de seductor indomable. Silba en señal de aprobación cuando me ve y me da un beso en la mejilla para no estropearme el pintalabios.

—Em, estás... preciosa.

—Anda que tú...

Lo único que quiero hacer ahora mismo es quitarle la ropa y descubrir lo que hay debajo,

pero vamos a ser sensatas y a contener los impulsitos que tengo. Sin embargo, pese a que me dispongo a salir de la habitación, Liam me coge de la mano y me empotra contra la puerta.

Lentamente, siento su cálida mano subir por la raja de mi vestido y colarse entre mis muslos, que tanto se alegran de verle.

—¿A dónde vas? No tenemos ninguna prisa, nena... —murmura contra mi boca, con cuidado para no fastidiarme el maquillaje.

Siento que me arde el cuerpo y pronto uno de sus dedos se desliza por la cinturilla de mis bragas para excitarme.

—Mmm... —gimo y arqueo las caderas hacia él para incitarlo a que me toque.

—Estás ardiendo, Em...

Con la otra mano, Liam me guía hacia el bulto de sus pantalones. Como siga así, mis partes íntimas van a prenderse fuego...

Liam dibuja circulitos en mi sexo hinchado y empiezo a jadear. Lentamente, se abre paso en mi interior, como si quisiera probar cuantísimo lo deseo.

—Estás tan mojada...

Su voz ronca me transporta a otro mundo y le ruego que continúe. Entonces baña el dedo en mi jugo y yo abro ligeramente las piernas, deseosa de que siga masturbándome. Siento una presión incomparable entre los muslos, un hambre voraz de más.

Liam no puede evitarlo y me mete un segundo dedo para estimularme, para llevarme a las nubes. Me acaricia el clítoris y luego me los mete otra vez, insistiendo contra mi pared y acariciando mi punto de placer. Me muerdo el labio, le miro a los ojos y le lamo la boca, como si con esa caricia malsana pudieran unirse nuestros cuerpos.

La carne húmeda de mi sexo ansía su lengua; me muero por tenerle ahí abajo. Pero Liam sigue insistiendo con los dedos y unos segundos después, me corro con fuerza apoyada en la puerta, y no puedo evitar soltar un grito.

Satisfecho, Liam se retira y se lame los dedos como si estuviera sediento. Sus ojos incandescentes me miran con lujuria, y de repente, me da la vuelta.

Oigo cómo se desabrocha los pantalones y coge un condón. Me sube el vestido por encima de las nalgas y me baja las bragas. Con las manos apoyadas en la puerta de madera, empujo mis caderas hacia él, impaciente. Pronto, siento su miembro caliente en la entrada de mi sexo. Se frota contra mí y se lubrica con mi placer antes de penetrarme con fuerza. Me folla sin previo aviso y gasta todas sus fuerzas en llevarme al paraíso. Me coge de la barbilla para girarme la cara; quiere que le mire a los ojos. Su respiración en mi cuello me pone la piel de gallina y al cabo de unos minutos, su sexo golpea el fondo de mi ser con tanto vigor que ambos llegamos al clímax a la vez.

—Joder, me has puesto tan cachondo... —dice, casi en tono de disculpa—. Perdona, nena, ¡no quería despeinarte ni cargarme tu maquillaje!

Nos reímos y nos recolocamos la ropa, con las mejillas sonrojadas por el placer que acabamos de compartir. Finalmente, nos ponemos en marcha, más unidos que nunca, después de un momento tan íntimo y sensual.

Cada paso que damos hacia el baile me pone un poco más nerviosa. Me pregunto cómo reaccionarán todos cuando sepan que somos pareja...

—¿Estás lista? —pregunta Liam antes de que entremos en la sala, acariciándome la espalda.

Asiento, nerviosa, y juntos, empujamos las pesadas puertas.

¹ *N. de la T.* Personaje ficticio de la película *¿Quién engañó a Roger Rabbit?*

Liam

El salón donde se celebra el baile se abre ante nosotros. La música está a todo volumen cuando Emily y yo entramos cogidos del brazo. Es una maravilla no tener que ocultar lo que siento por ella. Después de nuestro lapsus de pasión, me siento en las nubes; ahora mismo me comería el mundo.

Las luces parpadeantes y el alegre runrún de los asistentes conforman un ambiente muy agradable: el evento es elegante, pero no hay mucho pijerío. La música retumba en los altavoces sin llegar a ensordecernos.

Cruzamos el salón para reunirnos con nuestros amigos, que hemos localizado cerca de la barra, y a nuestras espaldas, algunos ya van girando cabezas. Aun así, no tiene nada que ver con el revuelo que creíamos que íbamos a causar al aparecer juntos...

¡Menos mal!

Mientras pido las bebidas, veo por el rabillo del ojo una melena pelirroja y rizada que me resulta demasiado familiar... ¡Maldita sea! Uno de mis muchos rollos del pasado nos echa una miradita sombría y se me acelera el corazón, pero decido ignorarla.

Nos apoyamos en la barra para disfrutar del ambiente y nos bebemos las copas, despacio. Nuestros amigos, que parecen gustarse mutuamente, están en la pista de baile y han sacado los pasos prohibidos.

Tengo que decirle a Chase que bailar no es lo suyo...

No puedo evitar reírme al verle moverse de una forma tan descoordinada, pero pese a todo, Emily no tarda en unirse.

De repente, noto una presencia a mi lado y me disculpo, antes de mover ligeramente el taburete en el que estoy sentado para dejar sitio. Entonces oigo un carraspeo y me giro hacia la persona que quiere llamarme la atención. Cuando nuestras miradas se cruzan, me entra la ansiedad.

Otra vez mi ex, si es que se la puede llamar así...

La expresión de su rostro es difícil de interpretar: es una mezcla de sorpresa, y quizá, rechazo. Mentiría si dijera que lo nuestro acabó bien. Sin embargo, ha llovido mucho desde entonces y espero que me deje en paz. Esta noche no, por favor. Solo quiero disfrutar con Emily y mis amigos.

—Hola, Liam... —dice, sonriendo falsamente.

Cómo no...

—Sara... —respondo con sobriedad.

—Me han dicho que es muy probable que te incluyan en la lista del *draft*... Qué guay, ¿no? —continúa.

Asiento y hablamos unos minutos más de nimiedades, antes de que sienta que ya va siendo hora de dejarlo estar. No es plan de darle palique a uno de mis antiguos rollos cuando tengo la primera cita oficial con mi novia. Además, todo sea dicho, Sara nunca ha sido muy buena chavala y no me apetece que me vean con ella. En este campus, la peña tiene una obsesión con el cotilleo, y aunque lo de Emily ya ha despertado miradas curiosas, me gustaría evitar que se nos fuera de las manos. No es momento de lidiar con un escándalo, en plan «Liam Scott tontea con

su ex en el baile de fin de la primavera, justo delante de su nueva novia».

—Bueno, te dejo. Me voy a bailar con mis amigos...

No me atrevo ni a decirle que me alegro de verla, aunque sea mentira. Sara asiente antes de dirigir la mirada hacia el grupo.

—Por supuesto... Pásatelo bien, Liam.

Me despido de forma educada y me dirijo hacia Emily.

Mientras bailamos, reímos y disfrutamos de la velada, siento una presencia a mis espaldas. Y cada vez que giro la cabeza en dirección a la barra, veo a mi ex mirándonos con amargura.

Dios, no se cansa, ¿eh?

En su momento, Sara no llevó muy bien lo de que dejáramos de quedar. Pero yo no podía más con sus problemitas con las drogas, que no me ayudaban en absoluto. Soñaba con convertirme en deportista profesional y ella, bueno, se metía en cuanto tenía la ocasión. Intenté sacarla de esa mierda y fui varias veces a recogerla cuando estaba doblada, pero un día llegué a mi tope. En fin, eso es el pasado, pero no me esperaba verla tan enfadada el día que nos volviéramos a encontrar.

Cuando Emily y yo volvemos a la barra para darnos un descansito del baile, Sara se acerca a nosotros con paso decidido.

¿Qué coño pretende?

—Conque eres la chica nueva, ¿eh? —pregunta, haciendo comillas con los dedos para marcar sus palabras.

Emily se queda de piedra y me mira un segundo antes de volverse hacia Sara.

—¿La nueva... qué? —dice, como si intentara entender a qué se refiere mi ex.

—¿Qué te dijo para echarte el anzuelo? ¿Que eras importante? ¿Que te quería en su vida? Seguro que te folló duro, ¿a que sí? Con él siempre hay polvazos, eso no se puede negar...

Emily abre la boca sorprendida e intento interponerme entre ellas. Sara parece haberse emocionado con los cubatas mientras yo bailaba, porque le apesta el aliento a alcohol.

Bueno, eso sin contar con la raya que debe haberse hecho en el baño...

—Cállate un rato, Sara. Bebe agüita, ¿vale? No estás en condiciones de hablar... —gruño, con tono amenazante.

—¿O si no, qué? A lo mejor quiero que la gente se entere de que te he visto drogarte un par de veces en mi presencia...

Abro los ojos de par en par.

¿Qué dice? ¡Yo no tocaría esa mierda ni con un palo!

A nuestro alrededor, la gente empieza a agolparse para descubrir qué está pasando. No hay forma de evitar a los buitres en este tipo de situaciones.

—Bueno, ¿y entonces? ¿Atacó antes o después de decirte que te quería? En mi caso, fue antes. A Liam no se le conoce precisamente por mantener la polla guardadita en los pantalones...

Me pongo pálido. ¡No podría ir peor el puto baile!

—Además, en cuanto me dejó, se tiró a una de las animadoras en los vestuarios del pabellón... Quién sabe, ¡a lo mejor se acostaba ya con ella cuando teníamos algo! Es uno de esos tíos que... no sabe aguantarse. ¡Necesita follar a todas horas! De hecho, no sé cuánto tiempo lleváis juntos, pero no hace mucho se tiraba a la profesora de yoga del campus...

Ah, pues nada, sí que podía...

De repente, Chase irrumpe entre nosotros y agarra a Sara del brazo, para llevársela de aquí.

—Piérdete, Sara... —le suelta, alzando las cejas y dirigiéndole una mirada que convencería a

cualquiera con dos dedos de frente.

—Pues ya estamos todos... ¡Ojo, que vienen refuerzos! ¡Veo que sigues usando a tu amiguito el bisexual de escudo!

Mi mejor amigo no afloja el agarre y se lleva a Sara a rastras, que sigue gritando mierdas bifóbicas y farfullando sin sentido.

Los presentes no se han perdido ni un segundo de la discusión y veo que algunos han querido grabar la escenita para la posteridad.

Me entra asco y me vuelvo hacia Emily, que está blanca como la leche y no se ha movido ni un milímetro.

—Em, yo...

—Déjalo, Liam. No añadas más tela al asunto... —me dice con voz temblorosa.

Se alisa el vestido con la palma de la mano y sale del baile sin decir una palabra más. La sigo con ojos desconcertados y me pregunto si debo correr tras ella o dejar que digiera lo que acaba de pasar.

La ira bulle en mi interior. Estoy cabreado con mi ex y también conmigo mismo. Debería haberme imaginado que esto podía pasar. Sara siempre ha sido de las que buscan guerra y ha tenido su momento de gloria para vengarse por lo que le hice.

Unos segundos después, Chase vuelve, me pone la mano en el hombro y me saca de mis oscuros pensamientos.

—¿Estás bien, tío?

—Eso debería preguntártelo yo. Siento que la haya tomado contigo, *bro*...

—No te preocupes, tío, no es ningún secreto que soy bi y no me importa que esa imbécil me haya sacado del armario a la fuerza delante de peña que ni me conoce... —responde con una sonrisa—. Bueno, contigo no se ha quedado corta tampoco... ¿Dónde está Emily?

Mira a su alrededor, desconcertado.

—Se ha ido...

—Joder, mierda... ¿Se ha picado?

—Sí, supongo que sí. Cuando un fantasma del pasado de tu novio se te aparece en plena cara y abre el cajón de mierda, tienes derecho a picarte. O al menos, a estar dolida...

Suspiro.

—Pronto se dará cuenta de que solo son gilipolleces. Ella te conoce, Liam, y te quiere.

—Eso está por ver. Todavía no nos lo hemos dicho...

—¿Que os queréis? —pregunta, sorprendido, mi mejor amigo.

—No... A la cara, no —le explico, rascándome la nuca.

—¿Y a qué coño esperas, tío? ¿A que otra Sara te dé la chapa en público? Sabes que tienes un futuro brillante por delante. Vas a toparte con montones de tías como ella, que vendrán y querrán joder tu vida de pareja, solo por diversión, porque para entonces, serás famoso y te tendrán envidia. Tenéis que superar este bache...

Asiento. Tiene razón. Como siempre, vaya.

Ahora mismo, lo único que quiero es salir de aquí: dejar atrás a toda esta gente y encontrar un pelín de paz mental. Hablaré con Emily, sí, pero primero tengo que dejar que asimile todo esto. Sé que, de todas formas, no contestará a mis mensajes y no tiene sentido presentarme en su habitación. Cassy y Maddie tampoco están por aquí, así que supongo que habrán ido a consolarla.

Ira, preocupación, confusión... ¡Menuda lucha interna con mis sentimientos! Me esperan

unas semanas agotadoras y no me hacía falta más drama. A partir de ya, se me encadenan los entrenamientos y no tendré mucho tiempo para ver a Emily, y menos aún si se niega a dirigirme la palabra.

¡Qué frustración!

Suspiro y me froto la cara.

Espero que podamos solucionar todo esto rápidamente. Odio los malentendidos, dejar las cosas así...

Además, estoy loco por esa chica.

A la mañana siguiente, me levanto temprano. Chase y yo tenemos hoy una sesión intensiva de entrenamiento para prepararnos para los próximos partidos. Los cazatalentos vendrán pronto a observarnos y tenemos que estar a tope.

Cuando estamos sobre el hielo, me concentro en el juego y mis problemas pasan a un segundo plano. El frío de la pista bajo mis patines, el sonido del aire silbando en mis oídos por la velocidad, el choque del disco con el palo... Todo está en su lugar, como de costumbre.

Nuestros movimientos se sincronizan, nuestros pases son precisos y nuestros tiros, potentes. Sigue siendo una sensación indescriptible. La tensión de las semanas anteriores se disipa por un momento. Me resbala el sudor por la frente. Se me resienten los músculos por el esfuerzo y eso me causa cierta satisfacción.

Después del entrenamiento, estoy reventado, pero en el buen sentido. Decido escribirle a Emily para ver si está bien, porque me está destrozando no hablar con ella. Sin embargo, el tiempo pasa y mi novia no responde.

Estoy a punto de perder la esperanza, pero de repente, me llega una respuesta, clara y concisa:

** Necesito tiempo.*

** Deja al menos que te lo explique, Em...*

¡No sabes mi versión de la historia!

** Ahora no, Liam.*

** No te creas las palabras de esa chica.*

¡Te soltó una mentira tras otra!

** ¿Sí? Pues yo creo que algo sería verdad y eso duele.*

Era obvio que habías estado con otras antes de mí, pero oírlo de boca de alguien a quien dejaste tan jodida... No es plato de buen gusto. Por no hablar de las otras cosas que soltó... En fin. Dame un poco de tiempo.

Exhalo profundamente. Entiendo que necesite pensar en todo esto, pero me parece bastante injusto que no quiera oír mi versión de los hechos. Me gustaría poder tranquilizarla, abrazarla y decirle que la quiero, así de sencillo.

Me siento frente al ordenador, tenso a más no poder, para mirar los resultados de los últimos exámenes. Me tiemblan ligeramente los dedos. Manda huevos, con lo poco que me importaban los estudios antes...

Sí, joder... ¡He aprobado!

Tengo prácticamente las mismas notas en todo y estoy contentísimo. Por lo menos hay algo en mi vida que no va tan mal...

Pero todo esto es gracias a las horas que pasé con Emily en la biblioteca, cuando tuvo la santa paciencia de explicarme cómo apoyarme en los libros de texto para estudiar. Y ahora veo los frutos de todos sus esfuerzos.

Dibujo una sonrisa amarga en el rostro y respiro hondo.

Vas por buen camino, Liam...

Con cada reto que supero en los entrenos y cada examen que apruebo, siento que crezco, como jugador de hockey y como persona, pero ojalá pudiera compartirlo con ella...

Espero que Emily se dé cuenta de lo mucho que estoy trabajando en mí mismo, no solo en mi carrera o en mis estudios, sino también en nuestra relación. Quiero demostrarle que soy un buen chico y que me preocupo por ella. Ahora solo falta que ella acepte quedar para hablar...

Miro el móvil. Me muero de ganas de enviarle un mensaje a Emily, pero entonces recibo varias notificaciones que echan a perder mi buen humor.

¿Qué coño pasa?

Varios estudiantes me han etiquetado en un artículo del periódico del campus. Mi corazón empieza a latir más deprisa cuando leo la joyita en cuestión.

De primeras, el titular ya me deja rayado.

«UN CAMINO PEDREGOSO HACIA LA NHL: EL OSCURO PASADO DE LIAM SCOTT AL DESCUBIERTO»

No me lo puedo creer. El artículo no solo contiene detalles de mi infancia que nunca había hecho públicos, sino que también difunde supuestos secretos de mi pasado, en particular, sobre mi relación con Sara. En él se sugiere que me codeaba con adictos, que yo mismo me metía o incluso que trapicheaba con drogas.

Pero ¿qué es esta mierda?

Estoy hecho una furia. ¿Cómo puede alguien difundir semejantes mentiras y quedarse tan ancho? ¿Cómo pueden manipular mi pasado y calumniarme de tal manera? Me siento traicionado, como si me hubieran robado mi verdad y hubieran tergiversado la historia.

Entonces veo el nombre del autor y todo se detiene. Siento que la bilis me sube por la garganta. Quiero vomitar.

Emily Hansen.

No puedo creer que ella haya publicado semejante basura en ese periodicucho. ¡No puede ser! Debe haber alguna explicación para todo esto. No puede estar tan enfadada conmigo por haberme acostado con otras chicas antes de ella, ni tampoco por lo que dijo Sara. ¡Esa chavala estaba ida! No puede culparme por el numerito que montó, joder... Y menos de esta forma. ¡Está poniendo en peligro mi futuro! Y además, Sara solo soltó gilipolleces y Em jamás me ha dado la

oportunidad de explicarme, de decirle qué coño pasó en realidad...

Ella, que yo creía honesta e íntegra, ha escrito un artículo de mierda en el que suelta barbaridades sin filtro. ¿Qué locura es esta?

Cuando termino de leer lo que ha escrito, aprieto los puños. Las palabras se me graban a fuego en el cerebro y me siento impotente y dolido.

¿Por qué me ha hecho esto? ¿No confiaba lo suficiente en mí y en nuestra relación? ¿Quería vengarse? Esto no es propio de ella...

Necesito un poco de aire fresco. Tengo que acallar mis emociones. En mi cabeza, está todo revuelto.

Me dirijo hacia el bar del campus, donde trabaja Chase, en piloto automático. Siento que todas las miradas se dirigen hacia mí, pero esta vez, no están cargadas de admiración, porque este último artículo no ensalza precisamente mis virtudes.

Chase me saluda con una sonrisa, pero la borra rápidamente al verme la cara.

—¿Qué pasa, tío? ¿Has visto un fantasma o qué?

Le paso el móvil para que pueda leer el artículo. Se queda flipando. Veo cómo sus ojos se mueven de izquierda a derecha y van bajando, hasta que se le pasa por la cabeza lo mismo que a mí.

—Joder, Liam... Pero ¿qué puta mierda es esta? Me cago en... No te mereces esto.

Me limito a asentir en silencio, incapaz de encontrar las palabras para expresar lo que siento por dentro.

—Vale, pero vamos a ver... ¿Emily? Ella no te haría esto... ¿Lo habéis hablado?

Sacudo la cabeza negativamente.

—Tengo que calmarme un poco antes —digo.

Chase asiente en señal de comprensión.

—Vale, lo entiendo. ¿Quieres beber algo?

—No, es un poco pronto para eso, y luego tenemos entreno, así que gracias, *bro*, pero paso. Me voy a la resi a descansar un rato. Necesito pensar.

—Cuídate y si te enteras de algo, me cuentas.

Me despido de mi mejor amigo y vuelvo a mi habitación con el corazón encogido.

Necesito estar solo para poner un poco de orden en mi cabeza, averiguar cómo afrontar todo esto y, sobre todo, asumir las consecuencias que este incidente puede tener en mi carrera.

El entrenador Franklyn seguro que está que echa humo...

Finalmente, cojo el móvil y marco el número del señor Turner. Tiene años de experiencia en el mundo del hockey sobre hielo profesional y, desde luego, no es el primer escándalo absurdo con el que tiene que lidiar. Necesito su consejo y creo que puedo confiar en él.

Cuando coge la llamada, intento mantener la calma y guardar las formas, aunque el cerebro me va a mil por hora.

—¡Liam! ¿Cómo vas? ¿Qué tal los entrenamientos? —me pregunta nada más descolgar.

—Bien, bien, todo eso va bien, pero le llamaba por otra cosa...

Le suelto la bomba y me escucha atentamente.

—Liam, entiendo que estés preocupado, pero debes saber que, por desgracia, este tipo de artículos forman parte de tu nueva realidad. Sobre todo si llegas a la NHL. Los periodistas, hasta los universitarios, siempre buscan historias que den morbo, y a veces se pasan cuatro pueblos. No puedes dejar que eso te desanime.

Sus palabras me tranquilizan un poco, pero sigo de los nervios.

—¡Pero ese artículo es una sarta de mentiras!

Suspira.

—Por desgracia, estas cosas pasan más a menudo de lo que uno cree. Al lector promedio le pirran los escándalos y algunos periodistas hacen cualquier cosa para hacerse notar. Tienes que aprender a lidiar con ello y concentrarte en lo importante: tu rendimiento sobre el hielo. Lo mejor es no leer ese tipo de basura.

Me froto la cara. Estoy agotado.

—¿Cree que este artículo podría afectar a mi futuro? Quiero decir, ¿hay aún probabilidades de que me seleccionen para el *draft*?

—Liam, tranquilo. Lo que se valora es tu rendimiento sobre el hielo, no lo que haces con tu vida privada, sea verdad o no. Los equipos se interesan por tu destreza como jugador y tu profesionalidad en la pista. No dejes que estas cosas te afecten —responde con voz firme.

Respiro hondo. Sus palabras calan en mí poco a poco.

—Gracias, señor Turner.

—De nada, Liam. Si tienes alguna pregunta o necesitas ánimos, llámame. Ya sabes que estoy aquí. Sigue haciendo lo que mejor sabes hacer: jugar. Nada más importa.

Después de colgar, me siento un poco más aliviado. Sus palabras me reconfortan y me ayudan a ver que, pese a todo, hay luz al final del túnel.

Venga, tío, ¡aguanta!

Cuando llega la hora de entrenar, me siento un poco mejor. Sobre el hielo, puedo despejarme un poco y concentrarme en lo que me apasiona: el deporte. El alivio es momentáneo, pero menos es nada.

Me meto en la pista y me fijo inmediatamente en una melena rubia y brillante. Hay una chica sentada en las gradas.

Emily...

Me da un pinchazo el corazón.

Chase nota que algo me ha llamado la atención, así que me sigue la mirada y, antes de que pueda detenerlo, se acerca a ella. Mi amigo no duda ni por un segundo y observo impotente cómo se dirige a mi novia.

¿Y ahora qué piensa decirle?

Unos minutos después, que se me hacen eternos, por cierto, recoge sus cosas y se marcha sin mirarme siquiera. La poca esperanza que tenía de hablar con ella desaparece, y cada vez me cuesta más creer que no haya escrito el artículo.

Cuando Chase se acerca a mí, el nudo que tengo en la garganta ha alcanzado el tamaño de un balón de fútbol. Necesito saber qué ha pasado.

—¿Qué le has dicho? —le pregunto sin rodeos.

Suspira y se reclina contra el muro de protección de la pista.

—Pues que, de momento, no es bienvenida aquí. Parecía muy incómoda y ha intentado explicarse varias veces, pero tío, ahora toca entrenar y tenemos que concentrarnos. Si necesitas hablar, queda con ella, pero no os pongáis intensos en pleno entrenamiento, y menos en la grada. Si te enfadas, le contagiarás la mala vibra a todo el equipo. Lo sabes de sobra.

Miro hacia el hielo.

—Tienes razón, *bro*. Parecemos un par de críos. Ahora resulta que ya no se esfuerza en evitarme, o al menos, no le apetece hacerlo. Pero a pesar de todo, no ha intentado llamarme ni

enviarme ningún mensaje.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer en cuanto salgas de aquí —responde Chase.

Le doy las gracias por cuidarme siempre y tranquilizarme cuando más lo necesito. El señor Turner me dijo lo mismo: nada debe interferir en mis objetivos cuando estoy en la pista. Y Emily, por desgracia, es una distracción con mayúsculas.

Me pone una mano en el hombro para reconfortarme.

—No va a ser fácil, pero tenéis que hablar largo y tendido, ¿vale? No os calléis nada que pueda haceros daño en el futuro —añade en un tono menos tajante—. Y ahora, ¡a concentrarse!

Salimos juntos a la pista. Noto cómo la energía y la concentración vuelven poco a poco a mí mientras patinamos. Los demás miembros del equipo se unen a nosotros y todos tienen la decencia de no mencionar el famoso artículo. Supongo que Chase les habrá dicho que se estén calladitos, porque ni siquiera los más bocazas se han ido de la lengua. Es un alivio y, gracias a mi colega, lo doy todo sobre el hielo. Un agradable calor se extiende por mis músculos y me concentro en cada paso, en cada movimiento.

El entrenamiento dura dos horas y la intensidad no decae ni por un segundo. Cuando terminamos, estoy muerto. Nos hemos esforzado, le hemos metido caña y eso refuerza nuestro espíritu de equipo.

Así, sí.

Salgo de la pista e, inmediatamente, noto el cansancio en las extremidades, pero a la vez, confío más en mi resistencia. Hacía mucho que no me sentía así de seguro de mis capacidades.

Giro la esquina que lleva a mi resi y busco las llaves en el bolsillo de la bolsa de deporte. Cuando levanto la vista, se me hiela el corazón.

Emily está de pie en la puerta, con la vista perdida en el cielo. Me detengo de repente, sin saber qué hacer. Me la quedo mirando unos instantes y recuerdo las buenas vibras que me ha provocado el entreno. Respiro hondo, pongo la espalda recta y me acerco.

Es hora de enfrentarme a ella.

Emily

Después de que Chase me invitara abiertamente a abandonar la pista de hielo, me di un paseo por el campus. Pasado un rato, mis pies me condujeron hasta aquí y llevo esperando en la puerta de la resi de Liam una media hora. He tenido que hacer acopio de todo mi valor para echarle cara y quedarme aquí, dispuesta a hablar las cosas. Pero ahora que lo veo acercarse, cada vez estoy más nerviosa.

Justo cuando me ve, se frena en seco. Lo he pillado por sorpresa. Nuestras miradas se cruzan y noto la incertidumbre en sus ojos. En tan solo unos segundos, lo tengo al lado. Respiro hondo.

¿Mejor?

La verdad es que siento que hay una barrera invisible entre nosotros y las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

—Liam, escucha... —arranco, vacilante—. Puedo explicártelo todo...

Me mira. En sus ojos veo que hay una lucha librándose en su interior. Es como si se debatiera entre escucharme y seguir molesto por el artículo. Finalmente, niega con la cabeza.

—Esta vez soy yo el que necesita tiempo, Emily. Tengo que concentrarme en mi entrenamiento y en el próximo partido.

Se me encoge el corazón al oír sus palabras e intento contener las lágrimas. Tengo los ojos vidriosos. Esperaba que me diera la oportunidad de decirle que nunca quise hacerle daño.

—¡Liam, espera! Solo quiero que entiendas lo que pasó de verdad... —le suplico.

Me avergüenzo de mí misma. Estoy suplicándole atención, justo lo que no quería hacer después del altercado con su ex. Pero era de esperar: él quiso explicarse en su momento y yo pasé de escucharle, así que podría decirse que es cosa del karma...

Todo lo que va, vuelve...

Sacude la cabeza de nuevo y da un paso atrás, como para protegerse de mí, y me quedo quieta, tragándome la decepción.

—Vale... —murmuro—. Cuando estés listo, avísame.

Liam asiente débilmente, abre la puerta y desaparece de mi vista. Me deja sola y me siento tan impotente... Tenía la esperanza de resolver este malentendido aquí y ahora, pero en lugar de eso, el abismo que nos separa parece haberse agrandado aún más.

Me dirijo a mi habitación con el corazón roto en mil pedazos.

Durante los días siguientes, paso mucho tiempo pensando en cómo hemos llegado hasta aquí.

David, el editor jefe del periódico del campus, ha burlado los límites que puede sobrepasar libremente y ha acabado con mi integridad al meter mano en el artículo sobre Liam, como si fuera una nadería. ¡Se atrevió a firmar con mi nombre esa porquería! Le guardo un rencor incomparable, pero por el momento, sé que es intocable. Si me da por ir a por el editor, me dispararán a quemarropa, porque ese imbécil es quien mueve los hilos. ¡Y además de reírse en mi cara, va y se sale con la suya! Ahora ya tiene lo que quería: un escándalo, y lleva días regodeándose en el éxito del artículo.

¿Y eso dónde me deja a mí? Todos deben pensar que soy la chica que destruyó la reputación de su novio, solo para conseguir una primicia...

Estoy atrapada en un torrente de vergüenza e impotencia que me impide subir a la orilla. Apenas puedo concentrarme en mis clases, Cassy y Maddie no consiguen sacarme de casa y siento que todos me miran y que piensan que soy una persona horrible, así que prefiero encerrarme y no ver la luz del sol.

Esto es muy duro. No sé cómo seguir adelante.

Basta ya.

Una mañana, decido que no puedo quedarme de brazos cruzados. Liam y yo hemos tenido algo; es inútil negarlo, y esos sentimientos no desaparecen de la noche a la mañana. Fui una imbécil al hacer caso de las palabras de Sara. No soy tonta, sabía que no era verdad, pero me hizo daño. En el fondo, me destrozó que insinuara que lo que Liam tenía conmigo era una ilusión, que lo había hecho con todas. Se atrevió a soltarme a la cara que era una ingenua por creer que estábamos viviendo nuestros primeros pasos en el amor.

Dejemos las cosas claras: yo no era virgen antes de conocerlo. Claro que he tenido rollos de una sola noche y también he salido con otros chicos. Aun así, me gustaba pensar que lo nuestro era mucho más real, que estábamos descubriendo el mundo juntos, y por eso me dolió que me recordaran que no era verdad.

Pobre tonta... Y mira dónde estamos, bonita: tu ego sacó a relucir la mejor parte de ti e hiciste lo que nunca habías hecho. ¿Y qué te toca ahora? Pagar las consecuencias de tus actos.

Total, que me he armado de valor y he decidido ir al último partido de hockey de la temporada, que es hoy. Es un momento crucial para el futuro de Liam y Chase. Si ganan, ¡tendrán una oportunidad real en el *draft*! ¿Cómo me lo voy a perder? Es más, van a estar presentes los cazatalentos de todo el país y este es el momento de lucirse. Para eso llevan entrenando semanas como jabatos, ¿no?

Esta vez, ni cuaderno ni cámara. ¡No quiero saber nada del tema! Le han encargado a otro periodista de la uni que cubra el evento, y la verdad, me alivia que David no me haya obligado a hacerlo.

Encuentro un asiento libre en las gradas. Llevo una gorra cubriéndome la cabeza. Parezco tonta, aquí, dentro del pabellón, pero prefiero ir de incógnito a que me echen otra vez. Además, paso de sentir las miradas de los estudiantes juzgándome o, peor aún, hacer que Liam se desconcentre en un momento tan importante para él.

A mi alrededor, saltan chispas. Los hinchas están emocionados y llenos de esperanza y se notan los ánimos de la afición. Liam y Chase se juegan hoy su futuro, más allá de la victoria o la derrota. Deben estar hechos un manojo de nervios...

Afortunadamente, el artículo no parece haber hecho mella en las sesiones de entrenamiento de Liam, así que flipo con su fuerza de voluntad.

En cuanto el árbitro hace sonar su silbato, comienza el combate. Sus adversarios son duros de pelar y nunca pierden la oportunidad de provocarles. Pero ni Liam ni Chase se dejan intimidar: se esfuerzan al máximo y demuestran por qué serían los fichajes perfectos para la NHL.

Cada tiro a puerta, cada parada, cada jugada que ejecutan sobre el hielo puede determinar su futuro. El partido me tiene absorta y no dejo de llevarme las manos a la cara.

¡Estoy tan tensa...!

Cuando se acercan los últimos minutos del partido, me fijo en el marcador y veo que el

equipo de la uni tiene las de ganar. Liam agudiza sus sentidos y sigue jugando con una precisión milimétrica. Es como si estuviera decidido a no rendirse jamás. Se hace con el disco que controlaba el equipo contrario y se cuela entre los jugadores para dirigirse con Chase hacia la portería. La jugada es de lo más inesperada y los espectadores contienen la respiración, expectantes. Liam efectúa un pase en dirección a Chase en el último momento. Este se prepara, golpea el disco y lo mete en la portería con un ímpetu nunca visto.

El público aclama a los ganadores desde las gradas del pabellón y no puedo evitar sumarme a su entusiasmo.

¡Han ganado la temporada! ¡Qué maravilla!

Varias personas se acercan corriendo a la pista para felicitarles por la victoria. Entre ellos, está el entrenador Franklyn, que luce una sonrisa triunfante, y también el señor Turner y varios periodistas de fuera. ¡Aquí no faltan medios! Me alegro mucho por ellos.

Sin más preámbulos, me dirijo hacia la pista de hielo, esperando a que se pase un poco la emoción del momento antes de acercarme a mi jugador favorito.

Al cabo de un rato, Liam se fija en mí. Se le dibuja una expresión de sorpresa en la carita, seguida de una tímida sonrisa que hace que me lata con fuerza el corazón. Le devuelvo la sonrisa y él me guiña el ojo. Este gesto, por ínfimo que sea, me calma y siento que me tiembla el cuerpo entero.

¿Significa eso que ya no está enfadado conmigo? ¿O es la euforia del momento lo que le hace actuar así?

Pero antes de que pueda acercarme más, sus compañeros lo abrazan y lo pierdo de vista por unos instantes. Estoy a punto de dar media vuelta y volverme a la resi. A ver, en realidad, se merece celebrarlo con tranquilidad, antes de que yo le dé la tabarra por enésima vez. Sin embargo, de repente oigo cómo gritan mi nombre a mis espaldas.

Esa voz... La reconocería en otra vida.

—¿Ya te vas?

Me giro y le veo, con los rizos castaños cayéndole sobre esa carita de ángel. Es tan guapo... Está apoyado en el muro de la pista. Parece que ha conseguido escaquearse de la euforia colectiva y me doy cuenta de que lo ha hecho por mí.

¡Pero si es su momento!

—Perdona, no quería molestarte... ¡Enhorabuena! El partido ha sido una pasada.

Sonríe ampliamente.

—¿Quieres celebrarlo conmigo?

Le miro dubitativa, sin saber qué contestar. No sé ni por dónde empezar.

—La verdad es que, sin ti, nada tiene sentido... —añade.

Así cualquiera dice que no...

—En eso estamos de acuerdo...

Siento que el corazón me da un vuelco, pero a pesar de todo, no creo que me haya perdonado tan rápido. Aún tenemos una conversación pendiente y pienso abordar el tema antes de que acabe la noche.

—Vale, te envío la dirección de la fiesta. Nos vemos allí.

Se despide de mí con la mano y vuelve con su equipo. Yo salgo corriendo en dirección a la resi para ponerme guapa y deshacerme de esta maldita gorra.

Una vez allí, me sorprende la cantidad de gente que hay. La hermandad que ha organizado la

fiesta no ha escatimado en alcohol, pero tampoco en la decoración. Es como si estuvieran seguros de que nuestro equipo ganaría.

Con una minifalda, unas botas hasta la rodilla y un top ajustado, espero estar lo suficientemente sexy como para llamar la atención de Liam. Hay mucha gente por aquí y sospecho que estará muy ocupado, pero bueno, no importa, voy a por él. Esta noche, según parece, he renunciado al feminismo.

Cuando le veo, me doy cuenta de lo aliviado que está de que se haya acabado la presión de los partidos. Está disfrutando y me alegra mucho verle así. Al menos ha superado el golpe de ese artículo horrible...

Me cuesta acercarme a él, pero al final, me ve y no tarda en ir a mi encuentro.

—Me alegro de que estés aquí —dice, casi avergonzado.

Nos miramos fijamente un momento y entonces abre la boca para volver a hablar, pero la música está muy alta y apenas distingo lo que dice.

—¿Qué? —grito por encima del ruido.

—Digo que he estado pensando y que...

De repente, alguien le posa la mano en el hombro y nos interrumpe. Es uno de sus colegas, que le trae una cerveza y se pone a comentar el partido con él.

Me da a mí que esto va a ser más difícil de lo que pensaba...

Pasan las horas y aún no hemos encontrado el momento para hablar. A decir verdad, no creo que vaya a surgir. Tendré que mentalizarme del asunto...

Estoy a punto de irme, pero entonces siento una presencia justo detrás de mí. Me doy la vuelta y le miro. De repente, me flaquean las rodillas.

—¿Te acompaño a la resi? —me pregunta Liam.

La pregunta me sorprende, pero en sus ojos veo que lo desea con todas sus fuerzas. Asiento sin decir palabra. Me estresa lo que está por venir.

De camino a casa, estamos bastante callados. No parece que quiera separarse de mí en la puerta, así que, muerta de miedo, le dejo entrar. Afortunadamente, Cassy se ha ido a pasar unos días con su familia, así que tenemos la habitación para nosotros solos.

Cuando la puerta se cierra, el ambiente se vuelve un poco más tenso.

—Liam, yo...

—No, espera un momento. Déjame hablar primero.

Asiento.

—Siento que mi ex soltara esas cosas horribles en el baile de fin de la primavera. Estaba equivocada en todo, porque contigo, es diferente: muy diferente. No soy el mismo chaval que ella conoció. Y no, te lo digo a la cara: a pesar de lo que escribiste, nunca me he metido en asuntos de drogas. Ese era su problema, su adicción, y en parte, el motivo por el que lo dejamos. Y también porque, en ese momento, no me planteaba tener una relación seria.

Trago saliva, para digerir toda esa información.

—Yo no escribí ese artículo.

Separa los labios y abre los ojos de par en par, sorprendido.

—¡Lo sabía! —exclama.

—Pues has puesto una cara... Parece que te acabo de confesar que soy la reina de Inglaterra de incógnito.

—¿Qué? ¡Em, no es eso! Es solo que, en el fondo, no podía creer que hubieses escrito esa mierda. Es un alivio confirmarlo.

—¿Cómo pudiste pensar que yo escribiría algo así sobre ti?

Me ofende un poco que me lo diga abiertamente.

—¡Pero entiéndeme, Em! Por fin decido abrirme a lo de echarme novia, a tener una relación seria y a quererte como te quiero, y entonces vas y me traicionas.

Ahora me toca a mí separar los labios y abrir los ojos como platos.

—Además, estabas tan cabreada después de lo de Sara... Se te veía tan decepcionada... —Al ver que sigo sin decir nada, continúa—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara? Parece que te he dicho que me voy a hacer cura o algo...

—Es que acabas de decirme que me quieres...

—Ah, eso...

Me acerco a él. No quiero volver a tenerlo lejos. Poso las manos en sus antebrazos y vuelvo a sentir la chispa, las llamas...

Cómo lo he echado de menos... Por mucho que me cueste admitirlo...

—Pues sí, te quiero, Emily. No puedo controlar lo que siento y me aterra, pero es tan bonito, a la vez... Me miras y me matas, y cuando sonríes, me devuelves a la vida. Tus besos me consumen y... Bueno, ¿por qué estás tan guapa esta noche? Con esa ropa, siempre lo estás...

Sonríe, y deduzco que se habrá acordado de cuando hicimos el amor antes del baile. Suelto una risilla.

—Te quiero, Liam. Lo que siento por ti es igual de incontrolable y también me asusta, pero estos últimos días me han demostrado que soy incapaz de vivir sin ti.

Siento su aliento jadeante contra mi boca y se me acelera el corazón.

—Y lo del artículo... Lo siento, fue David, el editor, que se tomó la libertad de darle su toque personal a mis espaldas antes de publicarlo. Yo no escribí esas cosas. Me pidió que le diera un escándalo, y sé que debería habértelo dicho antes, pero pensé que podría hacer caso omiso de sus órdenes y seguir adelante. Pero entonces me amenazó con dejarles caer a los editores del *New York Post* que era una exquisita y yo...

—¿¡Será gilipollas!?

—En fin, cuando leí lo que había publicado, quise ir al periódico a montar un pollo. Maddie me disuadió, a pesar de que ese tío le da tanto asco como a mí, pero al fin y al cabo, el muy imbécil tiene su telaraña extendida por todo el campus. Si dijera algo, aunque solo fuera para recuperar mi reputación, me mandaría a tomar viento con un chasquido de dedos y se correría la voz. En este negocio, todo se sabe, y además, ese cerdo estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para protegerse a sí mismo.

—Lo entiendo... Tu carrera también está en juego.

—Quería decírtelo, pero...

—Pero yo no te di la oportunidad.

—Bueno, tenías que concentrarte en tu entrenamiento, ¡y tenías razón! Ha valido la pena. Estoy muy orgullosa de ti.

Liam sonríe.

¿Se ha sonrojado?

—Los dos elegimos concentrarnos en nuestras pasiones, a riesgo de poner en peligro lo que tenemos.

—¿Qué te parece si prometemos no volver a hacerlo?

Asiente y se inclina hacia mí, para rozarme los labios con los suyos.

—Emily, te juro que a partir de ahora, lo hablaremos todo. Nada se interpondrá en nuestro

camino.

—Yo solo quiero estar contigo, Liam... Nada podrá con nosotros; te lo prometo.

Dicho esto, me besa y es como si el suelo se abriera bajo mis pies. Me abraza con fuerza y gime de placer cuando nuestras lenguas se retuercen en un baile apasionado. A trompicones, nos dirigimos a la cama, donde nos quitamos la ropa frenéticamente.

Necesito sentirlo contra mí. Su piel, su aliento, sus besos...

Liam me besa apasionadamente y siento que me entra un calor tórrido. Le rodeo con las piernas y dejo que mis manos le recorran la espalda de arriba abajo.

—Te he echado tanto de menos, nena... —susurra entre besos.

Liam me deposita una hilera de besos húmedos por todo el cuerpo y va bajando. Cuando se cuela entre mis piernas, suelto un grito de placer. Me estimula lentamente con la lengua y los dedos. Si sigue comiéndomelo así, voy a perder la cabeza. Acerco las manos a su sexo duro y lo masturbo con cariño. Poco a poco, me olvido de la delicadeza y subo y bajo la mano con fuerza. Liam aprovecha para meterme la lengua en la hendidura y descubrirme un nuevo nicho de placer.

La avidez con la que me recorre su lengua me deja sin aliento. Los gemidos roncoss aceleran y le suelto el miembro para agarrarme a sus rizos. De vez en cuando, me mira a los ojos y siento que voy a perder el conocimiento. Necesito su lengua entera dentro de mí, como sea.

De repente, me da la vuelta. Me recorre la espalda con las yemas de los dedos y me muerde suavemente la nuca. Sus caricias son electrizantes. Necesito más que esto, lo necesito a él... dentro de mí.

Una vez a cuatro, mis caderas cobran vida propia y se tensan hacia él. Cuando por fin me penetra, se me escapa un jadeo visceral. No creo que haya nada mejor que sentirme una con él. Me empuja hacia el éxtasis a un ritmo constante y, con su vaivén implacable, hace que me corra por primera vez. Se me seca la boca de gemir y cuando ve que me he recuperado de la oleada de placer, me da la vuelta de nuevo y me sube a su regazo. Me acerco a él para besarle, y dejo que mi boca se desplace desde sus labios hasta su cuello y su torso, mientras mis caderas ondean despacio sobre su miembro.

Liam fija las manos en mis nalgas y gime suavemente a la altura de mis pechos. Al poco tiempo, me invade una segunda oleada de placer. Me tiemblan las piernas. Liam sonrío, satisfecho, y me mira con cariño antes de ponerme boca arriba. Después de unas cuantas embestidas rápidas, él también se deja llevar por el éxtasis y se desploma encima de mí. Los dos respiramos con dificultad mientras nuestros cuerpos se recuperan.

Finalmente, Liam se tumba en la cama y me atrae hacia él. Me abraza con fuerza y poco después, nos quedamos dormidos.

Los rayos de sol me hacen cosquillas en la nariz y me despierto con la calma. Al recordar nuestro momento de reconciliación, sonrío como una idiota y me estiro, con cuidado de no despertar a mi bello durmiente.

Me levanto para preparar café y algo para desayunar, pero de repente, se abre la puerta.

Cassy está de pie en el marco, y abre mucho los ojos al ver quién está tumbado en mi cama.

—¿Una noche salvaje? —me pregunta, risueña.

Me pongo roja como un tomate e intento taparle la vista.

—Me alegro de que hayáis podido arreglarlo, reina... —me dice, dándome un abrazo.

—Oye, Liam aún está dormido, así que ¿podrías...?

En mi cama, las sábanas se agitan de repente.

—Oh. Hola, Cassy...

—Hola, Liam.

No parece avergonzarse lo más mínimo. Poco después, mi novio se da la vuelta con los calzoncillos puestos y termina de preparar el desayuno que he dejado a medio hacer. Luego aprovecha para ponerse unos pantalones y una camiseta y se acerca a darme un beso dulce.

—Buenos días —dice con serenidad, pasándose una mano por el pelo.

Cassy esconde la sonrisa detrás de su taza de café y yo le doy un codazo. Como era de esperar, se ríe aún más.

Desayunamos sin hablar, pero ese silencio que nos envuelve a los tres es de lo más agradable.

Más tarde, Liam y yo damos un paseo por el parque del campus. Me habla de los entrenamientos y de cómo se está preparando para el *draft*. Tiene una ambición incomparable y pienso apoyarle contra viento y marea. Luego hablamos de mi carrera como periodista y de cómo conciliar mejor nuestras pasiones con nuestra relación.

—¿Has pensado alguna vez en especializarte en periodismo deportivo, nena?

—Bueno, la verdad es que no...

Pero no es mala idea...

—Se te da genial captar el ambiente de un partido y ahora eres toda una experta, al menos en hockey.

—Tienes razón. Podría estar bien...

—Así te ahorrarías tener que escribir artículos sobre el cotilleo del momento, algo que, si no recuerdo mal, no te encanta...

Se ríe de la última frase y yo me ruborizo.

—Sí, ¡la verdad es que me salvaría! Odio ese tipo de periodismo... En fin, me lo pensaré.

Me sonrío y me coge suavemente la mano antes de besármela.

El periodismo sensacionalista nunca ha sido lo mío y quizá, si me especializara, acotaría más mi camino.

Cuando llegamos a la resi, los dos sentimos que este es el comienzo de una nueva etapa. Las circunstancias no son ideales, pero estamos dispuestos a salir de esta más fuertes que nunca y superar juntos los obstáculos.

Además, yo también estoy decidida a cambiar en el plano profesional. Ya tengo experiencia en periodismo deportivo y es hora de que me plantee cuál es mi meta a largo plazo.

Emily

Se veía venir: la decisión de especializarme en periodismo deportivo conllevó nuevos retos profesionales. Mi supervisor en el *New York Post* accedió a mi propuesta, pero aún estoy en proceso de demostrarle mi valía. Los becarios no tienen derecho a elegir libremente y tuve que explicarle mis metas y motivaciones con pelos y señales para conseguir convencerle. Ahora me toca demostrarle que hizo bien en confiar en mí.

Las primeras semanas no fueron fáciles. A menudo, los redactores de la sección de deportes me miraban con aires altivos y escépticos, pero no dejé que eso me desanimara y me esforcé al máximo para dejar huella. Con el tiempo, algunas personas dejaron de ser reacias: reconocen que soy más que capaz y poco a poco me estoy ganando su respeto.

Mientras tanto, Liam sigue labrándose un lugar en el mundillo del hockey y yo lo apoyo. No deja de entrenar y estoy orgullosísima de su tenacidad.

Nuestra relación ha evolucionado y ahora tenemos un vínculo muy fuerte, aunque pasemos poco tiempo juntos. Hay formas de hacerlo: llamarse por Facetime, tener una cita rápida para tomarnos un café, colarnos cartitas de amor por debajo de las puertas... En fin, vamos por buen camino.

En la redacción, tecleo frenéticamente en mi portátil. A lo lejos, veo al señor Roberts, mi supervisor, que se acerca a paso ligero.

—Emily, te necesito hoy en el Madison Square Garden. El periodista que debía cubrir el partido se ha puesto enfermo y te toca sustituirlo —me dice apresuradamente.

El pulso se me acelera al instante.

—¿El partido de los New York Rangers? ¿Quiere que lo cubra? —pregunto, incrédula.

Él asiente.

—Sabes mucho de hockey sobre hielo y no tenemos a mano ningún otro profesional al que podamos educar a toda prisa sobre ese deporte. ¡No hay tiempo! Date prisa, por favor, el partido empieza dentro de dos horas...

La adrenalina corre por mis venas y asiento con impaciencia.

—¡Ahora mismo voy, señor!

Es una gran oportunidad para mí. Con las manos temblorosas, recojo mi pase de prensa, el portátil y la grabadora. ¡Es hora de hacer un reportaje memorable!

Salgo corriendo, feliz, dispuesta a asumir mi primer encargo como periodista deportiva y, encima, en un partido tan importante.

Se me revuelve el estómago de la emoción.

Liam siempre ha soñado con jugar en los Rangers y, gracias al trabajo del señor Turner, el representante que se ocupa de la carrera de Chase y de él, la NHL parece estar cada vez más a su alcance.

¡Qué pasada! No solo voy a presenciar cómo Liam cumple sus sueños, sino que yo misma estoy dando un paso brutal hacia la profesión que me llenaría durante toda una vida.

Cuando entro en el enorme estadio, la tensión se palpa en el aire. Veo una multitud de hinchas emocionados, vestidos con camisetas y bufandas de los Rangers y que cantan al unísono

para animar al equipo.

Ocupo mi sitio con la tensión por las nubes. Es la primera vez que me siento en un palco de prensa oficial, rodeada de otros periodistas. El ambiente aquí no se puede describir con palabras. No me creo que esté con todos estos profesionales del periodismo deportivo. ¡No falta ni uno de los más famosos! Tengo que immortalizar este momento. Me hago un selfi y se lo envío a las chicas y a Liam.

La afición arma jarana cuando los dos equipos salen a la pista, y con razón. Anuncian la alineación por megafonía y entonces suena el silbido inicial.

Comienza el partido.

Los Rangers empiezan con buen pie e inmediatamente ejercen presión en dirección a la portería contraria. El partido está muy reñido y sus adversarios no se dejan intimidar a la primera de cambio.

A mediados del primer periodo¹, uno de los defensas de los Rangers consigue hacerse con el control del disco y efectuar un pase a su compañero de la línea ofensiva, que marca el primer gol del partido. Ha sido una jugada limpia y precisa. El estadio estalla en vítores; los hinchas no podrían estar más contentos.

El partido tiene giros inesperados y ambos equipos se lucen en ocasiones manifiestas de gol. La tensión va en aumento a medida que nos adentramos en los minutos finales. Los Rangers consiguen una ligera ventaja y cuando suena el silbato que pone fin al partido, no doy crédito a lo que ven mis ojos.

¡Victoria para los Rangers!

Me levanto de un salto y grito a viva voz. El resto de periodistas me miran extrañados. Supuestamente debería ser imparcial...

Apenas puedo contener mi entusiasmo mientras tomo notas para el reportaje. Este partido ha tenido todo lo que un aficionado al hockey sobre hielo puede desear: tensión, drama y vidilla. El nivel está muy por encima del que se ve en la universidad, ¡eso está claro!

Espero poder plasmar todas mis emociones en el papel y redactar un artículo apasionante.

Emily, ¡haz lo tuyo!

El corazón me late con fuerza y me tiembla todo en el asiento. Por fin ha llegado el gran día.

¡Qué nervios!

Hoy se celebra el *draft* anual de la NHL y hemos viajado a Nashville para la ocasión. El Bridgestone Arena tiene unas dimensiones imponentes y la asistencia al evento es asombrosa. El público está expectante y animado y hay varios equipos de televisión presentes, para retransmitir la selección de los equipos en los canales de deportes. Levanto el cuello para localizar a varios periodistas a los que admiro.

Liam está igual de nervioso a mi lado. Lleva un traje azul, una camisa blanca y una corbata celeste que resalta sus ojos brillantes.

Le coloco suavemente la mano sobre la suya y sonrío.

—Todo va a salir bien, amor.

Sonríe agradecido, pero no veo que se relaje mucho.

Recorro los alrededores con la mirada. Muchos jugadores potenciales de la NHL están

sentados en esta parte del estadio. La mayoría de ellos están bien acompañados: sus familiares y amigos han venido a apoyarlos.

Suspiro para mis adentros. Por desgracia, la familia de Liam no ha podido venir, pero Chase y yo estamos aquí para darle todo el amor y los ánimos que se merece.

Bueno, para ser justos, Chase está igual de emocionado que él o más. Los dos se miran entre sí con los ojillos exorbitados a cada rato.

Por favor, que los fichen...

Justo en ese momento, el anfitrión de la velada entra en escena y el murmullo a nuestro alrededor cesa.

—Damas y caballeros, ¡bienvenidos al sexagésimo primer *draft* de la historia de la NHL! Me alegro de que estén todos aquí para animar a nuestros jóvenes talentos y a nuestros equipos. El *draft* es una ocasión muy especial: es el comienzo de un futuro brillante que puede cambiar las vidas de los presentes.

El organizador hace un barrido con la mirada por todo el estadio y me entran escalofríos. ¡Hay tanta gente que se ha dejado la piel para llegar hasta este punto...!

—¡Ahora, sin más dilación, les cedo la palabra a los Chicago Blackhawks! —anuncia.

Un hombre fornido vestido de negro sube al escenario y se aclara la garganta. Pronuncia un breve discurso, da las gracias al equipo y a los patrocinadores y luego mira al público durante unos segundos. En su rostro se dibuja una sonrisa pícara.

—Estoy seguro de que todos queréis conocer la elección de nuestro equipo para esta primera ronda. Siento haceros esperar así, pero es un placer generar esta tensión año tras año...

El estadio se ríe a carcajadas.

—Los Chicago Blackhawks eligen este año a... ¡Chase Carter!

Liam y yo nos levantamos de un salto. Chase también se levanta, con la boca abierta, y se pasa las manos por el pelo. Fijo que está disociando.

—¡Ese es mi *bro*! ¡Vaya máquina! ¡Enhorabuena, tío! —exclama Liam, dándole una palmada en el hombro.

Se dan un abrazo a toda prisa y Chase se dirige hacia el escenario. Después de unas emotivas palabras de agradecimiento, se pone la camiseta de su equipo y mira en nuestra dirección.

—Liam, *bro*, ya sabes que, si no fuera por ti, no estaría aquí. Gracias por todo.

Liam tiene los ojos vidriosos y le brillan por la emoción. Se deja las manos aplaudiendo a su mejor amigo.

Yo también me alegro mucho por él. Los Chicago Blackhawks estaban en una posición bastante alta en su lista de equipos soñados. Es más, ¡ha sido el primer fichaje de la primera ronda! Se acabó la tensión para él.

Liam sonríe y se vuelve a sentar, pero su carita lo dice todo. Sigue nervioso, así que le acaricio la mano con dulzura.

Las rondas se suceden y los equipos van fichando a los jóvenes talentos de la temporada. Poco a poco, los mejores candidatos para Liam gastan sus elecciones y se producen los primeros intercambios entre equipos. El ambiente está cada vez más tenso y todavía no han seleccionado a Liam.

Me da un vuelvo el corazón cuando el portero de los New York Rangers se acerca al micrófono. Emocionada, me froto las manos y miro de reojo a mi novio. Mi pobre chico está petrificado.

¡Venga, que esta es la buena!

La voz de ese señor de hombros anchos resuena por los altavoces:

—Buenas noches, señoras y señores. Como ya estamos en la penúltima ronda, seré breve, porque sé que algunos esperáis con ansia nuestra elección. Los New York Rangers fichan esta temporada a... ¡Adam Peterson!

El estadio se vuelve loco, pero siento que todo mi mundo se desmorona. Liam no se mueve, pero sé que está en *shock* por la decepción. Me duele en el alma. Las opciones están empezando a reducirse, y no quedan muchas elecciones...

De repente, el portero de los Rangers se acerca al micro de nuevo y dice:

—Como hemos hecho un intercambio por uno de nuestros fichajes en la ronda anterior, todavía nos queda una elección. Para ser exactos, se la tenemos reservada a alguien a quien nos encantaría tener en el equipo...

El portero carraspea; tiene la voz ronca. Liam me aprieta la mano con tanta fuerza que me va a hacer añicos los dedos como siga así.

—Liam Scott, ¿te gustaría unirme a los Rangers?

Liam se gira y me mira. Las lágrimas le nublan los ojos.

—Mi amor, ¿has oído eso? ¡Lo he conseguido! ¡Me quieren a mí!

Emocionada, le cojo de la mano y le miro a los ojos con intensidad.

—No me extraña lo más mínimo... —susurro, mientras le beso.

Nos levantamos a la vez y lo abrazo.

En ese momento, es como si se parara el tiempo. Rodeados de aplausos, nos quedamos allí, hundidos en los brazos del otro. Llevamos mucho tiempo esperando algo así y, sin embargo, no puedo creerlo. Liam va a jugar con los New York Rangers. ¡Ahora sí que empieza una nueva etapa! Y no podría estar más orgullosa de él.

Mi novio sube al escenario, radiante, con la camiseta de los Rangers en la mano.

—Estoy increíblemente agradecido por esta oportunidad y me gustaría darle las gracias a una personita muy especial. ¡Emily, nena, te quiero! Y Chase, ¡me muero de ganas de que nos enfrentemos en el hielo!

Sonríe y el estadio aplaude de forma ensordecedora.

En mi corazón solo hay amor y orgullo. Este es el comienzo de algo grande para nosotros y no podría estar más feliz.

¹ N. de la T. Un partido de hockey sobre hielo se divide en tres períodos de veinte minutos, con un descanso de quince minutos entre partes, sin contar con las posibles prórrogas o desempates.

Epílogo

Liam

Tres años más tarde.

Jamás me imaginé el salto que pegaría mi carrera al firmar un contrato con los Rangers, pero ahora que miro el pisazo alucinante en el corazón del Upper East Side donde vivo con Emily, me siento abrumado. Hemos recorrido un largo camino. Hemos hecho sacrificios y concesiones, pero por suerte, la vida nos sonríe, así que ahora tenemos un lugar al que llamar hogar.

La ciudad que nunca duerme parece el lugar ideal en el que vivir nuestro amor: la Gran Manzana siempre será excitante, vivaz y sorprendente.

Mi carrera en el hockey va viento en popa. Sigo jugando para los New York Rangers y ahora todos me conocen en la liga. He mejorado mucho en el hielo y la experiencia que he adquirido no tiene precio. Al fin estoy viviendo mi sueño.

Emily tampoco se queda corta. Está acabando la carrera y le va genial como periodista deportiva. Cada vez más gente lee sus artículos y está metiendo la cabecita en el sector. Admiro su ambición y estoy tan feliz de tenerla a mi lado...

Miro por el gran ventanal con vistas a la ciudad. Se acerca la Navidad y las calles de Nueva York se engalanan con adornos festivos. El ambiente es de lo más singular.

Hemos invitado a nuestros familiares y amigos para pasar juntos la víspera de las fiestas y han venido todos. La enorme mesa de comedor de nuestro piso está hasta arriba de comida. Cada plato tiene mejor pinta que el anterior. Las risas y el parloteo de nuestros seres queridos llenan la estancia.

—Liam, hijo, ¡da gusto verte jugar! ¡Lo hiciste genial en el último partido! —exclama mi madre, orgullosa.

Le costó un poco, pero al fin entendió que podía ganarme la vida con el hockey y que no había nada que me hiciera más feliz. Vamos, que cambió de opinión sobre mi carrera y hoy me apoya todo lo que puede. Nuestra relación se ha vuelto mucho más estable y agradezco que ahora estemos más unidos que nunca.

Un poco más allá, en la mesa, Chase y Cassy charlan con la madre de Emily, mientras su padre permanece estoico, sentado a su lado. Sonríe. Ese hombre es de lo que no hay. Aunque rara vez expresa sus sentimientos, está claro que adora a su familia. Por otra parte, Maddie parece estar hablando de un tema fascinante con el entrenador Franklyn y el señor Turner.

Después de que me ficharan, me prometí que mantendría el contacto con ellos. Estoy aquí gracias a esos dos. Está claro que fueron los que me impulsaron hacia el éxito y por ello, les estaré eternamente agradecido.

En el salón, veo reír a mis hermanas y a las de Emily. Cuando quedan todas y soy el único tío, me corto un poco, ¡pero qué remedio! Seguro que aprendo algo de las chicas... Además, se llevan genial entre ellas.

Aprieto con fuerza la mano de Emily y miro a mi preciosa novia. Hemos crecido y ahora sé que nuestros seres queridos lo darían todo por nosotros. Por otra parte, cuanto más pasan los años, más amor nos tenemos. Nos espera un futuro emocionante y satisfactorio. Juntos hemos superado obstáculos, cumplido sueños y fortalecido lo que tenemos.

Nuestros invitados vuelven a casa. Cerramos la puerta tras despedirnos del padre de Emily y

ella me rodea el cuello con los brazos.

—¿Qué te parece si empezamos nuestra propia tradición navideña? ¿Unas vacaciones juntos, o algo así?

Sonrío.

—Es una idea estupenda, nena. ¿Tienes algo en mente?

Nos sentamos cómodamente en el sofá e intercambiamos ideas. Finalmente, se nos ocurre hacer un viaje por carretera hacia Vermont. Paisajes nevados, una casa de campo acogedora y un ambiente romántico... ¿Qué más se puede pedir? Aunque solo sea unos días. Yo solo quiero sentarme frente a una chimenea con Emily, mientras fuera nieva... No me imagino mejor plan.

Sin dudarle ni un segundo, nos ponemos manos a la obra: ¡A buscar alojamiento! Rastreamos las ofertas y nos decantamos por un hotel con encanto a las afueras de un pueblecito de montaña. Tiene una pinta bastante acogedora. Las vistas son espectaculares y parece el lugar perfecto para pasar el resto de las vacaciones.

Emily me mira con una sonrisita traviesa.

—¿Por qué no nos vamos ahora mismo? ¡No pienses, actúa!

Levanto las cejas y me quedo sin habla durante unos segundos.

Eso, ¿por qué no?

No tenemos obligaciones en este momento, así que podemos darnos un caprichito los dos solos. La atraigo contra mí y la beso apasionadamente. Supongo que eso sirve como respuesta. Me encanta que sea tan espontánea. Cada día con ella es una aventura y me siento increíblemente feliz de que los obstáculos del pasado se hayan quedado atrás.

Después de meter algo de ropa en una maleta, nos sentamos en el coche y nos ponemos en marcha. Poco a poco, dejamos atrás la ciudad. Las carreteras están cubiertas de una gruesa capa de nieve y el paisaje invernal que nos rodea nos deja sin palabras. Miro a Emily por el rabillo del ojo y no puedo evitar sonreír.

Llegamos al hotel casi al alba. Nuestra habitación está decorada con adornos navideños y en la chimenea crepita un fuego que nos hace entrar en calor. Aquí nos sentimos como en casa.

Emily está radiante.

—Esto es precioso, cariño...

Me explota el corazón de verla así.

Descansamos un poco y no tardamos en explorar los alrededores: pasamos por pueblecitos pintorescos, vamos a un mercadillo navideño y probamos las especialidades de la región. Paseamos por el paisaje nevado y disfrutamos del silencio de la época. Es como si este lugar estuviera hecho por y para celebrar el amor.

Pasamos el día de Navidad frente a la chimenea, intercambiando regalos. Y mientras ella contempla con ojos brillantes la cámara que le he comprado, yo rebusco en el bolsillo del pantalón.

Se me acelera el corazón. Me aclaro la garganta y Emily me mira extrañada.

—Sé que no te gusta que te cubra de regalos, pero tengo algo más para ti... —le digo.

Ella frunce el ceño.

—Pero ¿qué es esta intriga? ¡Venga, suéltalo! —bromea entre risitas.

Sonrío, nervioso, y busco las palabras adecuadas.

—Joder, esto... ¡Vaya! En las pelis parece tan fácil...

Emily se queda boquiabierta y me mira incrédula. Justo entonces, abro un estuchito en el que hay un anillo. Lo sostengo entre las manos y se lo acerco.

—Amor mío, eres la mujer de mis sueños. Te quiero más que a nada y pienso demostrártelo día tras día. Emily Hansen, ¿querrías hacerme feliz el resto de mi vida? ¿Me escogerías... para siempre?

Se me empaña la vista y no veo bien. Me paso la mano por la cara, nervioso, y miro a Emily, expectante. Creo que se ha quedado de piedra.

—¡Eeeeeoooo...! ¡Tierra llamando a Emily! Una respuesta me vendría bien para calmar los nervios...

Sale de su estupor y se me sube al regazo.

—Perdona, cariño, ¡sí, sí y mil veces sí, Liam! Para siempre, ¡solos tú y yo!

Le coloco el anillo en el dedo y sonrío. Me posa suavemente los labios en los míos y nos damos un beso largo y dulce. De repente, me separo de ella para buscar su mirada. Es un momento muy especial y quiero recordar para siempre la expresión de sus ojitos. Me vuelve loco con esas perlas hechizantes, que ahora resplandecen con un brillo especial.

Busco de nuevo su boca y nos besamos apasionadamente. Tumbo a Emily en la alfombra, frente a la chimenea.

—No creo que haya palabras que hagan justicia a este momento, pero... te quiero, Liam. Te quiero con toda el alma.

—Y yo a ti, futura señora Scott... —le respondo, y nos sonreímos con cariño.

Esta noche promete... Y nuestra vida juntos, también.

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@nina_norris_autorin](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño de la cubierta: Ketí Matakov